

The image shows the front cover of an antique book. The cover is decorated with a complex marbled paper pattern, featuring swirling, organic shapes in shades of brown, tan, and dark purple. The spine of the book, visible on the left, is bound in a plain, aged brown leather. A white, rectangular paper label is affixed to the front cover, partially overlapping the marbled paper. The label contains text in Spanish, which is partially obscured by a semi-transparent watermark. The text on the label reads "DAD AUTÓNOMA DE" on the top line and "CIÓN GENERAL DE" on the bottom line. The book shows signs of age, with some wear and discoloration, particularly along the edges and the spine.

DAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE

BRITISH LIBRARY



CONFERENCIAS
DE
N. AGUSTIN.

BR 65

.A6

S8

V. 1

C. 1

276

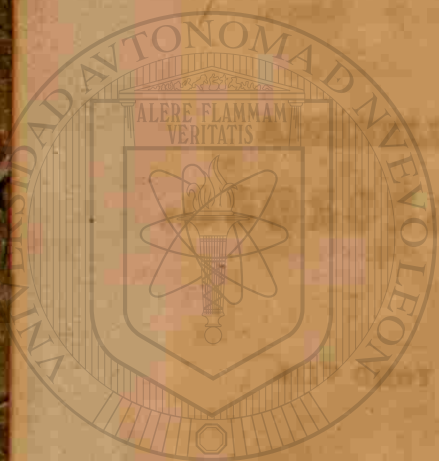


1080047335



276

6ff 46#83



LIBRERÍA

RELIGIOSA.

TOMO VIII.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



Varios Prelados de España han concedido 2400 días de indulgencia para todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Handwritten text in blue ink, possibly a signature or date.

Faint handwritten text in blue ink at the bottom right of the page.



E. Pinar. d.

R. Diabern. g.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
S. Agustín

CONFESIONES
de S. Agustín
TRADUCIDAS
por el R. P. Fr.
EUGENIO ZEBALLOS
del orden del Santo.



Con aprobación del Excmo. Sr. D. D. Alfonso
Biblioteca Universitaria
LIBRERIA RELIGIOSA
Mayo de 1850

53626

38553

CONFESIONES
DE SAN AGUSTIN

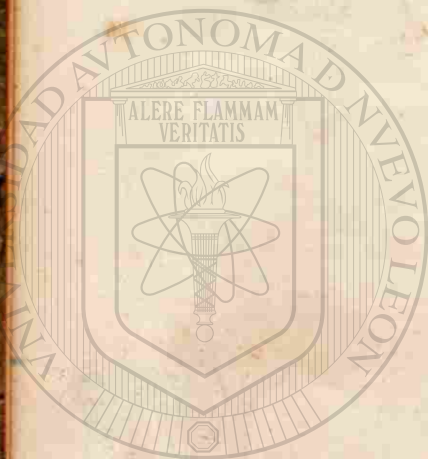
TRADUCIDAS

POR EL

R. P. Fr. EUGENIO ZEBALLOS

DEL ÓRDEN DEL SANTO.

TOMO I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

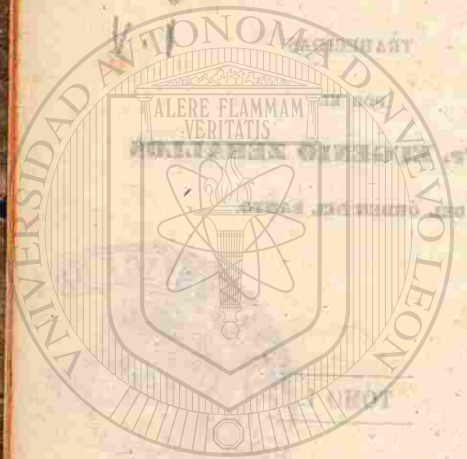
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con aprobación del Ordinario.
BARCELONA. — 1839.
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE PABLO RIERA.

B.R.G.S.

AC

DE SAN AGUSTIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Entre las muchas excelentes obras con que los santos Padres han ilustrado la Iglesia, y que la divina Sabiduría ha concedido á los fieles para su enseñanza, puede darse el primer lugar á las Confesiones del gran Padre san Agustin. Porque, dejando aparte que esta obra es única en su línea, y que nunca ha tenido semejante, ni me parece que le tendrá jamás, la hace muy apreciable aquella dulce afición que causa siempre en el ánimo de los lectores, y el atractivo con que los embelesa y encanta; de suerte que convidándolos á leer y saber la conversión y vida de mi Padre san Agustin, les pone á todos delante de sus ojos la corrupcion y desórdenes de su propia vida excitándolos á su conversión; de modo, que las Confesiones de san Agustin son tambien confesiones de todos cuantos las leen con atencion;

ó como un retrato que se parece á todos los que le miran, hecho por el pintor mas diestro y excelente de la antigüedad; ó como un espejo, que además de descubrir á cada uno sus propios defectos, induce á todos los que se miran en él, á avergonzarse de ellos y enmendarlos, con la direccion y ejemplo de un Santo como Agustin.

Pero lo que hace mas admirable la destreza del Santo en esta excelente obra, es haberla dispuesto de tal modo, que al mismo tiempo nos induce al conocimiento de Dios y al de nosotros mismos; pero siendo tan importante y tan dificultoso el adquirir estos dos conocimientos, con este libro es muy fácil adquirirlos. Basta para esto ir siguiendo la luz y direccion que en esta obra nos da el Santo: pues cualquiera que la siga, podrá adelantar en ambos conocimientos, cuanto le es permitido á un hombre envuelto en las tinieblas é ignorancia que el pecado de nuestro primer padre indujo en toda su descendencia.

Retratándose aquí san Agustin á sí mismo, hace un puntual retrato de nosotros, sin que le falle ni se le haya escapado cosa alguna que no la haya advertido y descubierto. Por mas pliegos y dobles que tenga el corazon del hombre, en frase del Nazianceno, y por mas que procure

envolverse y ocultarse en ellos para no ser conocido á fondo, no hay pliegos ni dobles á donde no llegue, se insinúe, y penetre la luz que san Agustin comunica en esta obra, desenvolviéndolo todo, y manifestando lo mas oculto de sus senos. Nuestra ignorancia, errores, caidas, llagas, enfermedades, flaquezas, debilidades y cuanto hay desordenado en las inclinaciones y costumbres, todo lo hace patente, todo lo pone en claro, todo lo define y califica segun su naturaleza, género y especie: no solamente guiando y dando luz al hombre para que se conozca bien á sí mismo, sino dándole ya casi hecho y formado su propio conocimiento.

Bien sabido es que esta obra excelentísima la escribió el santo Doctor para alabar la justicia y la misericordia de Dios por los bienes que le habia comunicado, y por los males de que le habia librado y eximido, ó con que le habia castigado; y tambien para levantar hácia Dios el espíritu y corazon de los que la leyeren, como el mismo dice en el libro segundo de sus Retracciones. Puede asegurarse que jamás hubo obra alguna que mejor corresponda á los designios de su autor; y pudiera añadirse, que ha conseguido aun mas de lo que intentaba: pues pasados

veinte y siete años de haberse escrito y publicado esta obra, dice el mismo san Agustín que producía los mismos buenos efectos que él se había propuesto al escribirla y formarla; y que no solo hacía estos efectos en el mismo Santo, sino en los demás que la leían, entendían y se aprovechaban de sus documentos. También dice, que de todas las obras que hasta entonces había escrito, esta era la que había tomado más vuelo, y la que más había gustado: pudiendo yo añadir, que siempre ha sucedido lo mismo; y que los catorce siglos que han transcurrido desde la muerte de san Agustín, no han hecho sino aumentar la estimación de esta obra, y dar á conocer mas y mas cada día el incomparable mérito que tiene.

Además del espíritu y carácter de santidad que se halla esparcido por toda la obra, y que se comunica á los lectores, causando en todos generalmente afectos de piedad y religion, está toda ella sembrada de pasajes de historia, de experiencias, de instrucciones, de sentencias y máximas sublimes y agudísimas reconvenciones que divierten, enseñan, edifican, mueven, persuaden y convencen. Pero lo que la hace sumamente apreciable y utilísima, es que nos pone delante y representa con mucha puntualidad to-

dos los diferentes estados que solemos tener; á todos y á cada uno les surte de reglas para gobernarse, de remedios contra las tentaciones, de fuerzas contra el desfallecimiento, de consuelos interiores contra las aflicciones del espíritu, de luces contra las dudas, de impresiones y estímulos contra el tédio, de auxilios contra la desconfianza y desesperacion, de frases y palabras, ó por mejor decir, de oraciones enteras y fervorosas, para tener el hombre conversacion con Dios.

Por todo lo cual, no solamente ha gustado en todo tiempo, y ha sido las delicias de toda suerte de personas, de cualquier estado, edad, sexo y condicion; sino que todos confiesan, que la primera vez que la leen, experimentan en su alma un pesar y sentimiento de no haber saboreado antes una lectura tan singular y excelente.

Así, para satisfacer á tantos como la desean y buscan, ha sido preciso hacer varias ediciones latinas de esta obra, separándola de las demás del Santo; y además de eso hay un gran número de traducciones que de ella se han hecho en diferentes idiomas. Solo en francés se ha traducido cinco veces por lo menos en estos últimos siglos.

El P. J. M. de la congregacion de san Mauro da noticia, y al mismo tiempo hace una prudente y sábia crítica de cuatro traducciones francesas anteriores á la suya: que son, la de M. Hennequin, obispo de Rennes, la del P. Cerisiers, la de M. d'Andilly, y la de M. Dubois de la Academia francesa, y últimamente la del citado P. J. M., que testifica haberse hecho otras muchas traducciones en todos los idiomas. Yo he visto y manejado la que hizo en lengua italiana el señor Julio Mazzini, impresa primeramente en el año 1595, y reimpressa en Milan el de 1620. Tambien he tenido presentes las tres que se han hecho en lengua castellana (é impresas tambien varias veces), la primera por el P. M. Toscano, la segunda por el P. Ribadeneira, y la tercera por el P. M. Gante. Lo que es bastante prueba de lo mucho que el público se utiliza en el manejo de este libro de oro, y de que lo lee con gusto, estimacion y provecho.

Pero como los traductores castellanos no tuvieron delante la edicion latina de la congregacion de san Mauro, que es la mas correcta que ha salido, y la que se ha merecido todas las aprobaciones de los sábios, no pudieron dar á sus traducciones toda la claridad que requerian

algunos lugares del Santo, ni aprovecharse de las ventajas que la dicha edicion hace á las otras. Y aunque, hablando del último traductor, sea cierto que pudo aprovecharse de las luces que aquella famosa edicion da á los mas de los pasajes oscuros y dificultosos (pues ya corria en su tiempo), es indubitable que no lo hizo; y además de eso quitó, añadió, alteró muchas sentencias y pensamientos muy delicados del Santo: y si á esto se añaden los defectos contraidos en las cuatro ediciones que lleva ya la dicha traduccion, por los descuidos que tuvo el que habia de corregirla; se ve claramente que ni está arreglada y conforme á la edicion maurina ni á ninguna de las otras.

Esto me obligó á emprender una nueva y completa traduccion de esta obra con fiel y puntual arreglo al original de la edicion de san Mauro; aunque hablando con mi acostumbrada ingenuidad, receloso de incurrir si no en aquellos defectos, en otros semejantes ó mayores; porque es mucho mas fácil advertir los defectos de una traduccion, que corregirlos ó evitarlos todos. Y además de ser cosa bien difícil penetrar en el texto original algunos delicados y profundos pensamientos de mi Padre san Agustin, aun dado

caso que esto se consiga felizmente, resta todavía la dificultad grande que se halla en hacerle hablar en nuestra lengua, de tal modo que se conserven en la traduccion todos aquellos primores ó los mas especiales que tiene el original latino.

No obstante tomó aliento mi desconfianza, al ver que aquella traduccion, con todo de estar tan defectuosa, y en algunos pasajes muy distante de la mente del Santo, habia corrido, al parecer, con estimacion del público: esperando yo que este juez imparcial hará justicia y tendrá presentes las tales cuales ventajas que advierta en esta traduccion mia respecto de las otras tres citadas, para que con ellas puedan resarcirse los defectos que halle en esta, y no en las otras.

He procurado no omitir ni olvidar cosa alguna de cuantas pudieran hacer á esta traduccion fiel y conforme al original. Por lo cual, sin atenerme pueril y servilmente á las palabras, he tenido un particular y religioso cuidado de dar exactamente el sentido y concepto del original. Por lo mismo he procurado conservar en la traduccion, cuanto me ha sido posible, las mismas metáforas, y otras figuras y tropos que usa el Santo con bastante frecuencia en esta obra, las antítesis, juegos de palabras, paranomasias,

descripciones y pinturas, alusiones y alegorías, y finalmente algunas frases y locuciones del Santo, que por lo frecuentes que son en esta y otras obras suyas, las pudiéramos llamar sus favoritas, como dice el citado P. J. M.

Todo esto y mucho mas se juzga necesario, para que una traduccion sea fiel y perfecta copia del original; pero es muy dificultoso, y á veces imposible, el guardar esa puntualidad y exactitud en las versiones del latin al español, generalmente hablando: porque en aquel idioma suele decirse mas en una palabra, y con mas propiedad, gracia y hermosura, que en este otro con muchos rodeos, frases y palabras. Esta dificultad, que es comun á la version de cualquier obra latina, es mucho mayor en las obras de los santos Padres y determinadamente en esta de mi Padre san Agustin, ya por la multitud de textos de la sagrada Escritura que usa á cada paso, cuya version á la letra no siempre puede salir tan grave, airosa y expresiva como está en el original; ya porque no todos podrán entender perfectamente algunos de sus mas elevados pensamientos, si se dan solo materialmente traducidos y sin alguna paráfrasi ó explicacion.

Así me ha parecido indispensable, para mayor inteligencia de algunos pasajes y expresiones enfáticas y figuradas del Santo, añadir algunas notas al fin de los capítulos que las necesitan, ó al pie de cada página, según lo mas ó menos breve y sucinta que ella sea. Esto mismo practicó en su edicion latina de esta obra el P. Enrique Wagnereck, en su traduccion italiana el citado Mazzini, y en las francesas Dubois, y J. M. Por no abultar demasiadamente la obra, no he querido aprovecharme de todas sus anotaciones; dando lugar solamente á las que me han parecido útiles ó necesarias para aclarar los lugares mas dificultosos, ó para concordar unos sucesos con otros que parecian opuestos, ó para enlazar las doctrinas y sentencias de unos capítulos con las de otros anteriores, ó para fijar la época de algunos hechos, ó finalmente para suplir de algun modo lo que el Santo omitió aquí enteramente, ó tocó solo de paso, y necesita de una explicacion para su inteligencia.

Tambien me ha parecido conveniente partir algunas veces ó subdividir los capítulos, y los números del original latino en otros como artículos, que incluyen y contienen un sentido ya

cabal y completo. Porque además de ser estas divisiones otras tantas páusas y descansos que facilitan la lectura y ayudan á la memoria; hacen tambien que se perciban mejor las sentencias, pensamientos y doctrinas, ó que no se confundan las unas con las otras.

Últimamente me parece justo prevenir á mis lectores, no por recomendarles mi traduccion, sino para ocurrir á algunas dificultades que se les pueden ofrecer, que esta traduccion no solo tiene las ventajas que he insinuado respecto de las demás traducciones castellanas que he visto; sino que á favor de la edicion franco-latina del P. J. M. que he tenido presente y consultado, tambien ha de tener alguna ventaja respecto de la edicion maurina. Porque, como dice el citado autor, despues de hecha y publicada aquella edicion famosa, se han descubierto otros manuscritos que entonces no pudieron adquirir y cotejar aquellos sábios y laboriosos editores; y estos manuscritos (que los mas son del siglo XII y XIII, y uno tiene casi mil años de antigüedad) juntamente con la edicion latina del año 1563, que tampoco vieron ni pudieron adquirir aquellos Padres, han dado mucha luz

á varios lugares de la obra, que en las demás ediciones estaban oscuros y dificultosos.

De este nuevo cotejo de manuscritos y ediciones, ejecutado con el mayor esmero y prolijidad, resultó que muchas lecciones variantes, que al tiempo de la publicacion de todas las obras del Santo se desestimaron y excluyeron del texto, despues con la luz y autoridad de los citados manuscritos se conoció la estimacion y aprecio que se debia hacer de aquellas variantes, y que era justo ingerirlas en el texto, excluyendo las otras que al tiempo de la primera edicion se habian preferido. Por lo qual los curiosos y eruditos que adviertan en esta traduccion algunas diferencias, cotejándola con la edicion primera de los Padres Maurinos, no la hallarán diferente, si la cotejan con esta última y mejorada edicion latino-francesa, de que me he servido, y que hizo y publicó en París el P. Jaime Martin el año 1741, con cuyo auxilio me parece que esta mi traduccion podrá pasar entre los curiosos é inteligentes por la mas ventajosa, respecto de todas las versiones que de esta obra se han hecho en diferentes lenguas.

Ojalá que con todo este trabajo haya acertado á declarar los pensamientos y doctrinas de este santísimo y sapientísimo Padre de la Iglesia, para que puedan aprovecharse los fieles de esta preciosa y utilísima obra de sus Confesiones, que es como una introduccion á las demás obras suyas, y que nunca se puede leer y manejar tanto como debe, ni apreciarse y estimarse tanto como vale.

Se omiten en esta edicion algunas de las notas y tal vez algun pasaje de las *Confesiones*, por haberse considerado de menos importancia en orden al fin de la LIBRERÍA RELIGIOSA, que es la propagacion de la fe y edificacion comun de los fieles. Por el mismo motivo se suprimen enteros los tres libros últimos, que vienen á ser una exposicion del principio del Génesis.

CONFESIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE

SAN AGUSTIN.

LIBRO I.

Confiesa san Agustin los vicios y pecados de su infancia y de su puericia, y da gracias á Dios por los beneficios que recibió de su mano en una y otra edad.

CAPÍTULO I.

Reconociendo Agustin la grandeza y majestad de Dios, se enciende en deseos de alabarle.

1. Grande sois, Señor, y muy digno de toda alabanza¹, grande es vuestro poder, é infinita vuestra sabiduria: y no obstante eso, os quiere alabar el hombre, que es una pequeña parte de vuestras criaturas: el hombre,

Se omiten en esta edicion algunas de las notas y tal vez algun pasaje de las *Confesiones*, por haberse considerado de menos importancia en orden al fin de la LIBRERÍA RELIGIOSA, que es la propagacion de la fe y edificacion comun de los fieles. Por el mismo motivo se suprimen enteros los tres libros últimos, que vienen á ser una exposicion del principio del Génesis.

CONFESIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE

SAN AGUSTIN.

LIBRO I.

Confiesa san Agustin los vicios y pecados de su infancia y de su puericia, y da gracias á Dios por los beneficios que recibió de su mano en una y otra edad.

CAPÍTULO I.

Reconociendo Agustin la grandeza y majestad de Dios, se enciende en deseos de alabarle.

1. Grande sois, Señor, y muy digno de toda alabanza¹, grande es vuestro poder, é infinita vuestra sabiduría: y no obstante eso, os quiere alabar el hombre, que es una pequeña parte de vuestras criaturas: el hombre,

que lleva en sí no solamente su mortalidad y la marca de su pecado², sino tambien la prueba y testimonio de que *Vos resistis á los soberbios*³. Pero Vos mismo le excitaís á ello de tal modo, que haceis que se complazca en alabaros; porque nos criásteis para Vos⁴, y está inquieto nuestro corazon, hasta que descanse en Vos.

Peró enseñadme, Señor, y haced que entienda si debe ser primero el invocaros que el alabaros, y antes el conoceros que el invocaros.

Mas ¿quién os invocará sin conoceros? porque así se expondría á invocar otra cosa muy diferente de Vos, el que sin conoceros os invocara y llamara. Ó decidme, si es menester antes invocaros, para poder conoceros.

Mas ¿cómo os han de invocar, sin haber antes creído en Vos? y ¿cómo han de creer, si no han tenido quien les predique y les dé conocimiento de Vos? Pero tambien es cierto que alabarán al Señor los que le buscan: porque los que le busquen, le hallarán; y luego que le hallen, le alabarán.

Pues concededme, Señor, que os busque yo invocándoos, y que os invoque creyendo

en Vos, pues ya me habeis sido anunciado y predicado. Mi fe, Señor, os invoca: la fe, digo, que Vos me habeis dado é inspirado por la humanidad de vuestro santísimo Hijo, y por el ministerio de vuestros Apóstoles y predicadores.

NOTAS.

¹ En toda esta excelente obra habla el Santo inmediata y directamente con Dios; y así toda ella contiene una sola y continuada oracion del Santo, y la comienza alabando á Dios; regla fija y constante, que todos los autores sagrados y profanos han seguido respectivamente sin excepcion alguna. Esto mismo se observa en la Oracion dominical, que es el modelo de todas las mejores oraciones, porque las tres primeras peticiones que incluye, tienen por objeto la gloria de Dios, la extension de su culto, y el establecimiento de su reino en todos los corazones. Y para alabar á Dios, san Agustin desde el principio de sus Confesiones se vale de las palabras del salmo cxlv, 3, en que David alaba á Dios considerándole como rey, como bueno, como misericordioso, como gobernador de todas las cosas y conservador de ellas, y como bienhechor y favorecedor de los hombres, á quienes incessantemente comunica grandes beneficios.

² Alude el Santo al desórden de la concupiscencia, que testifica que somos hijos de Adan nacidos

en pecado original, cuyo efecto es la rebeldía del cuerpo contra el espíritu.

^a Alude al mismo pecado original y á sus efectos, que son la ignorancia, la concupiscencia desordenada, la flaqueza, la malicia; y tambien todos los males del cuerpo, como la muerte, las enfermedades, los dolores y las demás molestias, que, como dice santo Tomás, no solamente son efectos de aquel primer pecado, sino tambien un claro testimonio de que somos hijos de Adán y Eva, que pecaron quebrantando con *soberbia* aquel precepto que les impuso Dios *y apeteciendo ser semejantes á él en cuanto á la ciencia del bien y del mal*: con cuya soberbia nos precipitaron á la multitud de miserias, por las cuales suspiramos incesantemente en este valle de lágrimas. Con lo cual nos incita san Agustín al aborrecimiento del pecado, principalmente de la soberbia; pues todos los trabajos y penalidades de esta vida son otros tantos testimonios de lo que Dios aborrece y castiga los pecados, y determinadamente el de soberbia.

* Nos pone el Santo delante nuestro último fin, que es Dios, á quien debemos adorar, servir y amar, y ordenar á esto mismo toda nuestra vida: porque nos hizo Dios para sí, y nuestro corazón no puede hallar descanso sino en Dios.

CAPÍTULO II.

Que Dios está en el hombre y el hombre en Dios.

2. ¿Y cómo he de invocar á mi Dios y Señor? Llamándole para que venga á mí, esté dentro de mí mismo. Pues ¿qué lugar hay en mí, á donde pueda venir y estar mi Dios? ¿Cómo ha de venir á mí aquel soberano Dios, que crió el cielo y la tierra?

¿Por ventura, Dios y Señor mio, hay en mí alguna cosa á donde podais caer Vos? ¿acaso cabeis en los cielos y tierra que Vos hicisteis, y en que me criásteis? ¿Ó es mejor el decir que estais en todo lo que tiene ser, por cuanto ninguna cosa pudiera existir sin Vos?

Pues si yo tambien existo y tengo ser, ¿para qué os suplico que vengais á mí, no pudiendo yo existir ni tener ser, si no estuviérais ya en mí? En todas partes estais, y aun en el infierno, donde yo no estoy; pues como dice David, *aunque bajara al infierno, allí os hallara tambien*¹.

Luego es verdad, Dios mío, que yo no existiría ni tendría ser alguno, si Vos no existiérais en mí. ¿Ó será mejor decir que no existiría ni tendría ser, si yo mismo no estuviera en Vos, de quien, por quien y en quien tienen ser todas las cosas? Así es también, Señor; también así es verdad. Pues si yo estoy en Vos, ¿para dónde os llamo? ¿ó desde dónde habeis de venir á mí? ¿ó qué paraje tengo de buscar que esté fuera del cielo y de la tierra, para que desde estos venga mi Dios á mí, que tiene dicho por Jeremías: *Yo lleno el cielo y la tierra?*

NOTA.

De la inmensidad de Dios se infiere rectamente que está en todas las criaturas; y que no puede ser algo lo que no esté en Dios. Lo cual se explica con el ejemplo que usa el mismo Santo (*lib. 7, c. 5*) diciendo que toda criatura respecto de Dios es como una esponja en el mar: pues el mar está en ella penetrándola por todas partes, y ella está en el mar que la contiene.

CAPÍTULO III.

Como Dios está en todas partes.

3. Mas ¿por ventura cabeis en el cielo y tierra, aunque es cierto que los llenais? ¿Ó los llenais de tal modo que sobre todavía, porque no cabeis todo en cielo y tierra? Pues ¿á dónde derramais todo eso que de Vos ha sobrado, despues de haber llenado tierra y cielo? ¿No será mejor decir, que para estar Vos en vuestras criaturas, no es necesario que os contengan ellas, siendo por el contrario Vos quien las contiene á todas? Así los vasos que están llenos de Vos, no son ellos los que os contienen, haciéndoos allí estable y permanente; pues aunque ellos se rompan, Vos no os derramaréis. Y cuando os derramais sobre nosotros, no es cayendo Vos; sino antes bien levantándonos á nosotros que estábamos caídos; y lejos de desuniros Vos y disiparos, nos recogeis y reunís á nosotros.

Pero, Señor, supuesto que llenais todas las cosas, ¿las llenais con todo vuestro ser? ó acaso, porque no pueden ellas abarcaros

todo entero y de una vez, ¿no reciben mas que una parte de Vos? ¿Y esa misma parte la reciben tambien y al mismo tiempo todas las criaturas? ¿ó cada una de ellas recibe distinta parte, y mas grande las mayores, y mas pequeña las que son menores? En tal caso habria en Vos alguna parte que fuese mayor que otra. Pero, ¿no es mas cierto que todo Vos estais en todas partes, y que ninguna cosa hay que os abarque ni comprenda todo? ¹

NOTA.

¹ La doctrina de este capítulo y la del precedente nos obliga á contemplarnos siempre y en todas partes en la presencia de Dios, para que en todas partes le temamos como justo, y le amemos como bueno.

CAPÍTULO IV.

Que la majestad y perfecciones de Dios son inexplicables.

4. Pues, Dios mio, ¿qué ser es el vuestro? ¿qué es lo que Vos sois sino mi Dios y Señor? Porque ¿qué otro Señor hay sino este Señor mismo? ¿ó qué Dios sino el Dios nues-

tro? Vos sois, Dios mio, un soberano Ser, altísimo, perfectísimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo, ocultísimo ¹ y presentísimo, hermosísimo y fortísimo; tan estable como incomprendible; inmutable y que todo lo mudais; nunca nuevo y nunca viejo; renovais todas las cosas, y dejais envejecer á los soberbios sin que lo reconozcan; siempre estais en acción y siempre quieto; recogiendo y no necesitando; llevais, llenais y protegeis todas las cosas; las criais, aumentais y perfeccionais todas. Buscáis sin que os falte cosa alguna; teneis amor y no teneis inquietud; teneis celos y estais seguro; os arrepentís y no teneis pesadumbre; os enojais y teneis tranquilidad; mudais vuestras obras sin mudar de parecer.

Recibís tambien lo que hallais, sin haber jamás perdido cosa alguna; nunca sois pobre y os alegráis con las ganancias ²; nunca avariento y nos pedís usuras ³; en obras de supererogacion os damos algo de mas, y Vos os constituís nuestro deudor; pero todo eso que os damos, ¿de quién sino de Vos lo recibimos? ¿ni quien tiene cosa alguna que no sea dádiva vuestra? Finalmente, pagais deu-

das sin deber á nadie; y perdonais lo que os deben sin perder nada de lo que os es debido.

Pero, Dios mio de mi vida, y dulzura de mi alma, ¿qué es todo esto que acabo de decir, respecto de lo que Vos sois? ¿y qué es cuanto puede decir cualquiera que hable de Vos? Y así, infelices y desgraciados aquellos que de Vos no hablan; pues aun los que hablan mucho de Vos se quedan tan cortos como si fueran mudos.

NOTAS.

¹ *Ocultísimo*, porque su divinidad no se nos manifiesta á nuestros ojos; y *presentísimo* por su inmensidad.

² Explica el santo Doctor en estas y en las siguientes palabras el amor con que Dios busca nuestras almas y premia nuestras obras, sin tener necesidad de nuestros bienes; para lo cual usa el Santo estas locuciones metafóricas, tomadas del amor y deseo de las riquezas.

³ Llamán los teólogos obras de supererogacion aquellas que no caen debajo de precepto, ni hay obligacion de hacerlas; pero como estas tambien se hacen con los auxilios de la divina gracia, cuando Dios las premia, son dones suyos los que corona y premia.

CAPÍTULO V.

Pide Agustin á Dios perdon de sus pecados.

5. ¡Oh! ¡quién pudiera descansar en Vos! ¿cuándo tendré yo la dicha de que vengais á mi corazon, y le poseais enteramente, y le embriagueis de vuestro espiritu, para que olvide yo todos mis males, y me abrace y una estrechamente con Vos, que sois mi único y verdadero bien? Decidme Vos, Dios mio, ¿qué es lo que sois para mí? Usad conmigo esta misericordia, para que yo lo pueda decir con vuestra gracia.

Pero ¿qué soy yo para Vos, que me mandais que os ame, y si no lo ejecuto, os enojais conmigo, y me amenazais con el castigo de la mayor infelicidad? ¿Y es por ventura pequeña infelicidad el mismo dejar de amaros? ¡Ay de mí, si tal hiciera!

Pues decidme, Dios mio y Señor, por vuestra infinita misericordia, lo que Vos sois para mí. Responded, diciendo á mi alma: *Yo soy tu salud eterna.* Mas decidse lo de tal modo, que lo oiga bien y lo entienda. Hé aquí, Se-

ñor, delante de Vos los oídos de mi corazón: abridlos Vos, y decid á mi alma: *Yo soy tu salud*. Que al oír esta voz, yo correré siguiéndola, y me abrazaré con Vos. No me ocultéis la hermosura de vuestro rostro. Muestra yo ¹ para verle; y no moriré dejándole de ver.

6. Estrecha es, Señor, la casa de mi alma, para que vengais á ella; pues ensanchadla Vos. Está para caerse y amenaza ruina; pues reparadla Vos y fortalecedla. Tiene varias cosas que desagradan á vuestros ojos: bien lo conozco y confieso; pero ¿quién sino Vos puede limpiarla? ¿ó á quién sino á Vos he de clamar diciendo: *Limpiadme, Señor, de las ocultas manchas de mis culpas, y no imputeis á vuestro siervo las ajenas?*

Yo creo y tengo fe, y por eso hablo y me explico de este modo: bien lo sabeis Vos, Señor. ¿No es verdad, Dios mío, que habiéndoo confesado yo mis culpas y acusádome á mí mismo, Vos ya habeis perdonado las impiedades de mi corazón? No alego esto con ánimo de entrar á juicio con Vos, que sois la suma Verdad; pues no quiero engañarme á mí mismo lisonjeándome de ser justo; no sea

que entonces se verifique en mí, que mi propia iniquidad mintió y se engañó á sí misma. No quiero, pues, entrar en juicio con Vos; porque si Vos, Señor, *atendeis á todas nuestras culpas, ¿quién podrá comparecer en vuestra presencia?*

NOTA.

¹ San Agustín, abrasado de los vivísimos deseos de ver á Dios, pide aquí la muerte de su cuerpo, para llegar á conseguir la presencia divina, que tan ardientemente deseaba, asegurándose de este modo contra los peligros que hay de perder la vida del alma, mientras se vive en la tierra.

CAPÍTULO VI.

Describe Agustín su infancia, y alaba la eternidad y providencia divina.

7. Permitid, Señor, que no obstante ser yo polvo y ceniza, hable delante de vuestra misericordia. Permitidme hablar, Señor, pues vuestra misericordia es á quien hablo y no á los hombres, que harían burla y se reirían de mí. Y si acaso os riéreis Vos también, es-

toy muy cierto de que lo convertiríais en provecho mio, volviendo á tener misericordia de mí.

Pero ¿qué es lo que yo intento deciros, Dios y Señor mio, sino que ignoro de dónde haya venido á esta vida *, que no sé si la llame vida mortal ó muerte vital? Aquí estaban ya para recibirme los consuelos y favores de vuestra misericordia, segun oí de los padres que me engendraron y de quien hicisteis que yo naciera, porque á mí no me ha quedado especie alguna de lo que entonces pasó. Recibiéronme, pues, los consuelos y favores que me previno vuestra misericordia, proveyéndome y surtiéndome de la leche que habia de mamar, y necesitaba para mi sustento. Porque ni mi madre, ni las amas que me criaban, se llenaban los pechos á sí mismas; sino que Vos, Dios mio, érais quien se los llenaba, ministrándome por medio de ellas el alimento propio de mi infancia, segun las determinaciones de vuestra providencia, que surte abundantísimamente de cuanto es necesario á todas las criaturas.

* Nació en 13 de noviembre del año 354.

Tambien era don vuestro, el que yo no quisiese mas que aquello que me dábais; y que las amas que me criaban, quisiesen tambien darme lo que para mí las dábais: como efectivamente lo hacian, dándome con mucho afecto y amor bien ordenado lo que habian recibido de Vos con abundancia. Porque era bueno y conveniente para ellas darme aquel mismo bien que de ellas recibia; aunque, á la verdad, no de ellas sino de Vos me venia aquel bien por ministerio de ellas: porque todos los bienes, sean corporales ó espirituales, vienen siempre de Vos, Dios y Señor mio, de quien depende toda la salud y felicidad de mi cuerpo y alma: como lo advertí despues, reflexionando la multitud de beneficios que interior y exteriormente me habeis hecho, que son otras tantas voces que me habeis dado, para que lo reconozca. Mas por entonces lo que yo sabia era mamar, y entretenerme con las cosas que me eran agradables; y llorar y disgustarme con las que me eran incómodas y molestas: esto era lo que sabia, y nada mas.

8. Despues tambien comencé á reir: primeramente mientras estaba dormido, y des-

pues tambien reia estando dispierto. Así me lo han contado, y yo lo he creído, porque lo mismo vemos en los otros niños; pues yo no me acuerdo de estas cosas.

Poco á poco iba tambien conociendo dónde estaba, y procuraba manifestar mi voluntad y deseos á los que podian cumplírmelos; pero no podia manifestárselos bien; porque mis deseos estaban dentro de mí, y aquellas personas estaban fuera; y por ninguno de sus sentidos podian percibir ni penetrar el interior de mi alma. Por eso me agitaba, daba voces, y hacia aquellas pocas señas y ademanes que podia, para significar mis deseos interiores; á los cuales no se parecian ni eran bastante semejantes mis ademanes y acciones. Y cuando no me daban los gustos que pedía, ó por no haberme entendido, ó porque no me hiciese daño, me indignaba con mis mayores, porque no me obedecian, y con las personas libres porque no se me sujetaban y servian, y me vengaba de todos con llorar. Lo mismo he visto que hacen todos los niños que yo he podido observar: y que yo fui tambien como ellos, mejor me lo han dado á entender los mismos niños que lo igno-

ran, que los que me criaron, que lo saben.

9. Pues hé aquí que mi infancia murió hace ya mucho tiempo, y no obstante yo todavía estoy vivo; pero Vos, Señor, sois el único que siempre vive y en quien nada muere; porque vuestro ser es antes del principio de los siglos, y antes de todo cuanto se puede decir antes. Vos sois el Dios y Señor de todo lo que criásteis; en Vos están permanentes é inmutables las causas y principios de todas las cosas mudables y transitorias; en Vos viven inalterables y eternas las ideas y razones de todas las criaturas temporales y destituidas de razon.

10. Yo os confieso y alabo, soberano Señor del cielo y de la tierra, por aquellos primeros principios de mi vida y de mi infancia, de que no me acuerdo: lo cual quisisteis que los hombres lo infriesen y conjeturasen de lo que ven y experimentan que sucede á los otros, y creyesen muchas cosas de sí mismos, solamente por la autoridad de aquellas mujeres que los asistieron en aquella edad.

Yo entonces verdaderamente ya tenia algun ser, y tambien tenia vida; y al irseme

acabando aquella edad de mi infancia, buscaba indicios y señas con que darme á entender á otros, y hacerles conocer mis pensamientos y deseos. ¿Quién sino Vos, Dios mio, habia de ser el autor de una tal criatura? ¿Por ventura puede alguno ser la causa ó artifice de sí mismo? ¿ó hay algun otro conducto por donde se nos comunique el ser y la vida, fuera de Vos, que nos haceis y formais, y en quien el ser y el vivir no son dos cosas realmente distintas; sino que Vos mismo sois la suma vida y el sumo ser?

Sumo sois, y no sois capaz de mutacion; ni este dia que para nosotros pasa y se hace sucesivamente, pasa tambien para Vos; no obstante que él está en Vos, donde están todas las cosas; porque no tuvieran camino alguno por donde ir pasando, si no estuvieran contenidas en Vos. Como *vuestros años no pasan, ni se acaban*, por eso todos ellos no son mas que un dia presente siempre y continuo. ¿Cuánta multitud de dias nuestros y de nuestros padres han pasado ya por ese vuestro dia siempre presente, y de él tomaron su modo de existir, y efectivamente existieron á su modo; y todavía han de pasar por él otros

muchos que tomarán de él su modo de ser sucesivamente, y existirán y serán segun su modo?

Pero Vos, Señor, siempre sois el mismo; y todas las cosas que han de ser mañana y en los demás dias adelante, y todas las que fueron ayer y en los demás dias antecedentes, en ese *hoy* vuestro las haréis, y en ese *hoy* las habeis hecho.

¿Qué importará, si alguno no entendiere esto que digo? Alégrese él no obstante, y exclame diciendo: ¡*Qué misterio tan grande será este!* Alégrese, vuelvo á decir, aunque no lo entienda bien; y quiera mas hallaros sin entenderlo, que entenderlo sin hallaros.

CAPÍTULO VII.

Que aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados.

11. Sedme propicio, Dios mio, y aplacád vuestro enojo contra los pecados de los hombres. Aunque sea un pecador el que os invoca, teneis misericordia de él, porque Vos hicisteis al hombre, pero no á su pecado.

¿Quién podrá hacer que yo me acuerde de los pecados de mi infancia? porque nadie está limpio de pecado en vuestra presencia, aunque sea el infante recién nacido, que hace un solo día que vive sobre la tierra. Pues ¿quién me los podrá traer á la memoria? ¿Por ventura me los podrá acordar cualquier niño tamiñito, en quien echo de ver lo que de mí no me acuerdo?

Pero ¿en qué podía yo pecar entonces? ¿Por ventura sería en pedir el pecho ansiosamente y llorando? porque si ahora pidiera yo el alimento correspondiente á mi edad con tanta ansia como entonces el pecho, con razon se burlarian de mí los hombres, y justisimamente sería reprendido. Luego, es verdad que tambien entonces hacia algunas cosas reprecensibles, aunque ni la razon ni la costumbre permitieran que fuese yo reprendido entonces, pues no podia entender á quien me reprecendiese. Es verdad que despues, conforme vamos siendo mayores, vamos perdiendo tambien y echando fuera de nosotros estos malos resabios y propiedades; pero tambien lo es, que jamás se habrá visto que un hombre cuerdo y juicioso, cuando

quiere limpiar ó purificar alguna cosa, quite y arroje de ella lo que tenia de bueno.

¿Se puede acaso decir, que eran buenas propiedades respecto de aquella edad, pedir llorando aun aquello que le seria dañoso, indignarse fuertemente con los que no son sus criados, con las personas libres y respetables por su mayor edad, con los mismos que le dieron el ser y con otros muchos sujetos prudentes, que no quieren obedecer á las insinuaciones de su voluntad; y procurar tambien, cuanto le es posible, maltratarlos con araños y golpes, porque no obedecen á lo que el niño manda, cuando le seria perjudicial y dañoso que le obedecieran? De donde puede inferirse, que en la infancia la pequenez y delicadeza de aquel cuerpecito no puede hacer daño; pero que el ánimo, aun en aquella edad, no es inocente.

Yo mismo he visto y experimentado á un niño de pecho, que aun no sabia hablar, y tenia tales celos y envidia de otro hermanito suyo de leche, que le miraba con un rostro ceñudo, y con semblante pálido y turbado. ¿Y quién hay que pueda ignorar esto? Dicese que las madres y las amas enmiendan estos y

semejantes defectos de los niños, usando de no sé qué remedios.

Mas ¿podrá decirse que tambien es inocencia, no poder sufrir un niño que de aquella fuente de leche copiosa y abundante participe el otro que está necesitado, y solamente puede vivir con aquel alimento? No obstante se les toleran con facilidad y se les disimulan estas cosas, no porque sean de ninguna ó muy poca importancia, sino porque han de acabarse con aquella edad. Y aunque Vos, Señor, aprobeis que con los niños se tenga esta conducta; no obstante, si aquellas propiedades se advirtieran en otro de mas años, no debieran disimularse ni sufrirse.

12. Vos, pues, Dios y Señor mio, que disteis al niño aquella vida de que goza y aquel cuerpo dotado de sentidos, como lo vemos, y adornado de sus miembros y figura bien proporcionada; y para la conservacion é integridad de todo esto le disteis tambien los conatos y esfuerzos que son propios de un viviente animado y sensitivo, me mandais que por todo esto os alabe y bendiga, *os confiese y cante á vuestro nombre cánticos de alabanzas, ó altísimo y soberano Señor de cielo y*

tierra, pues verdaderamente os dais á conocer por Dios todopoderoso y sumamente bueno, aunque no hubiérais hecho mas que estas cosas, que nadie puede hacer sino Vos solo, de quien únicamente provienen todos los modos y diferencias que tienen de ser las criaturas, y como hermosísimo dais hermosura á todas las cosas, y las ordenais y gobernais por las justísimas leyes que les habeis impuesto á todas ellas.

Esta mi edad, Señor, que yo por mí no me acuerdo haberla tenido ni pasado, acerca de la cual tengo que creer lo que de ella otros me refieren, y que yo mismo conjeturo haberla vivido, por lo que veo y experimento en los demás niños (bien que esta conjetura es muy segura y cierta), no me determino á juntarla con la vida que tengo ni á contarla por una parte de lo que he vivido en este mundo. Porque en cuanto á estar envuelta en las oscuras tinieblas de mi olvido, es igual y semejante á la que tuve y pasé en el vientre de mi madre. Pues decidme, Dios mio, *habiendo yo sido concebido en culpa*, y viviendo en ella en el seno de mi madre; ¿en dónde, Señor, yo siervo vuestro estuve sin pecado, ó en qué

tiempo he sido inocente? Pero dejo aparte toda aquella edad; porque ¿qué he de hacer ni decir de ella, si no ha dejado algun rastro en mi memoria?

CAPÍTULO VIII.

Del modo con que aprendió á hablar, cuando llegó á la niñez.

13. Creciendo insensiblemente y adelantando en edad todos los días, llegué desde la infancia á la puericia¹; ó por mejor decir, la puericia llegó y sucedió á mi infancia. Ni esta se retiró ó apartó de mi, porque ¿á dónde se ha ido? pero verdaderamente dejó de ser y se acabó aquella edad. De modo, que ya no era yo *infante*, esto es, *sin habla*, sino niño que podia hablar y hablaba.

Yo me acuerdo bastantemente de esto, y he reflexionado despues el modo con que aprendí á hablar; porque no fue esto por medio de alguna enseñanza de mis maestros ó mayores, que me fuesen diciendo las palabras con determinado orden y método de doctrina,

como poco despues me enseñaron á leer; sino que yo mismo aprendí, valiéndome del entendimiento que Vos, Dios mio, me disteis. Porque viendo que ni con gemidos y voces diferentes, ni con varios movimientos y ademanes del cuerpo, podia explicar como queria los interiores afectos y deseos de mi voluntad, de modo que me entendiesen todos, y todo lo que les queria decir para que me obedeciesen: pronunciaba yo mentalmente las voces y palabras que oía, cuando ellos nombraban alguna cosa; y cuando en correspondencia de alguna palabra que habian dicho se movian corporalmente hácia alguna cosa, lo veia y observaba; y entonces conocia que aquella cosa se nombraba con aquella misma voz que ellos habian pronunciado, cuando querian mostrarla ó significarla. Se conocia que ellos querian esto, por las acciones y movimientos del cuerpo, que son como palabras naturales y lenguaje de que usan todas las naciones; y se forman ya con todo el rostro, ya con los ojos solamente, ya con otras señas de los demás miembros del cuerpo, y ya finalmente con el sonido de la voz: con cuyas señas y acciones dan á entender las afecciones del alma

en órden á pedir, retener, desechar, huir ó aborrecer estas ó aquellas cosas.

De este modo iba yo aprendiendo poco á poco muchas palabras en varias sentencias y proposiciones que oía, puestas y colocadas en sus propios y correspondientes lugares; y oyendo unas mismas palabras muchas veces, iba aprendiendo lo que significaban. Finalmente, adiestrándose mis labios y lengua en formar aquellas mismas palabras, conseguí explicar con ellas los deseos de mi voluntad. De este modo comencé á hablar con los que andaban á mi lado, y este fue como el primer paso que di en la carrera peligrosa del trato y sociedad humana, dependiendo siempre de la autoridad de mis padres y voluntad de mis mayores.

NOTA.

¹ Los antiguos, según dice san Isidoro (lib. 11 Orig. cap. 2) dividían la vida del hombre en seis edades, esto es, en *infancia*, *puericia*, *adolescencia*, *juventud*, *varonía ó gravedad*, y *la vejez*. La infancia comprendía los siete primeros años desde que nace el hombre; y la puericia los siete siguientes. La adolescencia comprendía otros catorce

años, y se extendía hasta los veintiocho. La juventud se concluía á los cincuenta años. La varonía ó gravedad (que es la edad media entre la juventud y vejez), duraba hasta los setenta años. Y últimamente la vejez, que no tiene mas término que la muerte.

CAPÍTULO IX.

Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego, y temor al castigo.

14. ¡Qué de miserias y engaños, Dios y Señor mio, comencé desde luego á experimentar en la sociedad humana! porque desde la tierna edad de mi puericia me proponían y enseñaban que era recto y justo obedecer á los que me aconsejaban que procurase lucir y florecer en este siglo, aventajándome y sobresaliendo en el estudio de aquellas artes y facultades parleras, que sirven para adquirir reputación y honor entre los hombres, y las riquezas del mundo vanas y falaces.

En consecuencia de esto me pusieron á la escuela para que aprendiese á leer y escribir: en lo que yo no advertía qué utilidad pudiese haber; y no obstante, me azotaban cuan-

en orden á pedir, retener, desechar, huir ó aborrecer estas ó aquellas cosas.

De este modo iba yo aprendiendo poco á poco muchas palabras en varias sentencias y proposiciones que oía, puestas y colocadas en sus propios y correspondientes lugares; y oyendo unas mismas palabras muchas veces, iba aprendiendo lo que significaban. Finalmente, adiestrándose mis labios y lengua en formar aquellas mismas palabras, conseguí explicar con ellas los deseos de mi voluntad. De este modo comencé á hablar con los que andaban á mi lado, y este fue como el primer paso que di en la carrera peligrosa del trato y sociedad humana, dependiendo siempre de la autoridad de mis padres y voluntad de mis mayores.

NOTA.

1 Los antiguos, según dice san Isidoro (lib. 11 Orig. cap. 2) dividían la vida del hombre en seis edades, esto es, en *infancia*, *puericia*, *adolescencia*, *juventud*, *varonía ó gravedad*, y *la vejez*. La infancia comprendía los siete primeros años desde que nace el hombre; y la puericia los siete siguientes. La adolescencia comprendía otros catorce

años, y se extendía hasta los veintiocho. La juventud se concluía á los cincuenta años. La varonía ó gravedad (que es la edad media entre la juventud y vejez), duraba hasta los setenta años. Y últimamente la vejez, que no tiene mas término que la muerte.

CAPÍTULO IX.

Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego, y temor al castigo.

14. ¡Qué de miserias y engaños, Dios y Señor mio, comencé desde luego á experimentar en la sociedad humana! porque desde la tierna edad de mi puericia me proponían y enseñaban que era recto y justo obedecer á los que me aconsejaban que procurase lucir y florecer en este siglo, aventajándome y sobresaliendo en el estudio de aquellas artes y facultades parteras, que sirven para adquirir reputación y honor entre los hombres, y las riquezas del mundo vanas y falaces.

En consecuencia de esto me pusieron á la escuela para que aprendiese á leer y escribir: en lo que yo no advertía qué utilidad pudiese haber; y no obstante, me azotaban cuan-

do era negligente en aprender. Este rigor era alabado de mis padres y mayores; pero ello es cierto que muchos que nos han precedido en esta vida nos han dejado abiertos unos caminos trabajosos, por los cuales nos hacen ir por fuerza, multiplicando así los dolores y penalidades á los hijos de Adan.

Pero hallé y tuve maestros que os invocaban, Dios y Señor mio, y en sus necesidades se encomendaban á Vos, y yo tambien lo aprendí de ellos. Desde entonces conocí yo, segun los alcances de mi corta edad, que Vos érais una cosa tan grande y excelente, que podiais oirnos y favorecernos, aunque no os manifestárais á nuestros sentidos. Por lo cual desde niño acostumbraba acudir á Vos como á mi defensa y amparo, y rompía los nudos de mi lengua para invocaros y pedir os favor; y aun siendo yo tan pequeño, os suplicaba con el mayor fervor que no me azotasen en la escuela. Y cuando (para bien mio) no me lo concediais, los hombres, y aun mis padres que no me deseaban mal alguno, se reian de que me hubiesen azotado; siendo así que era para mí entonces el mayor y mas grave mal que pudiera sucederme.

18. ¿Hay por ventura, Señor, algun ánimo tan grande, y unido á Vos con un amor tan fino y excelente, que se burle tanto de los trabajos por vuestro amor? (porque la insensatez puede tambien hacerlo): ¿hay, pues, algun hombre, vuelto á decir, que en fuerza del amor y caridad fervorosa con que os ama, esté tan grandemente apasionado de Vos, que se burle de los potros, garfios de hierro, y de otros tormentos semejantes? (para librarse de los cuales, y compelidos del gran temor que les tienen los hombres, en todo el universo acuden á Vos con fervorosas súplicas): ¿hay, pues, alguno que los juzgue todos tan leves y de tan poca consideracion, que se burle tanto de los que temen aquellas penas y martirios, como nuestros padres se reian y burlaban de los tormentos con que los muchachos éramos afligidos de nuestros maestros? Pues á la verdad, ni yo los temia menos que aquellos otros puedan temer los tormentos insinuados, ni os suplicaba con menos fervor que ellos, que me libráseis de semejantes castigos, no obstante que yo los mereciese por mi negligencia en aprender, haciendo menos

de lo que me pedían y mandaban en cuanto á leer y escribir. Porque á mí no me faltaba memoria ni ingenio, pues Vos, Señor, me lo dísteis muy suficiente para aquella edad; pero gustaba del juego, y por él me castigaban los que tenían el mismo gusto y ejecutaban lo propio. Pero los juegos y diversiones de los que son ya hombres hechos se llaman quehaceres, negocios y ocupaciones; y los juegos y entretenimientos de los muchachos son castigados de los maestros y mayores como delitos; y no hay quien tenga lástima ni se compadezca de aquellos, ó de estos, ó de unos y de otros.

En efecto, cualquier hombre que juzgue bien y rectamente de las cosas, no me parece que aprobaría que yo fuese azotado por jugar á la pelota en aquella edad, porque el juego me impedía aprovechar en un estudio, con el cual había yo de jugar, cuando mayor, con modo mas culpable y reprehensible; ni tampoco negaría, que el mismo que me azotaba incurria en semejantes ó mayores defectos, pues si en alguna disputa era vencido por otro maestro quedaba mas atormentado

de cólera y envidia, que podía yo quedar, cuando en el juego de la pelota era vencido del compañero con quien jugaba.

CAPÍTULO X.

Como por amor al juego no se aplicaba al estudio.

16. No obstante, ello es cierto que yo pecaba, Dios y Señor mio, autor y ordenador de todas las criaturas (aunque de los pecados solamente *ordenador*¹, mas no autor), es cierto que yo pecaba, obrando contra lo que me mandaban mis padres y maestros: pues podía hacer buen uso de aquellas letras que querían que aprendiese, fuese su ánimo entonces el que fuese. Porque á la verdad, yo no dejaba de hacer aquello que me mandaban, por ocuparme en otras cosas mejores; sino por la afición que tenía al juego, en cuyos lances deseaba con cierto aire de soberbia quedar siempre victorioso; y tambien porque gustaba de oír fingidos cuentos y fábulas, que cada vez me aficionaban mas, y excitaban en mí mayor deseo de oirlas: y aviván-

dose mas y mas mi curiosidad , y pasándose de los oídos á los ojos , me inclinaba y hacia desear ardentísimamente hallarme en aquellos espectáculos y juegos á que los hombres ya grandes solian asistir: los cuales espectáculos y juegos los disponen y mandan ejecutar unos sujetos tan autorizados y de tan superior dignidad en la república , que casi todos los demás hombres desearian que sus hijos llegasen á verse en estado de mandar y disponer aquello mismo ; y no obstante llevan á bien y consienten que sean castigados , si por divertirse en ver aquellos juegos , dejan de adelantar en el estudio , con el cual desean que lleguen algun dia á poder dar al pueblo aquellos espectáculos y diversiones.

Mirad , Señor , con ojos de misericordia estas contrariedades de los hombres , y libradnos de incurrir en ellas á todos los que os invocamos ; y librad tambien á los que todavía no os invocan , para que lo hagan , y los libreis enteramente.

NOTA:

¹ Es doctrina del santo Doctor , y la repite muchas veces , que de los mismos pecados de los hom-

bres se suele Dios servir , ya para castigo de otros antecedentes , ya para humillar á los soberbios , ya para otros fines de su oculísimá y justísima providencia. Así en el capítulo XII de este mismo libro dice el Santo : *Tu verò... errore omnium... utebâris ad utilitatem meam : meo autem... (scil. utebâris) ad pœnam meam. Ita de non benè facientibus tu benè faciebas mihi. Jussisti enim , et sic est , ut pœna sua sibi sit omnis inordinatus animus* : pero del error que cometian todos aquellos... os servíais para mi provecho ; y del que yo cometia... os valíais para mi castigo. Así , Señor , de los que no hacian bien , hacíais bien para mí : y de mi mismo pecado formábais justamente mi castigo. Porque Vos habeis dispuesto (y se cumple puntualmente la órden) , que todo corazon desordenado sea verdugo de sí mismo.

Tambien en el libro 11 de la ciudad de Dios , capít. 17 , dice el Santo : *Deus sicut naturarum bonarum optimus Creator est , ita malarum voluntatum justissimus ordinator* : así como Dios es óptimo criador de todas las cosas buenas , así es tambien justísimo ordenador de todas las voluntades malas. De donde se infiere que la mente de san Agustín en este capítulo X de las Confesiones es la misma que en los lugares citados , y en otros muchos que pudieran citarse : y en todos enseña constantemente el Santo , que de las cosas buenas es Dios no solamente ordenador , sino tambien autor y criador ; pero de los pecados , errores y vicios *solamente es ordenador : peccatorum tantum ordinator* ; no porque los mande , sino porque primeramente los per-

mite, y luego los ordena á los fines que tiene determinados su altísima providencia, que tuvo por mejor sacar de los males bienes, que dejar de permitir que hubiese males: *Melius judicavit de malis benè facere, quam mala nulla esse permittere*, que dice el santo Doctor en el Enquiridion, cap. 29 y 27.

CAPÍTULO XI.

Afligido con una enfermedad pide el Bautismo: pero habiéndose mejorado prontamente, se dilata el dársele por consejo de su madre.

17. Desde mi niñez habia oido hablar algunas veces de la vida eterna que nos está prometida por el abatimiento y humildad de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que se dignó bajar hasta nosotros para curar nuestra soberbia: y por el cuidado y solieitud de mi madre, que tenia puesta en Vos toda su confianza, desde que nací era yo santiguado en vuestra Iglesia ¹ con la señal de la cruz, y habia sido participante de su misteriosa sal. Pues ya sabeis, Señor, que siendo yo muy pequeño todavía, me vi acometido repentinamente de un gravísimo dolor de estómago,

que me puso en términos de morir. Vos, Dios mio, que velábais como mi guarda y amparo sobre la salud de mi alma, visteis con cuánta ansia y anhelo de mi corazon, y con cuánta fe pedí á mi piadosa madre, y á la que es madre de todos nosotros, vuestra Iglesia católica, que me concediese el bautismo de Jesucristo, vuestro Hijo, Dios y Señor nuestro.

Este accidente conturbó mucho á mi madre; pero como deseaba mi salud eterna, y con el mas fino amor y caridad me paria espiritualmente á vuestra fe, procuró á toda prisa que se me confiriese aquel saludable Sacramento, con que habia de ser lavado de todas las manchas de mis culpas, confesando á mi Señor Jesucristo para lograr el perdon de todos mis pecados: y hubiera tenido efecto nuestra intencion entonces, á no ser porque mejoré prontamente, y quedé fuera de aquel peligro. Así se dilató para mas adelante mi bautismo, en que se habia de haber lavado y purificado mi alma: creyendo que despues de aquel lavatorio serian mayores y mas peligrosas las manchas de mis delitos; como si fuera inevitable y forzoso el volver á mancharme, si quedaba vivo.

De modo, Señor, que desde aquella edad ya creía yo en Vos, juntamente con mi madre y toda nuestra familia, exceptuando á mi padre solamente : cuyo respeto y autoridad nunca preponderó en mi estimacion á la que yo tenía y hacia de la piedad de mi madre ; y así no pudo él con su ejemplo apartarme de creer en mi Señor Jesucristo. Y por otra parte ponía mi madre toda su atencion en procurar que á Vos, Dios mio, os tuviese por mi padre verdadero, mas bien que al que me habia engendrado. Y Vos, Señor, la ayudábais, haciendo que su dictámen y piedad prevaleciesen en mí, respecto de la autoridad y ejemplo del varon á quien ella no obstante obedecía y servía, siendo mejor que él : porque conocía que en esto os servía y obedecía á Vos, que se lo mandábais.

18. Pero quisiera saber, Dios mio (si esto fuere conforme á vuestra voluntad), con qué fin se dilató mi bautismo por entonces : y si acaso fue para mi provecho, que con aquella dilacion me dejasen como sueltas las riendas para pecar ; ó si verdaderamente no fue esto dejármelas sueltas para el pecado. Porque si no es así, ¿ qué fundamento puede

tener lo que aun ahora por todas partes oímos decir de muchos : *Dejadle que haga lo que quiera, pues aun no está bautizado?* Pero en verdad, que hablando de la salud del cuerpo no decimos : *Dejadle que reciba mas heridas, ó que tenga mas llagas, pues todavia no ha sanado de las primeras.*

Pues ¿ cuánto mejor hubiera sido que se me hubiese dado cuanto antes la salud, y que mis cuidados y los de mis padres se ocupasen en conservar y asegurar, mediante vuestra proteccion, la salud de mi alma, que hubiera entonces recibido de Vos? Mejor hubiera sido ciertamente. Pero las muchas y grandes olas de tentaciones que me amenazaban, y despues de pasada la puericia habian de acometerme, ya mi madre las presentia y conocia anticipadamente ; y mas quiso exponer á los golpes de aquellas olas el barro de que se habia de formar despues mi imágen, que no la misma imágen formada ya y perfecta.

NOTA

¹ No era permitido á los catecúmenos hacer ellos sobre sí la señal de la cruz, ni tampoco tomar por

sus manos la sal que se les daba durante el estado de catecúmenos; sino que esto lo recibían de mano de los ministros catequizantes. Tampoco se les permitía aprender ni rezar el Símbolo de la fe, ni la oración del Padre nuestro, solamente se les cantaba uno y otro, y se les explicaba algunos días antes de recibir el Bautismo; pero se les daba la sal misteriosa y bendita, siempre que se les examinaba; y antes y después de recibirla, les hacían muchas veces la señal de la cruz con este orden: En primer lugar el padrino y la madrina, en segundo un acólito, en tercero el padrino, en cuarto otro acólito, en quinto el padrino, en sexto otro tercer acólito, en séptimo el padrino, en octavo un presbítero, y en noveno lugar el padrino. La Iglesia romana había establecido fuesen siete estos exámenes ó escrutinios que se hacían de los catecúmenos, en reverencia de los siete dones del Espíritu Santo: comenzaban el miércoles de la tercera semana de Cuaresma, y se acababan en uno de los días de la Semana Santa: y solamente después del séptimo y último escrutinio, era cuando se les explicaba la primera vez el símbolo de los catecúmenos, y desde entonces se les llamaba *Competentes*.

CAPÍTULO XII.

Como le compelian y forzaban al estudio, y como Dios volvía en bienes sus males.

19. En aquella misma edad de mi puericia, en que había menos que temer que en la juventud, no amaba yo las letras, y aborrecía que me precisasen á estudiarlas. En esto me hacían bien, y yo era el que obraba mal; porque no hubiera aprendido si por fuerza no me hubieren obligado; y porque ninguno hace bien aquello que hace por fuerza, aunque sea bueno aquello mismo que hace.

Ni tampoco me hacían bien los que me violentaban al estudio; sino que todo el bien que se me hacía en esto, de Vos me provenía, Dios y Señor mio. Porque ellos no miraban ni atendían á qué fin podía yo ordenar aquellas letras que por fuerza me hacían aprender, mas que á saciar los insaciables deseos de una rica pobreza y de una afrentosa gloria. Pero Vos, que *teneis contados todos los cabellos de nuestra cabeza*, del error que

cometian todos aquellos que me violentaban, usábais Vos y os servíais para mi provecho; y del que yo cometia no queriendo aprender, os valíais para mi castigo: que no dejaba de merecerlo, siendo en aquella edad tamaño muchachuelo y tamaño pecador. Así, Señor, de los que no hacian bien en lo que hacian conmigo, sacábais bien y provecho para mí; y de mi mismo pecado sacábais justamente mi castigo. Porque Vos teneis dispuesto (y se cumple puntualmente el orden vuestro) que todo ánimo desordenado sea verdugo de sí mismo.

CAPÍTULO XIII.

A qué estudio se aficionaba mas.

20. Desde mi tierna edad me hacian aprender el griego; pero yo aborrecia semejante estudio: y no sé por qué le tenia tanta aversion entonces, que aun ahora no he podido acabar de averiguar el motivo.

Al contrario me sucedió con el latin, al cual me aficioné mucho; no digo aquel latin que podian enseñarme los maestros de pri-

meras letras, sino el que enseñan los que se llaman gramáticos; porque aquel otro estudio de las primeras letras, en que se aprende á leer, escribir y contar, no le tenia por menos pesado y penoso que el de todo el griego.

Pues ¿de dónde podia dimanar esta aversion, sino de mi pecado, y de lo caduco de esta vida, por ser el hombre compuesto de carne animada de un espíritu, cuya vida es *como un soplo de aire pasajero que va y no vuelve?* Porque á la verdad, el estudio de aquellas primeras letras era mejor y mas sólido; pues con él podia conseguir, como de hecho conseguí entonces y tambien ahora, ya el leer lo que hallo escrito, ya tambien escribir todo lo que quiero. Pero en el otro estudio, á que yo me incliné mas, me obligaban á aprender los errados rumbos de no sé qué Eneas, olvidándome de lo errado de los míos: y á llorar la desgracia de Dido, que por amor de Eneas se mató á sí misma; cuando yo, miserable de mí, no lloraba la muerte que á mi mismo me daban estas fábulas, apartándome de Vos, que sois mi Dios y mi vida.

21. ¿Qué cosa mas digna de compasion y lástima, que un hombre infeliz y miserable que no tenia lástima ni se compadecia de sí mismo, y que lloraba la muerte de Dido causada de su grande amor á Eneas; no llorando mi propia muerte, causada de no amáros á Vos, Dios mio, luz de mi corazon, sustento y fortaleza de mi alma, y virtud que la fecundais, llenando toda la capacidad de mi entendimiento?

No os amaba yo, Señor; antes bien os era desleal: y andando así perdido, por todas partes oía mis aplausos. *Porque tener amistad con este mundo*, es apartarse de Vos: y por ese apartamiento recibe el hombre aplausos en el mundo, para que se avergüence, si no persevera en la union y amistad de quien le aplaude tanto.

No lloraba yo esto, y lloraba á Dido, que por último extremo de su amor se mató á sí misma; siendo así que yo amaba extremadamente á vuestras criaturas, dejándoos de amar á Vos, y portándome como terreno en tener puesta mi aficion en cosas de la tierra. Y estaba tan aficionado y adherido á aquella lectura, que si me estorbaran leer aquellas

cosas, lo sentiria mucho, porque no me dejaban leer lo que me causaria sentimiento. Pues estas y semejantes locuras son reputadas por mejores estudios, y aplaudidas con el nombre de bellas letras: y su estudio se juzga de mas utilidad que el otro en que me enseñaron á leer y á escribir.

22. Pero al presente, Dios mio, dad voces en lo interior de mi alma, y clame allí vuestra verdad diciéndome: *No es así, no es así; mejor es sin duda aquella doctrina y enseñanza primera*. Porque á la verdad yo mas quisiera que se me olvidaran los rodeos por donde anduvo Eneas, y las demás historietas á este modo, que el escribir y leer.

Bien sé que las puertas de sus aulas las cubren los gramáticos con una especie de velos ó cortinas; pero estas no tanto sirven para significar los misterios que sus fábulas occultan, quanto para encubrir los errores y desvarios que allí se enseñan.

No tienen que alborotarse ni dar voces contra mí; que no les temo desde que en vuestra presencia, Dios mio, confieso los afectos y deseos de mi alma, y he resuelto acusarme de las erradas sendas que he seguido, para

enmendar lo que he errado, y seguir de aquí adelante el camino de vuestras santas leyes y preceptos.

No se me opongan, ni griten contra mí los que viven de vender y comparar las doctrinas y reglas de la gramática; porque si yo les pregunto si es verdad que Eneas vino alguna vez á Cartago, como dice Virgilio, los menos instruidos responderán que no lo saben; pero los que saben algo mas, dirán que aquello no es verdad. Pero si les preguntase con qué letras se escribe el nombre de Eneas, todos los que aprendieron á escribir responderán uniformemente y conformándose con aquellas reglas y forma de caracteres que están instituidos y determinados por el convenio y voluntad de los hombres, y será verdadera su respuesta. Y finalmente, si les preguntara cuál seria mayor daño para esta vida, olvidársele á un hombre el leer y el escribir, ú olvidársele todas aquellas ficciones poéticas, ¿quién no ve lo que responderia cualquiera que no estuviese olvidado enteramente de sí mismo?

Luego aun siendo muchacho hacia yo mal en amar y aficionarme mas al estudio de

aquellas cosas tan vanas, que al de estas, que son mas útiles y provechosas; ó por mejor decir, obraba mal amando aquellas, y aborreciendo estas. Pues ¿qué diré de mi repugnancia á los primeros principios de la aritmética? era para mí una cancion insufrible el oír á los otros, y repetir yo mismo: *uno y uno son dos; dos y dos son cuatro*; cuando por otra parte era para mi gusto un pasaje muy delicioso, el de aquel caballo de madera lleno de gente armada, el incendio de Troya, y la *sombra de Creusa*.

NOTA.

¹ Como si dijera: Esto nacia de lo caduco y frágil de mi vida; porque siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, tiene diversas y contrarias inclinaciones. Y como dice el P. J. M. *carne y espíritu* aquí se deben tomar en el mismo sentido que cuando dijo nuestro Salvador: *El espíritu está pronto, pero la carne es flaca*: Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma. (Matth. xxvi, 41).

CAPÍTULO XIV.

Del aborrecimiento que tenia al estudio de la lengua griega.

23. Pues ¿cómo aborrecia yo tambien la gramática griega, que enseña estas y semejantes fábulas? porque Homero verdaderamente es diestrísimo en tejer estas ficciones, y es dulcísicamente vano; y no obstante era bien amargo para mí cuando muchacho. Yo creo que lo mismo les sucederá respecto de Virgilio á los muchachos griegos de nacimiento cuando los obliguen á aprenderle, como á mí me obligaban á aprender á Homero.

Esto debia consistir, en que la gran dificultad que generalmente hay en aprender una lengua extraña, servia de amarga hiel con que se sociaban todas las dulzuras que yo hallaba en la narracion de las fábulas griegas. Pues cuando aun no sabia palabra de aquel idioma, me obligaban con terribles amenazas y crueles castigos á que le aprendiera.

Es verdad que tambien durante algun tiempo de mi infancia estuve sin saber palabra alguna de la lengua latina; y con todo eso solamente de oirla hablar la aprendí (sin que me hostigasen con miedos ni tormentos), entre los halagos y caricias de las amas, y entre las chanzas y juegos de los que me entretenian ó se divertian conmigo. Pero si la aprendí, sin que ninguno me estimulase con castigos ni amenazas, fue porque mi mismo corazon me obligaba á que manifestase sus interiores afectos; lo que no pudiera hacer, si no hubiera aprendido algunas palabras, no de los que las enseñaban, sino de los que las hablaban en mi presencia, en cuyos oidos procuraba yo tambien ir pariendo á mi modo mis conceptos. De donde se infiere, que para aprender estas cosas conduce mas una curiosidad voluntaria, que el temor y la violencia.

Pero ya conozco, Dios mío, que es voluntad vuestra serviros de este freno, para reprimir el exceso de aquella curiosidad: siendo este uno de los efectos de vuestras leyes y determinaciones, que comprenden y abrazan todas las edades de los hombres desde las pal-

metas que sufren los niños de mano de sus maestros, hasta las torturas que padecen de los tiranos los mártires; y de este modo vuestras divinas leyes nos hacen volver á Vos, porque van mezclando saludables amarguras en los mismos deleites ponzoñosos que nos habian apartado de Vos.

CAPÍTULO XV.

Oracion del Santo á la Majestad divina.

24. Oid, Señor, benignamente la súplica que os hago, y concededme que mi alma no desfallezca siguiendo los documentos de vuestra enseñanza, y no cese yo de alabaros y bendeciros por las misericordias que conmigo habeis usado, sacándome de todos los perversos caminos de la iniquidad, por donde yo andaba perdido. Haced, Dios mio, que perciba en Vos una dulzura incomparablemente mayor que la de todos los engañosos deleites que antes seguia; y así os ame ardentísimamente y cuanto me fuere posible; y que con todas las fuerzas de mi alma me abrace de vuestra mano poderosa, para que

me saqueis victorioso de todas las tentaciones que hasta el fin de mi vida me puedan acometer.

Y pues Vos, Señor, sois mi verdadero Rey y mi Dios, quiero emplear en servicio vuestro todo cuanto bueno y útil aprendí de muchacho. Sea, vuelvo á decir, para servicio vuestro todo cuanto aprendí y adelanté en hablar, en leer, en escribir y en contar, lo cual yo os consagro en reconocimiento de lo que me castigásteis por la adhesión que tenia á aquellas vanidades de las fábulas, y de que me habeis perdonado los pecados de deleitarme en ellas. Es cierto que estudiándolas aprendí muchos buenos vocablos y palabras útiles; pero tambien lo es, que se pueden aprender en otros escritos, que no son tan fabulosos y vanos; y este es el camino seguro por donde se habia de llevar á los muchachos ¹.

NOTA.

¹ Esto que dice aquí san Agustin, se vió claramente cumplido, con gran provecho de los estudiantes cristianos, en tiempo del emperador Juliano apóstata. Sintiendo este, y deseando impedir

que los profesores cristianos, explicando á sus discípulos el poeta Homero y otros autores gentiles, les hiciesen ver lo ridículo de la religion pagana, publicó dos leyes : por la una excluyó de toda cátedra y enseñanza á los Cristianos; y en la otra prohibió á los cristianos estudiantes no solamente la entrada en los colegios públicos, sino tambien la lectura de los autores profanos. Entonces los hombres mas hábiles y sábios entre los Cristianos, como san Gregorio Nazianceno, Apolinar, Origenes, y algunos otros, que estaban muy versados é instruidos en toda clase de letras, compusieron en prosa y verso infinidad de tratados sobre todas materias, y los pusieron en manos de los jóvenes cristianos, por donde ellos aprendian todo cuanto era necesario y conducente para pulir é ilustrar su entendimiento, para ejercitar la memoria, y para formar su corazon, sin el riesgo de beber con la doctrina la ponzoña del vicio. Pues esto mismo que consiguieron entonces los Cristianos, compellidos de la persecucion, se pudiera conseguir mejor en todo tiempo, como dice aquí san Agustin.

CAPÍTULO XVI.

Reprueba el método que comunmente se observa en la enseñanza de la juventud.

25. Pero ¡oh funesto y caudaloso¹ río de la costumbre! ¿quién te podrá resistir?

¿hasta cuándo ha de durar tu corriente sin secarse? ¿hasta cuándo envolverás en tus olas á los hijos de Eva, dando con ellos en este mar profundo y espantoso, que apenas en la sagrada nave de la cruz se puede vadear? ¿por ventura no fue la costumbre la que puso en mi mano aquellos libros, en que leí que Júpiter truena en el cielo, y adultera en la tierra? Y verdaderamente él no pudiera hacer estas dos cosas; pero esto se fingió con la mira de que el adulterio verdadero tuviese un modelo autorizado con un trueno fingido.

Pero ¿qué filósofo de buen juicio oye con serenidad de ánimo y con paciencia lo que el otro de su misma profesion está clamando y diciendo : *Estas cosas las fingia Homero, que trasladaba á los dioses las flaquezas de los hombres, y mas quisiera yo que hubiera trasladado á nosotros las virtudes de los dioses?* Es muy cierto que Homero fingió todas estas cosas; pero fue siempre atribuyendo divinidad ó haciendo dioses á unos hombres viciosos y malvados, para que los delitos mas enormes no pareciesen tales; y para que se juzgase que cualquiera que hiciese aquellas

maldades, no imitaba á unos hombres perdidos, sino á unos dioses que habitaban en los cielos.

Y no obstante eso, ¡oh rio infernal de la costumbre! á tí se arrojan los hijos de los hombres con los estipendios que dan por aprender unas máximas tan perjudiciales; y se tiene por una gran cosa, cuando esto se ejecuta públicamente en la plaza y con autoridad de las leyes, que determinan se les den salarios y gratificaciones además de sus ordinarios estipendios², y entonces conmovidas tus piedras con el imperio de tus olas^{*}, hacen gran ruido diciendo: aquí se aprende á hablar bien: aquí se adquiere la elocuencia, tan necesaria para persuadir las cosas y explicar las sentencias. Pues qué, ¿no podríamos saber estas palabras, *rocío de oro, regazo, engaño, bóveda del cielo*, y otras tales voces que se hallan escritas en la misma fábula, si Terencio no hubiera introducido en una de sus comedias á aquel jóven lascivo que toma á Júpiter por ejemplo de su impureza, mirando una pintura que había en la

^{*} Esto es, alborotados los hombres, que siguen tu corriente.

pared, donde se representaba el modo con que dicen que Júpiter engañó á Danae, bajando á su regazo disfrazado y transformado en rocío ó lluvia de oro? Y vé aquí como aquel jóven se provoca á sí mismo á deshonestidad, diciendo de este modo: «Pero ¿qué Dios fue el que cometió este estupro? No «menos que aquel Dios tan poderoso, que «con los truenos hace que se estremezcan y «retumben las bóvedas del cielo. Pues yo, «que soy un hombre mortal y flaco, ¿tendré «por cosa indigna de ejecutarse lo que se «dice haber ejecutado un Dios tan grande? «Lo hizo efectivamente y con toda voluntad.»

De donde se sigue que la obscenidad y torpeza de esta fábula no es la que sirve y conduce para que se aprendan mejor aquellas expresiones; antes al contrario, por medio de semejantes palabras se obra con mayor libertad aquella torpeza. No acuso yo las voces ó palabras, que son como unos vasos preciosos y exquisitos; sino el vino del error que nos daban á beber en ellos unos maestros embriagados ya de él, y que nos castigaban si no queríamos beberle; sin que nos

fuera permitido apelar á algun juez sóbrio, y que no estuviese preocupado como ellos y poseido del error.

Y no obstante eso, yo, Dios mio, en cuya presencia hago memoria de estas cosas con seguridad, las aprendí gustoso, y pobre de mí, me deleitaba en ellas; y por eso se decia de mí, que era un muchacho de grandes esperanzas.

NOTAS.

¹ Prosigue quejándose de la costumbre de enseñar á la juventud por aquellos autores profanos y peligrosos; explicando la fuerza de la costumbre en la metáfora de un rio, que con su impetuosa corriente lo arrastra todo: pues tambien todos los hombres se dejan llevar de la costumbre, sin poder resistir el ímpetu y fuerza de su corriente.

² Continúa la metáfora de un rio, que hace ruido con las piedras que conmueve dándose unas contra otras; y así tambien los hombres que se llevan de la costumbre de enseñar y leer aquellos poetas, dan voces y claman diciendo, que allí se aprende á hablar bien, etc.

CAPÍTULO XVII.

Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar á los jóvenes en el estudio.

27. Permitidme, Dios mio, que diga tambien algo del ingenio que Vos me dísteis, y de los desatinos en que le ejercitaba.

Se me daba un asunto, sobre el cual habia de componer: y esto causaba bastante desasosiego é inquietud en mi alma, ya por ganar el premio de alabanza, ya por el deshonor á que me exponia, y ya por el miedo de los azotes con que me amenazaban. Se me proponia, pues, por asunto, que dijera yo las palabras que diria Juno airada y muy sentida, porque no podia impedir que abor-dase á Italia el rey de los troyanos; cuyas palabras nunca habia oido que Juno las dijese; pero nos obligaban á que, siguiendo las huellas de las ficciones poéticas, dijésemos en prosa algo que fuese semejante á lo que el poeta hubiera dicho en verso. Y aquel era mas alabado, que con mas propiedad habia sabido contrahacer y remedar los afectos

fuera permitido apelar á algun juez sóbrio, y que no estuviere preocupado como ellos y poseido del error.

Y no obstante eso, yo, Dios mio, en cuya presencia hago memoria de estas cosas con seguridad, las aprendí gustoso, y pobre de mí, me deleitaba en ellas; y por eso se decia de mí, que era un muchacho de grandes esperanzas.

NOTAS.

¹ Prosigue quejándose de la costumbre de enseñar á la juventud por aquellos autores profanos y peligrosos; explicando la fuerza de la costumbre en la metáfora de un rio, que con su impetuosa corriente lo arrastra todo: pues tambien todos los hombres se dejan llevar de la costumbre, sin poder resistir el ímpetu y fuerza de su corriente.

² Continúa la metáfora de un rio, que hace ruido con las piedras que conmueve dándose unas contra otras; y así tambien los hombres que se llevan de la costumbre de enseñar y leer aquellos poetas, dan voces y claman diciendo, que allí se aprende á hablar bien, etc.

CAPÍTULO XVII.

Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar á los jóvenes en el estudio.

27. Permitidme, Dios mio, que diga tambien algo del ingenio que Vos me dísteis, y de los desatinos en que le ejercitaba.

Se me daba un asunto, sobre el cual habia de componer: y esto causaba bastante desasosiego é inquietud en mi alma, ya por ganar el premio de alabanza, ya por el deshonor á que me exponia, y ya por el miedo de los azotes con que me amenazaban. Se me proponia, pues, por asunto, que dijera yo las palabras que diria Juno airada y muy sentida, porque no podia impedir que abor-dase á Italia el rey de los troyanos; cuyas palabras nunca habia oido que Juno las dijese; pero nos obligaban á que, siguiendo las huellas de las ficciones poéticas, dijésemos en prosa algo que fuese semejante á lo que el poeta hubiera dicho en verso. Y aquel era mas alabado, que con mas propiedad habia sabido contrahacer y remedar los afectos

de ira y sentimiento correspondientes á la dignidad de la persona de Juno que él representaba, y que habia usado de palabras mas propias y expresivas, para adornar y vestir con majestad oportuna las sentencias.

Pero, ¡oh Dios mio y verdadera vida mia! ¿de qué me servia, qué cuando llegaba yo á decir lo que me tocaba, recibia mas alabanzas y aplausos que los otros mis coetáneos y condiscípulos? ¿era mas que humo y aire todo aquello? ¿por ventura no habia otra cosa mejor en que se ejercitasen mi ingenio y mi lengua? Vuestras alabanzas, Señor, vuestras alabanzas, de que están llenas vuestras santas Escrituras, hubieran suspendido y fijado la inestabilidad de mi corazon, para que no fuese agitado y arrebatado por el aire de aquellas vanidades, para venir á ser ignominiosamente la presa de los inmundos espíritus y potestades aéreas; pues no es uno solo el modo con que se sacrifica á los ángeles apóstatas.

CAPÍTULO XVIII.

Que los hombres ponen cuidado en guardar las leyes y preceptos de los gramáticos, y no le ponen en observar los mandamientos de Dios.

28. Pero ¿qué hay que admirar, que me dejase llevar tanto de las vanidades y anduviese tan apartado de Vos, Dios mio, en un tiempo en que se me proponian para mis modelos unos hombres que se llenaban de confusión y vergüenza, si les enmendaban algun solecismo ó barbarismo que hubiesen cometido al tiempo de referir algunas acciones propias suyas, que no eran defectuosas; y por el contrario, se gloriaban de verse aplaudidos, cuando referian sus deshonestidades y torpezas con voces propias, expresivas, y con retórico adorno y elegancia?

Vos, Señor, veis estos desórdenes y callais como paciente, misericordioso y fiel en vuestras promesas; mas ¿por ventura habeis de callar siempre? También ahora os dignais sacar de este profundo abismo á un alma que os busca sedienta de vuestros deleites, y os

dice de corazon : *Yo he buscado, Señor, y siempre he de buscar la luz de vuestro rostro ; pues muy léjos están de ver, los que siguen la ciega oscuridad de sus pasiones.*

Porque el apartarse de Vos, ó el volver á Vos, no se hace con pasos del cuerpo, ni consiste en distancia de lugares. ¿Acaso aquel vuestro hijo menor, de quien habla el Evangelio, tomó algun caballo, coche ó nave, ó voló con alas materiales y visibles, ó echó á andar y se valió de sus piés para apartarse de Vos y llegar á aquella region remota y extraña, donde viviendo pródigamente desperdió y malgastó cuanto le disteis al tiempo de su partida? Dulce y amoroso padre fuisteis, cuando le disteis todos aquellos bienes ; pero mas dulce, benigno y amoroso, cuando volvió á Vos tan pobre y necesitado. Con qué el estar un hombre apartado de la luz de vuestro rostro, es estar sumergido en las espesas tinieblas de sus vicios.

29. Mirad, Dios y Señor mio, y miradlo con la paciencia que acostumbrais, como observan los hijos de los hombres con mucho cuidado las reglas que han dejado establecidas los maestros antiguos para el uso y pro-

nunciacion de las letras y de las sílabas ; haciendo tan poco aprecio de las eternas leyes que Vos les habeis dado en orden á su salvacion. De suerte que si alguno de los que hacen profesion de saber, ó enseñar aquellas reglas en que convinieron los antiguos maestros, pronunciase ó escribiese sin aspiracion la primera sílaba de esta palabra *ombre*, desagradaria á los hombres mucho mas, que si contra vuestras leyes aborreciese á un semejante suyo. Como si á un hombre pudiera otro enemigo hacerle mayor daño que él se hace á sí mismo con aquel odio con que se irrita contra su prójimo ; ó como si un hombre persiguiendo á otro pudiera hacer en él mayor estrago que el que causa en su propio corazon. Y á fe que no es tan íntima á su alma la ciencia de las letras, como es la conciencia propia suya, donde está escrito que en este odio y aborrecimiento *ejecuta el con otro, lo que no quisiera que ejecutaran con él mismo.*

¡Qué ocultos son vuestros juicios, Dios mio! Solo Vos sois grande, y habitais en lo alto de los cielos silenciosamente, y por inmutables decretos de vuestra justicia espar-

cis por el mundo las ceguedades, que sirven de castigo y pena á los deseos desordenados de los hombres.

¡Qué mayor ceguedad que la de un hombre, que deseoso de adquirir fama de elocuente, acusa á otro hombre enemigo suyo, y persiguiéndole con odio cruelísimo, alega contra él en presencia de un juez, que es hombre tambien como ellos, y á vista de un concurso numeroso de hombres! Este, pues, tiene grandísimo cuidado de que por ignorancia de la lengua no se le escape algun solecismo, como si en latin dijera *inter hominibus*, y en castellano *entre de los hombres*; y no se le da cuidado, ni se guarda de aquel odio, con que tira á quitar aquel hombre de entre los hombres.

CAPÍTULO XIX.

Que algunos vicios de la puericia pasan tambien á las otras edades del hombre.

30. Á la entrada de semejantes costumbres yacia yo infeliz cuando muchacho, y en tal palestra y doctrina comenzaba á ejerci-

tarme; temiendo mas cometer un barbarismo, que tener envidia á otros que no le cometian.

Yo os confieso, Dios mio, todas estas cosas que me las alababan aquellos á quienes yo deseaba agradar: y en esto juzgaba entonces que consistia la rectitud y honestidad de mi vida; porque no veia el abismo de fealdad en que estaba sumergido, y lo apartado que estaba de Vos. Pues aun entre aquellas gentes, ¿qué cosa habia mas fea y corrompida que yo, que aun siendo ellos tales les desagradaba, engañando con innumerables mentiras á mi ayo, á mis maestros y á mis padres, por amor al juego, y por la aficion á ver vanos espectáculos y á imitar con inquietud bulliciosa los juegos y habilidades que en ellos se ejecutaban?

Tambien hurtaba lo que podia de la despena de casa y de la mesa de mis padres, ya por golosina, ya por tener que dar á otros muchachos que me vendian el gusto de jugar conmigo, no obstante que se divertian tanto como yo en el juego. En él comunmente hacia trampas para quedar victorioso; siendo yo verdaderamente el vencido de aquel

vano deseo de sobresalir y de quedar superior. Y no había cosa que menos pudiese sufrir, que el que me hiciesen las mismas trampas que les hacia á ellos; ni habia cosa que mas severamente reprendiese en los otros, cuando los cogia en alguna de ellas; y cuando á mi me cogian y reprendian, mas queria enfadarme con todos y reñir, que ceder y darles la razon.

¿Es acaso esta la que se puede llamar inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es, Dios mio; porque estas mismas propiedades ejecutadas con los ayos y maestros, con las nueces, bolitas y pajarillos ¹, pasan despues á ejecutarse con los gobernadores y reyes, con el oro, posesiones y esclavos: estos mismos procederes pasan ciertamente á las otras edades mayores, que suceden y se siguen á la puericia, como á las palmetas de los muchachos suceden otros mayores castigos.

Con que, mi Dios y mi Rey, cuando Vos dijisteis que *el reino de los cielos es de aquellos que eran tales como los párvulos*; no tanto fue aprobar en ellos la inocencia, quanto la humildad que simbolizan por su pequeña estatura.

NOTA.

¹ De aquí puede colegirse el perjudicial engaño que padecen los que juzgan que son cosas leves, de poca consideracion y consecuencia las mentiras, los engaños, los hurtos, y otros delitos que suelen hacer los muchachos; pues como dice san Agustín, estos mismos vicios crecen tambien con ellos, y los practican en materias mas importantes y dañosas, cuando son mayores.

CAPÍTULO XX.

Da gracias á Dios san Agustín por los beneficios que le hizo en la puericia.

31. No obstante, Dios mio y mi Señor, sumamente bueno y excelentísimo Criador y gobernador del universo, bien conozco que os deberia dar infinitas gracias, aun cuando no me hubiérais concedido que llegase á la edad de la juventud. Porque aun entonces tenia ser, vivia, sentia y cuidaba tambien de mi conservacion (lo cual es como un rastro é indicio de aquella ocultísima é imperceptible unidad, que compone todas las cosas,

y de donde tambien yo procedia): guardaba con el sentido interior de mi alma la integridad de mis sentidos externos, y me deleitaba con la verdad que hallaba y descubria aun en las cosas pequeñas, y con los pensamientos que yo podia formar de tales cosas.

Además de esto, aun en aquella edad de mi puericia no queria ser engañado; tenia una memoria feliz; con el trato y comunicacion me iba instruyendo; me era deliciosa la amistad; huia del dolor y pena, del menosprecio y de la ignorancia. En una criatura como esta ¿qué cosa hay que no sea admirable y digna de alabanza?

32. Pues todas estas cosas son dádivas de mi Dios; porque yo no me las dí á mí mismo; y todas ellas son buenas, y yo consto y me compongo de todas ellas. Luego es bueno mi Hacedor, y él es todo mi bien, y le bendigo y alabo alegremente por todas aquellas bondades de que constaba yo aun cuando muchacho. En lo que entonces pecaba yo, era porque en lugar de buscar en él los deleites, las honras, las verdades y aun á mí mismo tambien, buscaba todo esto en

sus criaturas, y por eso venia á caer en sentimientos, en confusiones y en errores.

Bendito seais, Dios mio, dulzura mia, honra mia y mi única confianza. Gracias os doy, Señor, por todos vuestros dones; pero guardádmelos y conservádmelos Vos, y de este modo me guardaréis á mí, se aumentarán y perfeccionarán los bienes que me disteis, y lograré estar con Vos, que me disteis el ser.

LIBRO II.

Llora amargamente el año décimosexto de su edad, en que apartado de los estudios estuyo en su casa, y se dejó llevar de los halagos de la lascivia, y se entregó á una vida derramada y licenciosa.

CAPÍTULO I.

De su adolescencia, y vicios de aquella edad.

1. Quiero traer á la memoria mis fealdades pasadas, y las torpezas carnales que causaron la corrupcion de mi alma; no porque las ame ya, Dios mio, sino para excitarme mas á vuestro amor. Correspondiendo á vuestro amor hago esto, recorriendo mis perversos caminos con pena y amargura de mi alma; para que Vos, Señor, seais dulce para mí, dulzura verdadera, dulzura felicísima y segura; y me reunais y saqueis de la disipacion y distraimiento que ha dividido mi corazon en tantos trozos como objetos ha

amado diferentes, mientras he estado separado de Vos, que sois la eterna y soberana Unidad.

En algun tiempo de mi adolescencia deseaba ardientemente saciarme de estas cosas de acá abajo, y al modo que un árbol nuevo brota por todas partes espesas y frondosas ramas, yo tambien me entregué osadamente á varios y sombríos afectos y pasiones, con lo cual se afeó la hermosura de mi alma; y agradándome á mí mismo, y deseando agradar y parecer bien á los ojos de los hombres, vine á ser hediondez y corrupcion en los vuestros.

CAPÍTULO II.

Como á los diez y seis años se entregó á amores impuros.

2. Y ¿qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? pero en esto no guardaba yo el modo que debe haber en amarse las almas mutuamente, que son los limites claros y lustrosos á que se ha de ceñir la verdadera amistad; sino que levantándose nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia y pu-

bertad, anublaban y oscurecian mi corazon y espiritu de tal modo, que no discernia entre la clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa del amor impuro. Uno y otro hervia confusamente en mi corazon, y entrambos arrebataban mi flaca edad, llevándola por unos precipicios de deseos desordenados, y me sumergian en un piélago de maldades.

Vos, Señor, estábais muy irritado contra mí, y yo no lo advertia ni reflexionaba. En pena del orgullo y soberbia de mi alma, me habia puesto sordo con el ruido de la cadena de mi mortalidad, que llevaba siempre arastrando; me iba alejando de Vos, y Vos me dejábais ir; estaba abatido, derramado, perdido, hirviendo en torpezas; y Vos callábais, Dios mio. ¡Oh! ¡qué tarde llegásteis á ser todo mi gozo! Callábais Vos entonces, y yo con soberbio abatimiento y con inquieto cansancio apartándome de Vos, iba prosiguiendo en buscar mas y mas gozos estériles, que eran como semillas que no me habian de producir otros frutos que penas, sentimientos y dolores.

3. ¡Ojalá hubiera habido quien arregla-

se aquella mi pasion que me era molesta! ¡ojalá me hubieran reducido á un estado, en que pudiese usar bien de las hermosuras de estas cosas terrenas y transitorias, haciéndome contener dentro de los justos límites que habeis señalado para el uso de las criaturas y de sus deleites! Para que así las olas impetuosas de mi juventud, si es que no podian tranquilizarse enteramente, á lo menos se detuviesen en la orilla y playa del matrimonio, usando solamente de él para la procreacion, como prescribe y manda vuestra ley, Dios mio y mi Señor, que habeis dado tambien la forma y regla á la propagacion de nuestra carne mortal: como quien puede hacer tratables las espinas y abrojos, que no se habian de padecer ni sentir en vuestro paraíso terreno. Porque vuestra benigna y favorable omnipotencia no nos desampara, ni se aleja de nosotros, aun cuando nosotros nos alejamos de Vos.

Ojalá que por lo menos hubiera puesto mas cuidado en oír y atender al ruido de vuestras nubes, que es la voz de vuestros Apóstoles, entre los cuales san Pablo, hablando de los casados, dice: *No dejarán de tener tri-*

bulaciones en su carne , pero yo os perdono. Y á los otros dice : *Al hombre le seria mejor no llegar á la mujer.* Y despues añade : *El que está sin mujer , piensa en las cosas de Dios , y en cómo ha de agradarle , pero el que está casado piensa en las cosas del mundo , y en cómo ha de agradar á su mujer.* Estas voces habia de haber escuchado atentamente , y por el reino de los cielos hubiera separado de mí todos esos deleites , y esperaria con mayor felicidad y paz gozar de vuestros abrazos.

4. Pero yo , infeliz de mí , me acaloré y fatigué siguiendo el impetu de mis pasiones , apartándome de Vos , y traspasando todos los límites justos que vuestra ley me habia puesto y señalado. Es verdad que no me libré de vuestros castigos ; mas ¿quién de los mortales podrá librarse de ellos ? Porque Vos siempre estábais junto á mí castigándome misericordiosamente , y rociando de amarguísimos sinsabores todos mis placeres ilícitos ; para que así buscase deleites cumplidos y sin mezcla de amarguras y disgustos. Mas no hubiera encontrado cosa alguna en que poder deleitarme de ese modo , fuera de Vos , Señor , fuera de Vos , cuya ley es tan suave,

que fingís y aparentáis aspereza y penalidad en vuestros preceptos , y que si nos herís , es para sanarnos ; y si nos haceis morir á nosotros mismos , es para que no muramos eternamente á Vos.

¡Dónde estaba yo , y cuán léjos de las delicias de vuestra casa andaba desterrado en el año décimosexto de mi edad ! Entonces fue cuando tomó dominio sobre mí la concupiscencia , y yo me rendí á ella enteramente ; lo cual , aunque no se tiene por deshonra entre los hombres , es ilícito y prohibido por vuestras leyes.

No cuidaron mis padres de evitar con el matrimonio mis caídas ; y solamente cuidaron de que aprendiese á hablar bien y á saber formar una oracion retórica y persuasiva.

CAPÍTULO III.

Del viaje que hizo á Cartago para continuar allí sus estudios, y de los intentos de sus padres en orden á esto mismo.

5. En aquel año se habian interrumpido mis estudios¹, porque habiendo yo vuelto de Madauro, ciudad que estaba cerca de Tagaste, en la cual habia estado aprendiendo letras humanas y la retórica; en este tiempo intermedio se iban juntando y previniendo los caudales necesarios para enviarme á continuar mis estudios á la ciudad de Cartago, que estaba mucho mas léjos: lo cual se intentó y efectuó mas por animosa resolución de mi padre, que por la abundancia de sus riquezas; pues él era un vecino de Tagaste cuyas facultades y hacienda eran bien cortas.

Pero ¿á quién refiero yo estas cosas? No os las cuento á Vos, Dios mio, sino que en presencia vuestra, y haciéndoos testigo de ello, las refiero y cuento á todo mi linaje, esto es, á todo el género humano, en que verdaderamente se comprende cualquiera pe-

queña porcion de hombrès, á cuyas manos vayan á dar estas mis letras y escritos. Y esto ¿con qué fin ó para qué lo hago? Para que yo mismo y todos los que lo leyesen, pensemos y conozcamos desde cuán grande y profundísima distancia de vuestra suma bondad hemos de clamar todavía á Vos. Pero ¿qué cosa hay mas próxima á vuestros oídos que semejantes clamores, si los acompaña el corazón confesándoos, y la vida es regulada por la fe?

¿Quién habia que entonces no llenase de elogios á mi padre, porque con unas expensas superiores á su hacienda me daba cuanto fuese necesario para ir á continuar los estudios tan léjos de mi patria? cuando se veia que otros ciudadanos mucho mas ricos que mi padre, no cuidaban de ejecutar otro tanto con sus hijos. Ni tampoco mi padre cuidaba de que yo adelantase en vuestro santo temor y servicio, ni de que viviese castamente; con tal que cultivase la elocuencia y me hiciese *discreto y culto*, aunque el campo de mi corazón, de quien Vos, Dios mio, sois el único, legítimo y verdadero dueño, estuviese *desierto y sin cultivo*.

6. Luego, pues, que en dicho año décimosexto de mi edad comencé á estar en casa con mis padres, como estaba sin ocupacion y apartado por entonces del estudio por falta de medios, crecieron tanto con la ociosidad las espigas de mi incontinencia, que me cubrían todo de piés á cabeza, y no habia quien me las arrancara. Antes bien al contrario, una vez que estando yo en el baño me vió mi padre con señas de pubertad, como li-sonjeándose ya con la esperanza de tener nietos, se lo fué á contar á mi madre muy alegre y gozoso; mas era en fuerza de la embriaguez que padecen los hijos de este siglo, causada del vino invisible de su mal inclinada y perversa voluntad hácia las cosas de acá abajo; en cuya embriaguez vive este mundo olvidado de Vos que sois su Criador, y amando en vuestro lugar á las criaturas. Mas como ya habiais comenzado á hacer templo vuestro del corazon de mi madre, y á tener allí vuestra santa habitacion (pues mi padre era solo catecúmeno, y habia poco que lo era), mi madre se estremeció y sobresaltó con un piadoso temblor y santo miedo; pues aunque todavía no estaba yo bautizado, temió que

seguiria aquellas torcidas sendas por donde caminan los que os vuelven las espaldas, en lugar de caminar mirando siempre á Vos.

7. Mas ¡ay de mí! ¡ay Dios mio! ¿cómo me atrevo á decir que Vos callábais, cuando yo me iba alejando mas y mas de Vos? ¿acaso es verdad que callábais Vos, Dios mio, y no me llamábais? Pues ¿cuyas, sino vuestras, eran aquellas voces que resonaban en mis oídos, pronunciadas por boca de mi madre, fiel sierva vuestra; aunque nada de lo que me decia llegase á penetrar mi corazon, ni yo lo pusiese por obra? Porque bien me acuerdo de que mi madre deseaba mucho cogermé á solas, para amonestarme muy sería y encarecidamente (como lo ejecutó), que no tuviese trato ilícito con mujer alguna, y especialmente con mujer casada; pero á mí me parecían estos unos consejos mujeriles, á los cuales me daría vergüenza obedecer. Mas ellos eran recados y avisos vuestros que mi madre me llevaba, y yo no lo conocia. Juzgaba yo que Vos estábais callando cuando mi madre me hablaba; y no cesábais de llamarme por su boca: y despreciándola yo, Vos érais en ello el despreciado por mí, siendo

yo un infeliz siervo vuestro, hijo de una sierva vuestra.

Mas yo no conocia nada de esto, y corria tan ciegamente al precipicio, que me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como otros compañeros de mi edad; porque yo les oia jactarse de sus maldades, y gloriarse tanto mas de ellas, cuanto mas feas eran y mas torpes; con lo que me aficionaba á sus vicios, no solo por el deleite, sino tambien por el deseo de alabanza. ¿Qué cosa hay mas digna de menosprecio que el vicio? y no obstante para no ser menospreciado, me hacia yo mas vicioso; y cuando no tenia algun suceso con que igualarme á otros mas rematados y perdidos, suponía haberlo hecho, siendo falso, para que no les pareciese yo mas despreciable por ser mas inocente, y no me tuviesen en menos por ser mas casto.

8. Hé aquí con qué compañeros iba yo paseando las calles y plazas de Babilonia²: me revolcaba en su cieno como si fuese en unguentos olorosos; y para que me enlodase mas y estuviese mas tenazmente pegado á su inmundicia, el enemigo invisible me hollaba con sus piés en medio de ella; y me detenia

allí engañado, porque era yo muy fácil de engañar en esto. Mi madre, que ya habia huido *del medio de Babilonia*, pero que iba poco á poco en la retirada, aunque me habia aconsejado la castidad, no cuidó de reprimir mi contraria inclinacion con los términos y límites del matrimonio; si es que no pudiese por otros medios atajarse enteramente el daño que amenazaba lo que mi padre habia dicho de mí, y que ella conocia bien que ya entonces me era muy perjudicial, y en adelante debia ser para mí muy expuesto y peligroso.

No procuró esto mi madre temiendo que con los lazos del matrimonio se frustrarian las esperanzas que de mí tenían; no digo la esperanza de la vida eterna que mi madre tenia puesta en Vos, sino la esperanza de mis adelantamientos en la carrera de los estudios, lo cual deseaban padre y madre con la mayor ansia; pero con esta diferencia, que aquel pensando muy poco ó nada en Vos, eran locuras y vanidades las que proyectaba acerca de mí; pero esta consideraba que aquellos regulares y acostumbrados estudios de las ciencias, no solo no me estorbarian, sino que

tambien me ayudarian para conoceros algun dia y poseeros. Asi lo conjeturo, fundándome en lo que ahora me puedo acordar de las costumbres y genio de mis padres.

Tambien para el juego y otras diversiones me alojaban las riendas mas de lo que pide una severidad prudente y moderada, dejándomelas sueltas para otros varios afectos y pasiones; y en todas estas cosas habia una niebla oscura que me impedia ver la serenidad hermosa de vuestra verdad: y así de la abundancia de estos bienes abusaba yo, haciéndolos servir á la maldad.

NOTAS.

* Esta interrupcion comenzó en las vacaciones del año 369, y acabó en las del año 370.

* Entiende por Babilonia el mundo, que por la mucha confusion de sus errores, pecados y miserias es una Babilonia.

CAPÍTULO IV.

De un hurto que hizo en compañía de otros.

9. Vuestra ley, Señor, prohíbe y castiga el hurto; y esta ley de tal modo está grabada en el corazon del hombre, que no hay maldad que baste para borrarla, porque ¿qué ladron hay que pueda tolerar que otro le robe á él, aunque él esté abundante y el otro necesitado? Pues no obstante eso, yo quise hacer un hurto y lo hice efectivamente, sin que á ello me moviese la necesidad, ni la escasez, sino el tedio de la virtud y la abundancia de mi maldad; porque hurté una cosa de que yo estaba sobrado, y de mucho mejor especie y calidad que lo que hurté. Ni tampoco queria aprovecharme de lo que iba á hurtar, sino que mi gusto estaba únicamente en el mismo hurto y pecado.

En una heredad, que estaba inmediata á una viña nuestra, habia un peral cargado de peras, que ni eran hermosas á la vista, ni sabrosas al gusto. No obstante eso, juntándonos unos cuantos perversos y malísimos

muchachos, despues de haber estado jugando y relozando en las eras, como teniamos de costumbre, fuimos á deshora de la noche á sacudir el peral, y traernos las peras; de las cuales quitamos tantas, que todos veniamos muy cargados de ellas, no para comerlas nosotros, sino para arrojarlas despues, ó echarlas á los cerdos; aunque algo de ellas comimos. En lo que ejecutamos una accion, que no tenia para nosotros de gustosa mas que el sernos prohibida.

Ved aquí patente y descubierlo mi corazon, Dios mio: ved aquí mi corazon del cual habeis tenido misericordia, estando él en un profundo abismo de maldad y miseria. Que os diga, pues, mi corazon ahora, ¿qué es lo que allí buscaba yo ó pretendia, para ser malo tan de balde, que mi malicia no tuviese otra causa que la malicia misma? Ella era abominable y fea, y no obstante yo la amaba: amé mi perdicion, amé mi culpa; pero de tal modo, que lo que amé no era lo defectuoso, sino el defecto mismo. ¡Torpe bajeza de un alma, que dejándoos á Vos, que sois el apoyo y firmeza de su ser, busca su perdicion y exterminio, y que no solamente ape-

tece una cosa de que se ha de seguir afrenta ó ignominia, sino que apeleee y desea la ignominia misma!

CAPÍTULO V.

Que ninguno peca sin algun motivo.

10. No se puede negar que los cuerpos que tienen algun brillo y hermosura, como el oro, la plata y los demás, son agradables y graciosos á la vista: tambien respecto del tacto es muy eficaz y poderoso aliciente la proporcion y conformidad de una y otra carne; y á los demás sentidos les corresponde tambien su respectivo modo de tocar sus objetos, que á cada uno le es propio y conveniente. Aun las honras temporales, la potestad de mandar y ser superior á otros, tienen su especie de hermosura y atractivo, de donde tambien nace como de su principio el deseo de la venganza; pero no obstante para conseguir y gozar cualquiera de estas cosas, no se ha de salir, Señor, fuera de Vos, ni apartarse poco ni mucho de vuestra ley. La vida misma temporal que aquí gozamos, tie-

ne sus halagos, dulzuras y atractivos, ya por un cierto modo de hermosura que ella en sí tiene, ya por su correspondencia, conexión y enlace con todas las demás hermosuras inferiores. También es muy dulce y agradable la amistad humana, porque con el nudo del amor hace de muchas almas una sola.

Por conseguir todas estas cosas y otras semejantes peca el hombre, cuando con inmoderada inclinación á ellas, siendo así que son los bienes mas bajos é inferiores que hay, deja los mayores y soberanos bienes, como son vuestra ley, vuestra verdad, y á Vos mismo, que sois nuestro Señor y nuestro Dios. Es cierto que todas estas cosas inferiores tienen y nos comunican algunos deleites, pero nó como los de mi Dios que crió todas las cosas, porque en él se deleitan eternamente los justos, y él es todas las delicias de los rectos de corazón.

11. Por eso cuando se desea averiguar el motivo ó causa que pudo haber para cometerse algun delito, no suele darse por averiguado hasta que se descubre que pudo ser el apetito y deseo de conseguir alguno de aquellos bienes que hemos calificado de in-

feriores y últimos entre todos, ó el miedo de perderlos; porque en la realidad son hermosos y agradables, aunque respecto de los otros superiores, eternos y soberanos bienes, sean viles y despreciables.

Sucede, pues, que alguno comete un homicidio. ¿Qué motivo tuvo? que amaba y queria para sí á la mujer del que mató, ó queria alzarse con la hacienda del difunto, ó queria robarle algo con que poder vivir; ó temió que el otro le hiciese á él alguno de estos daños, ó estaba ofendido de él anteriormente, y le mató por vengarse. ¿Por ventura aquel hombre hubiera hecho el homicidio sin alguna causa, y deleitándose solamente en el homicidio mismo? ¿Quién lo habia de creer?

o Aun en aquel malvado y cruel hombre (*Catilina*) de quien se dijo que era mas malo y cruel, cuando lo era de balde y sin motivo, se señaló antes la causa de esto, diciendo: *que lo hacia para que no se le entorpeciese con la ociosidad la mano ó el corazón.* Pero esto mismo, ¿para qué ó por qué lo procuraba? Para que ejercitándose en aquellas crueldades, se pudiese apoderar de la ciudad

de Roma, y llegar á conseguir entonces sus honras, sus ejércitos y sus tesoros; y finalmente librarse del miedo y sujecion de las leyes, y de los trabajos y molestias que padecía por la pobreza y escasez en que se hallaba; y por el conocimiento que tenia de sus maldades. Con qué aun el mismo Catilina no amaba sus atrocidades por sí mismas, sino que amaba otras cosas, y para conseguir estas, ejecutaba aquellas.

CAPÍTULO VI.

Que todas las cosas que nos incitan á pecar con apariencia de bien solamente en Dios es donde son verdaderos y perfectos bienes.

12. Pues, miserable de mí, ¿qué fue lo que yo busqué en el hurto que ejecuté en aquella noche á los diez y seis años de mi edad? Porque tal maldad no puede en sí misma tener nada de hermoso que pueda halagar, siquiera para hablar de ella.

Las peras que hurtamos, si que eran hermosas, porque al fin eran criatura vuestra, Señor, que sois hermosísimo sobre todas las

cosas, Criador de todas ellas, Dios sumamente bueno y sumo bien, y bien mio verdadero. Hermosas eran aquellas peras, Señor; pero no era su hermosura y bondad lo que mi alma apetecía. Porque tenia yo abundancia de otras mejores, y aquellas las cogi solamente por hurtar, pues luego que las tuve, las arrojé; comiendo de aquel hurto solamente la maldad, con que me divertia y alegraba. Porque si entró en mi boca algo de aquellas peras, solamente el delito y la maldad era lo que para mi gusto las hizo sazonadas y sabrosas.

No obstante ahora, Dios y Señor mio, indago y busco qué fue lo que en aquel hurto pudo deleitarme, y no hallo ni descubro en él hermosura ni bondad alguna. No digo tal hermosura y bondad como la que se halla en la justicia ó en la prudencia; ni tampoco como la que se nota y advierte en el entendimiento del hombre, en la memoria, en los sentidos, en la vida vegetativa; ni como la bondad y hermosura de los astros con que se adornan los cielos, ni como la de la tierra y el mar llenos de sus mismas producciones, que por medio de la generacion se van su-

cediendo las unas á las otras; pero ni aun siquiera como la falsa y aparente hermosura con que engañan los vicios al corazón del hombre.

13. Porque la soberbia procura remedar y parecerse á la excelencia y grandeza; siendo Vos, Dios mio, el que únicamente sois grande y excelso sobre todas las cosas. Y la ambicion ¿qué busca sino honor y gloria, cuando Vos sois el único que debe ser honrado sobre todos, y eternamente glorificado? También la crueldad de las potestades quiere ser temida; pero ¿quién lo debe ser mas que Dios, de cuyo poder ninguna cosa hay que pueda librarse ni escaparse? ó ¿cuándo, en dónde, por quién, ni cómo puede? Las halagüeñas delicias de la sensualidad incitan á que las amen; pero no hay cosa alguna mas deliciosa que vuestro amor y caridad, ni que se ame mas útil y saludablemente que vuestra verdad, cuya belleza y resplandor no admite comparacion alguna. La curiosidad parece que intenta saberlo todo, cuando sois Vos el único que lo sabe todo perfectísimamente. Hasta la ignorancia, tontería y necedad quiere cubrirse con el nombre de sea-

cillez é inocencia; pero así como nada hay mas sencillo que Vos, tampoco puede haber cosa alguna mas inocente que Vos; pues aun á los malos y pecadores nada les hace mal y daño sino sus malas obras. La pereza pretende tranquilidad y quietud; pero ¿qué quietud hay cierta fuera del Señor? La superfluidad y lujo quiere tener el nombre de hartura y abundancia; pero Vos sois solamente la plenitud y abundancia indefectible de eternas suavidades. La prodigalidad y profusion aparenta y quiere ser un bosquejo de la liberalidad; pero Vos sois verdaderamente el único dador liberalísimo de todos los bienes. La avaricia quiere poseer muchas riquezas, siendo Vos quien las posee todas. La envidia solicita excelencia y singularidad; y ¿qué cosa puede haber tan excelente como Vos? La ira pretende venganzas; pero ¿quién se venga mas justamente que Vos? El temor hace al hombre que se espante con los acontecimientos repentinos y extraordinarios, cuando estos son contrarios á las cosas que ama, y cuya seguridad desea; pero ¿qué cosa hay nueva ó extraordinaria, ni repentina ó imprevista para Vos? ó ¿quién tiene poder

para quitaros lo que amais? ó ¿en dónde sino en Vos está la verdadera é indefectible seguridad? La tristeza nos consume con la pena y sentimiento de haber perdido aquellos bienes con que nos deleitábamos; porque no quisiéramos perderlos nunca, así como á Vos nada se os puede quitar.

14. Vé aquí como el alma se hace delincuente, cuando se aparta de Vos, y busca fuera de Vos aquellos bienes que no los puede hallar cabales y sin mezcla hasta que se vuelve á Vos. Así todos los que se alejan de Vos, y se rebelan contra Vos, tiran á imitaros aunque perversamente: y aun imitándoos así, y contrahaciendo tan mal vuestras perfecciones, muestran que Vos sois el autor de toda la naturaleza: y prueban por consiguiente, que no hay donde poderse esconder ni retirarse enteramente de Vos.

Pues en aquel hurto, ¿qué bondad ó hermosura fue la que yo amé? ¿y qué hubo en aquella accion en que pudiese yo imitar á mi Dios y Señor, aunque mala y perversamente? ¿por ventura el gusto que entonces tuve consistía en que obraba contra vuestra ley, atribuyéndome un poder falso y fingido (pues

no podia ejecutarlo con verdadera y legítima autoridad), para imitar de este modo, siendo un vil esclavo, una parte de vuestra libertad é independencia, por cuanto obraba impunemente lo que no era lícito, en lo que se descubre alguna sombra de poder absoluto y oscura semejanza de vuestra omnipotencia? Esto es como si un esclavo huyera de su señor, y no cesara de seguir su sombra.

¡Oh corrupcion humana! ¡Oh vida monstruosa! ¡Oh abismo de la muerte! ¿Es posible que pudo deleitarme lo que no era lícito, no por otra causa sino porque no era lícito?

CAPÍTULO VII.

Da gracias á Dios porque le ha perdonado sus pecados, y porque le ha preservado de otros muchos.

15. ¿Con qué agradeceré al Señor, poder ahora acordarme de estas cosas, sin que mi alma se atemorice ya ni tenga que temer por causa de ellas? Ámeos yo, Señor, y no cese de daros gracias, y bendiga vuestro san-

to nombre, porque me perdonásteis tantas malas obras y tan abominables y perversas.

A vuestra gracia y misericordia atribuyo que hayais deshecho mis pecados como se deshace el hielo; y tambien os debo atribuir el haberme librado de cuantas malas obras dejé de hacer. ¿Y qué mal no pude hacer yo, que amé de balde y sin motivo alguno la maldad? Yo confieso que Vos me perdonásteis todos mis pecados, ya los que libre y espontáneamente cometí, ya los que guiado de vuestra gracia dejé de cometer.

¿Qué hombre hay, que si atiende y reconoce su fragilidad, se pueda atribuir osadamente á sí mismo su castidad é inocencia, para inferir de aquí que está menos obligado á amaros; como si él hubiera tenido menos necesidad de vuestra misericordia, que los otros á quienes perdonásteis sus pecados por su verdadera conversion y penitencia?

Por lo cual, el que llamado de Vos siguió vuestro llamamiento, y evitó aquellos desórdenes que él sabe ahora de mí mismo, y que confieso haber ejecutado, no se burle de mí porque estuve enfermo, y me sanó aquel mismo que le preservó á él para que no en-

fermase, ó por mejor decir, para que enfermase menos; y así os debe amar tanto y aun mas que yo, pues ve que el mismo remedio con que yo sané de las dolencias de mis pecados, es el que le ha preservado á él de haberlas padecido.

CAPÍTULO VIII.

El gusto de obrar mal en compañía de otros fue lo que le movió á hacer aquel hurto.

16. ¿Qué utilidad tuve yo, miserable de mí, en aquellas obras de que ahora me avergüenzo al acordarme de ellas, y especialmente en aquel hurto, en que no amé otra cosa sino el hurto mismo? Nada amé mas que eso, siendo eso mismo tambien nada, y yo mas infeliz por eso mismo. Mas no obstante, yo solo no hubiera hecho aquel hurto, segun me acuerdo ahora del ánimo é intencion que entonces tenia. Y pues deseé tambien allí la compañía de los otros delincuentes con quienes le hice, no será cierto que nada amé en el hurto sino el hurto mismo; antes bien se ha de inferir ¹, que amé otra nada, porque

tambien aquello nada es. ¿Qué ser es el que tiene en realidad de verdad? Pero ¿quién hay que pueda enseñarme acerca de esto que se me ofrece ahora preguntar y averiguar, sino el que ilumina mi entendimiento y aparta las tinieblas de ignorancia que hay en él?

Si yo hubiera amado entonces aquellas peras que hurté, y hubiera deseado aprovecharme de ellas, pudiera tambien haberlas hurtado solo, contentándome con aquella especie de iniquidad que bastase á cumplir mi gusto, y no hubiera encendido ó avivado mi apetito con la union de las voluntades y de los ánimos de mis cómplices y compañeros. Mas no teniendo yo gusto ni deleite alguno en aquellas peras, le tenia en hacer aquel mal, acompañado de los otros, que cooperaban á él juntos conmigo.

NOTA.

¹ Llama san Agustin *nada* al hurto, á la mala compañía y á todo lo que es pecado y malo; porque en doctrina del Santo el *mal* no es cosa positiva, sino privacion de algun bien, y toda privacion es *nada*.

CAPÍTULO IX.

De lo perjudicial y contagiosa que es la mala compañía.

17. ¿Qué venia á ser este desordenado efecto de mi alma? él sin duda era excesivamente malo y feo: y el daño era para mí que le tenia en mi alma. Pero al fin ¿qué era él en sí mismo? ¡Ah! ¿quién hay que conozca bien todos los pecados? Era una grande gana de reir y celebrar entre nosotros con mucha complacencia de nuestro corazon, que engañábamos y burlábamos á los dueños de las peras, que estaban muy ajenos de pensar lo que hacíamos, y tenían vehemente repugnancia á que lo hiciéramos. Pues ¿cómo yo tenia mi deleite y gusto en no ejecutarlo solo? ¿Será acaso porque ninguno á solas se rie con gusto ni facilidad? Es cierto que así sucede comunmente; mas no obstante eso la risa suele alguna vez vencer á los hombres, aunque estén solos, cuando les ocurre á la imaginacion ó á los sentidos alguna especie muy digna de reirse. Pero ello es cierto que si yo

tambien aquello nada es. ¿Qué ser es el que tiene en realidad de verdad? Pero ¿quién hay que pueda enseñarme acerca de esto que se me ofrece ahora preguntar y averiguar, sino el que ilumina mi entendimiento y aparta las tinieblas de ignorancia que hay en él?

Si yo hubiera amado entonces aquellas peras que hurté, y hubiera deseado aprovecharme de ellas, pudiera tambien haberlas hurtado solo, contentándome con aquella especie de iniquidad que bastase á cumplir mi gusto, y no hubiera encendido ó avivado mi apetito con la union de las voluntades y de los ánimos de mis cómplices y compañeros. Mas no teniendo yo gusto ni deleite alguno en aquellas peras, le tenia en hacer aquel mal, acompañado de los otros, que cooperaban á él juntos conmigo.

NOTA.

¹ Llama san Agustin *nada* al hurto, á la mala compañía y á todo lo que es pecado y malo; porque en doctrina del Santo el *mal* no es cosa positiva, sino privacion de algun bien, y toda privacion es *nada*.

CAPÍTULO IX.

De lo perjudicial y contagiosa que es la mala compañía.

17. ¿Qué venia á ser este desordenado efecto de mi alma? él sin duda era excesivamente malo y feo: y el daño era para mí que le tenia en mi alma. Pero al fin ¿qué era él en sí mismo? ¡Ah! ¿quién hay que conozca bien todos los pecados? Era una grande gana de reir y celebrar entre nosotros con mucha complacencia de nuestro corazon, que engañábamos y burlábamos á los dueños de las peras, que estaban muy ajenos de pensar lo que hacíamos, y tenían vehemente repugnancia á que lo hiciéramos. Pues ¿cómo yo tenia mi deleite y gusto en no ejecutarlo solo? ¿Será acaso porque ninguno á solas se rie con gusto ni facilidad? Es cierto que así sucede comunmente; mas no obstante eso la risa suele alguna vez vencer á los hombres, aunque estén solos, cuando les ocurre á la imaginacion ó á los sentidos alguna especie muy digna de reirse. Pero ello es cierto que si yo

hubiera estado solo, no hubiera hecho aquel hurto.

Bien sabeis Vos, Dios mio, que esto es puntualmente lo que me dicta mi conciencia, y me recorda mi memoria acerca de aquel hecho. Yo solo no hubiera hecho aquel hurto, en que no me complacia lo que hurtaba, sino el hurtar; lo cual tampoco me hubiera dado gusto hacer á mis solas, y así no lo hubiera hecho.

¡Oh amistad enemiga y perniciosa! engaño imperceptible del alma; ansia de hacer mal por modo de juego y fiesta y apetito del daño ajeno, sin pretender en ello alguna utilidad y sin deseo alguno de venganza, sino solamente porque algunos digan: *Vamos, hagamos*, pues da entonces vergüenza el no ser desvergonzado.

CAPÍTULO X.

Que todo el bien está en Dios.

18. ¿Quién podrá desenredar y aclarar esta retorcidísima y enredadísima complicación de nudos? Ciertamente que está fea y

horrorosa; no quiero mirarla ni tampoco verla. Solo á Vos quiero atender y mirar, justicia é inocencia, cuya hermosura y pureza roba toda la atención de las almas castas; á Vos que las embriagais con tales delicias, que saciándose con ellas, nunca quedan hartas. En Vos es donde se halla perfectísimamente el descanso y la vida perpétua é inalterable. Los que entran á ser participantes de ella, *entran en la alegría de su Señor*, sin tener ya que temer ni que desear: pues se hallan sumamente bien en el Bien sumo.

Yo me aparté de Vos, Dios mio, y anduve errante y descaminado, muy léjos de vuestra firmeza y estabilidad durante mi juventud: y de este modo llegué á hacerme á mí mismo una solitaria region y país desierto, donde reinan la pobreza y necesidad.

— 111 —

LIBRO III.

Confiesa como en Cartago se enredó en los lazos del amor impuro: que leyendo allí el Hortensio de Ciceron, al año 19 de su edad, se excitó al amor de la sabiduría; y como despues cayó en el error de los Maniqueos. Últimamente refiere el sueño que tuvo su santa madre, y la esperanza y seguridad que le dió un obispo acerca de su conversion.

CAPÍTULO I.

Como deseando agradar y ser amado, cayó en los lazos de amor.

1. Llegué á la ciudad de Cartago*, y por todas partes me veía incitado á amores deshonestos. Todavía no amaba yo, pero deseaba amar: y con una mas disimulada y oculta infelicidad me aborrecía por ser menos infeliz. Deseando tener amor, buscaba á

* Llegó á Cartago hácia el fin del año 370.

quién amar, que era lo mismo que aborrecer mi seguridad y el camino que estaba libre de lazos y peligros.

Esto provenia de que estaba muy falto y necesitado de aquel interior alimento, que sois Vos mismo, Dios mio; y no tenia hambre ni apetito de él, antes estaba sin deseo alguno de los alimentos incorruptibles y espirituales; no porque estuviese lleno y harto de ellos, sino porque me causaban tanto mayor fastidio, cuanto mas vacío y falto de ellos estaba. Por eso no estaba sana mi alma; y como llagada y enferma, se salia fuera de sí, miserablemente ansiosa de rozarse con las criaturas sensibles y exteriores, para que le quitasen aquella comezon que le causaban sus llagas. Pero tampoco se amarian aquellas criaturas si no tuvieran alma con que poder amar ellas.

El amar y el ser amado se me proponia como una cosa muy dulce, especialmente si tambien gozase de la persona que me amaba. Con que venia á ensuciar la clara fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia*, y enturbiaba su candor con el

* Alude en esto á la amistad que tomó con una

cieno de la lascivia, y no obstante ser impuro y torpe, queria ser tenido por galan y cortesano, muy picado de vanidad; por lo que no tardé mucho en caer en los lazos del amor, cuya prision deseaba.

Pero ¡oh Dios mio y misericordia mia! ¡con cuánta hiel y amargura rociásteis aquella suavidad de mis placeres, usando conmigo de vuestra infinita bondad! Porque logré tambien el ser amado y la posesion del objeto de mi amor; alegre y contento de verme atado con fuertes y funestas ligaduras, para ser despues herido y azotado con varas de hierro ardiendo; que esto vienen á ser para quien ama, los celos, las sospechas, los temores, las iras, desazones y contiendas.

CAPÍTULO II.

De la aficion que tenia á los espectáculos trágicos.

2. Me arrebatában tambien hácia sí los espectáculos del teatro, llenos de imágenes

mujer al año siguiente de su llegada á Cartago, teniendo él 17 años de edad, y en este mismo año murió su padre Patricio.

de mis miserias é incentivos del fuego que en mí ardía.

Pero ¿en qué consistirá que cuando un hombre ve representar sucesos lamentables y trágicos, quiere allí dolerse de ellos y sentirlos, y no obstante él mismo no quisiera padecerlos? Es muy cierto que él desea padecer aquella pena y sentimiento, pues ese mismo sentimiento y dolor es su deleite. Pues ¿qué viene á ser esto sino una gran locura? porque tanto más se mueve á dolor cualquiera con aquellos lamentables casos, cuanto menos sano está de semejantes afectos; aunque cuando es él mismo quien los padece, se suele llamar miseria, y cuando son otros y él se compadece de ellos, se llama misericordia.

Pero ¿qué misericordia ha de ser la que se ordena á unas cosas puramente representadas y fingidas? Porque allí no se le excita al que está oyendo y mirando para que socorra ó favorezca á alguno, sino solamente á que se duela de aquel fracaso; y cuanto mas se mueve á dolor y sentimiento, tanto mas favor le hace al actor de aquellas representaciones. Y si aquellas calamidades y des-

gracias (verdaderas ó fingidas) se representan de modo que no causen sentimiento y dolor al que las mira, se sale de allí fastidiado y quejándose de los actores; pero si se conmueve y enternece, persevera con mas atencion, y tiene gusto y alegría en llorar.

3. Pues ¿que tambien se aman los dolores? Lo cierto es que todo hombre desea estar gozoso. ¿Acaso consistirá esto en que ya ningun hombre tenga gusto en ser él mismo infeliz y miserable, ó en padecer miseria y trabajo alguno; no obstante tiene gusto y placer en ser compasivo y misericordioso, y como esto no puede serlo sin padecer alguna pena y dolor, por esta sola razon se apetezcan ó se amen los dolores?

Este género de compasion puede provenir del claro manantial de la amistad. Pero ¿á dónde va á parar esa corriente? ¿Para qué irá esa agua cristalina de la compasion desecaminada, y perdida la claridad y celestial serenidad que tiene? ¿para qué irá á entrar-se por su propia inclinacion en el precipitado arroyo de pez encendida, que exhala grandes ardores de negras liviandades, en los que ella tambien se muda y se convierte?

Pues qué, ¿hemos de desterrar de nosotros la misericordia y compasion? No por cierto. ¿Luego algunas veces se han de amar las penas y dolores? Si, alma mia; pero cuida mucho de que esa misericordia no vaya á parar á la inmundicia, confiando en la gracia y proteccion de mi Dios, y Dios de nuestros padres, digno de ser alabado y ensalzado por toda la eternidad: guárdate de emplear tu compasion en la inmundicia.

Ahora yo verdaderamente no dejo de compadecerme y tener misericordia; pero entonces en los teatros me complacia con los amantes cuando conseguian el fin de sus depravados amores, aunque allí no lo ejecutasen mas que en apariencia y representacion. Mas cuando los amantes padecian la pena y sentimiento de verse privados uno de otro, yo tambien me contristaba y como que tenia compasion; y no obstante esta diferencia y contrariedad de afectos, me deleitaban entrambos. Pero ahora tengo mayor compasion del que se alegra en una maldad, que de otro que padece pena y sentimiento por verse privado de un deleite pernicioso y haber perdido aquella felicidad infeliz.

Esta es sin duda mas verdadera misericordia ; pero en ella no causa deleite el dolor y compasion. Porque aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable ; con todo eso mas quisiera él, si es legitimo y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de que compadecerse. Porque así como es muy posible que la benevolencia sea malévola ó quiera algun mal á otro, así lo es tambien que el verdaderamente misericordioso desee que haya miserables para que él ejercite su misericordia.

Así es cierto que hay algun dolor laudable ; pero ninguno hay amable. Porque Vos, Dios y Señor mio, que amais tan finamente nuestras almas, por eso mas pura y perfectamente que nosotros sin comparacion alguna teneis misericordia, porque no va acompañada de dolor ni pena. Pero *¿quién hay que pueda llegar á tanto?*

4. Al contrario me sucedia á mí en aquel tiempo ; pues yo, pobre de mí, amaba el compadecerme, y buscaba tener de qué dolerme cuando en el trabajo ajeno, fingido y representado, aquella accion y lance con que

el cómico me hacia saltar las lágrimas, era la que mas me agradaba, y con mayor vehemencia me suspendia. Pero si andaba yo como infeliz oveja descarriada de vuestro rebaño, y sin querer aguantar que fuéseis Vos el pastor que me guardáseis, ¿qué maravilla es que estuviese lleno de roña y asquerosos males? De aquí nacia el que yo amase los dolores ; no los que me penetrasen muy adentro (pues no deseaba padecer cosas semejantes á las que veia representar), sino unos dolores con los cuales, oídos y representados, me estregase superficialmente ; pero á estos dolorcillos exteriores, que hacian lo mismo que las uñas de los que se rascan, se seguia una hinchazon ardiente y una inflamacion con materia y corrupcion lastimosa. Tal era mi vida ; pero, Dios mio, ¿era vida esto?

CAPÍTULO III.

De lo mucho que le disgustaba la conducta de los estudiantes de Cartago.

Entre tanto vuestra misericordia, fiel siempre conmigo, andaba como volando al rede-

— UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES —

— UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES —

dor de mí, aunque á lo léjos : porque estando yo entregado á tantas maldades, y siguiendo los impulsos de mi sacrilega curiosidad, que alejándome de Vos, me conducía y llevaba á cometer innumerables hajezas y perfidias, que eran otros tantos viles y engañosos sacrificios, en que ofrecia mis malas operaciones en obsequio de los demonios ; Vos, Señor, infinitamente misericordioso, disponiais que en todos mis desórdenes hallase mi castigo.

Tambien me acuerdo que en un dia de fiesta, y dentro de las paredes de vuestro templo, me atrevi á desear desordenadamente un objeto y tratar allí un asunto que me habia de producir frutos de muerte. Por eso me castigásteis con graves penas ; pero fueron nada respecto de mi culpa, Dios mio, misericordia mia, amparo mio y defensa contra los terribles males en que anduve soberbiamente confiado y orgulloso, apartándome léjos de Vos, siguiendo mis caminos y no los vuestros, y amando una fugitiva libertad que no alcanzaba.

6. Tambien aquellos estudios en que me empleaba, y tenian nombre de buenos y ho-

nestos, se dirigian y ordenaban á que luciese en los tribunales y sobresaliese en los pleitos y alegatos, consiguiendo tanto mayores elogios, cuanto inventase y usase mayores engaños. ¡ Tan ciegos son los hombres que llegan á gloriarse de su misma ceguedad !

Ya era yo el primero y principal en la clase de retórica, de lo cual estaba soberbiamente gozoso é hinchadamente vano ; aunque mucho mas quieto y moderado que otros (como Vos, Señor, lo sabeis), y enteramente apartado de las pesadas burlas y chascos que hacian aquellos estudiantes traviesos y revoltosos, que llamaban *eversores* ó trastornadores (nombre infausto y diabólico que se ha hecho ya como insignia y distintivo de urbanidad), entre los cuales vivia yo con una especie de vergüenza porque no era como ellos. Yo me mezclaba y andaba con ellos, y me complacia su amistad, aunque siempre tenia oposicion y horror á sus desordenadas travesuras, esto es, á los engaños y chascos con que descaradamente perseguian é insultaban la cortedad y vergüenza de los forasteros y desconocidos, para inquietarlos y descomponerlos sin motivo ni interés alguno,

mas que hacer burla de ellos, y fomentar con estos chascos y burlas sus malintencionadas alegrías. Nada hay que se parezca mas á lo que hacen los demonios, que lo que hacian aquellos. Y así, ¿qué nombre les convenia mejor que el de *trastornadores*? Pero antes eran trastornados ellos, burlándolos y engañándolos ocultamente los falaces y malignos espíritus, en su misma intencion de burlarse de los otros y engañarlos.

CAPÍTULO IV.

Como se encendió en amor á la filosofía, leyendo el tratado de Ciceron que se intitula Hortensio.

7. En compañía de estos estudiaba entonces, siendo aun de poca edad, los libros que trataban de la elocuencia, en la cual deseaba yo sobresalir por un fin tan reprehensible y vano, como era el deseo de la vanagloria y aplausos de la vanidad humana.

8. Siguiendo el orden acostumbrado en mi estudio, habia llegado á un libro de Ciceron, cuyo lenguaje casi todos admiran, aun

que no tanto su ánimo y espíritu. Aquel libro contiene una exhortacion del mismo Ciceron á la filosofía, y se intitula *el Hortensio*. Este libro trocó mis afectos, y me mudó de tal modo, que me hizo dirigir á Vos, Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fuesen muy otros de lo que antes eran. Luego al punto se me hicieron despreciables mis vanas esperanzas, y con increíble ardor de mi corazon deseaba la inmortal sabiduría, y desde entonces comencé á levantarme para volver á Vos. Porque no leia aquel libro para ejercitarme en hablar bien (como juzgarian todos los que supiesen que para este fin estaba yo estudiando á expensas de mi madre, teniendo ya entonces diez y nueve años, y habiendo mas de dos que mi padre habia muerto); no le leia, pues, ni le estudiaba para ejercitarme y perfeccionarme en la elocuencia, ni me habia él persuadido á seguir lo bien que hablaba, sino lo bueno que decia.

8. ; Con cuánto ardor, Dios mio, deseaba volver á tomar vuelo y elevarme sobre estas cosas terrenas hasta llegar á Vos! Y no conocia lo que ejecutábais conmigo por me-

dio de semejantes afectos y deseos, porque en Vos está la sabiduría, en cuyo amor me encendió tanto aquel libro, persuadiéndome lo que en griego se llama filosofía, que es lo mismo que *amor de la sabiduría*. Muchos hay que engañan por medio de la filosofía, coloreando y desfigurando sus errores con la grandeza y dulzura de tan decoroso nombre; y casi todos los que en aquellos tiempos y en los anteriores habian hecho engaños semejantes, están notados y descubiertos claramente en aquel libro. Allí tambien se halla aquel saludable aviso y amonestacion de vuestro divino Espíritu, hecha á los hombres por boca de un siervo vuestro justo y santo: «*Estad atentos y cuidadosos para que ninguno os engañe por la filosofía y vana ciencia, fundada en doctrina de los hombres, y conforme á los principios de la mundana ciencia, y no segun la de Jesucristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad.*»

Por lo que á mí toca, bien sabeis, luz de mi corazon, que aun no tenia noticia de estas palabras del Apóstol; y lo que únicamente me deleitaba en aquella exhortacion,

era que me encendia en deseos no de esta ó aquella determinada secta de filósofos, sino á que amase y buscase, consiguiese y abrazase fuertemente la sabiduría, tal cual ella era en sí misma; y solamente una cosa me templaba aquel ardor y deseos, y era el no encontrar allí el nombre de Jesucristo. Porque este nombre, por misericordia vuestra, Señor, este nombre de vuestro Hijo y mi Salvador, aun siendo yo niño de pecho, le habia bebido y mamado con la leche de mi madre, y le conservaba grabado profundamente en mi corazon; y todo cuanto estuviese escrito sin este nombre, por muy erudito, elegante y verdadero que fuese, no me robaba enteramente el afecto.

CAPÍTULO V.

Le desagradaron las sagradas Escrituras, por parecerle que tenían un estilo humilde y llano.

9. Determiné, pues, dedicarme á la leccion de las sagradas Escrituras, para ver qué tales eran. Y conocí desde luego que eran una cosa que no la entendian los soberbios,

y era superior á la capacidad de los muchachos ; que era humilde en el estilo ; sublime en la doctrina , y cubierta por lo comun y llena de misterios ; y yo entonces no era tal que pudiese entrar en ella , ni bajar mi cerviz para acomodarme á su narracion y estilo . Cuando las comencé á leer hice otro juicio muy diferente del que refiero ahora ; porque entonces me pareció que no merecia compararse la Escritura con la dignidad y excelencia de los escritos de Ciceron . Porque mi hinchazon y vanidad rehusaba acomodarse á la sencillez de aquel estilo , y por otra parte no alcanzaba mi perspicacia á penetrar lo que interiormente contenia . Pero la sagrada Escritura es tal , que se deja ver sublime y elevada á los ojos de los que son humildes y pequeños ; y yo me desdeñaba de ser pequeño ; y me tenia por grande , siendo solamente hinchado .

CAPÍTULO VI.

Del modo con que los Maniqueos, le engañaron.

10. De aquí nació que vine á dar en manos de unos hombres tan soberbios como extravagantes ¹ , y además de eso , carnales y habladores , en cuyas lenguas estaban ocultos los lazos del demonio , y cuyas palabras eran como una liga confeccionada , en que se mezclaban las silabas de vuestro nombre , del de mi Señor Jesucristo y del Espiritu Santo , abogado y consolador de nuestras almas . Estos nombres los tenian siempre en la boca ; pero era solamente en cuanto al sonido de las palabras ; pues el corazon lo tenian vacío de la verdad . Pero ellos repetian frecuentemente estas voces : *Verdad, verdad* , y me la recomendaban mucho , y nunca se encontraba en ellos ; antes por el contrario , me decian muchas falsedades , no solamente hablando de Vos ² que sois la misma verdad , sino tambien hablando de los elementos del universo , que son obra de vuestras manos . Yo debiera , ó Padre mio , infinitamente bue-

no, y hermosura de todas las criaturas, haber dejado por vuestro amor á todos los filósofos, aunque hayan hablado bien y enseñado doctrinas verdaderas acerca de los tales elementos.

¡ Oh verdad, verdad ! ¡ cuán entrañablemente y de lo íntimo de mi alma suspiraba por Vos, aun en aquel tiempo cuando ellos me hablaban de Vos frecuentemente y de diversos modos, ya solo de palabra, ya también en sus libros que eran muchos y grandes !

Estos eran los platos en que estando yo muy hambriento de Vos, me ministraban ellos el manjar de su doctrina, proponiéndome en lugar de Vos el sol y la luna, hermosas obras vuestras ; pero finalmente obras vuestras : no Vos mismo, ni aun las mejores y mas principales de vuestras obras. Porque vuestras criaturas espirituales son mucho mas excelentes que todas estas corpóreas, por mas resplandecientes y celestiales que sean.

Pero mi sed y hambre no era tampoco de aquellas criaturas perfectas y superiores, sino de Vos mismo, de Vos, Verdad eterna, en que no puede haber mudanza alguna, ni la

oscuridad mas leve y momentánea. No obstante en los platos de sus libros me presentaban unas ficciones brillantes y especiosas, respecto de las cuales seria mejor amar á este sol (que á lo menos descubre á nuestra vista un verdadero ser), que amar aquellos fantasmas falsos con el alma engañada por los ojos.

Y con todo eso, juzgando yo que aquello que me proponian érais Vos, y teniéndolo por verdad me alimentaba de ello ; aunque no con ansia y apetito, porque en mi paladar no percibia el sabor y gusto de lo que Vos sois : como no érais Vos aquellas vanas ficciones, no me nutria con ellas ni medraba, antes bien me enflaquecia mas y consumia.

Una comida soñada es muy parecida á las comidas verdaderas de que se alimentan los que están despiertos ; y no obstante ser tan parecidas, no se alimentan ni mantienen con aquel manjar soñado los que están dormidos ; pero aquellos otros manjares intelectuales de que voy hablando, ni siquiera se parecian á Vos de modo alguno, como despues me lo habeis manifestado Vos mismo ;

porque aquellos eran unos cuerpos fingidos y fantásticos, respecto de los cuales son mucho mas ciertos y verdaderos entes todos estos cuerpos celestiales y terrenos que vemos con los ojos corporales, y que los ven igualmente que nosotros los brutos y las aves, los cuales tienen mas cierto y verdadero ser en sí mismos, que en aquellas imágenes que en nuestra imaginación formamos de ellos. Y aun tienen mas certeza y realidad aquellas imágenes que en nuestra fantasía formamos de los cuerpos, que los otros fantasmas enormes é infinitos, que con ocasión de aquellas imaginábamos y fingíamos nosotros, pues absolutamente son nada y no tienen ser alguno en toda la naturaleza; de cuyos fantasmas vanos y fingidos me apacentaba yo entonces, ó por mejor decir, no me apacentaba.

Pero Vos, ó amor mio, á quien acudo desfallecido para tener fortaleza, ni sois estos cuerpos tan hermosos que vemos en los cielos, ni los otros que no vemos allí ni los descubrimos; porque Vos sois el que los ha criado á todos ellos, y aun no son ellos las cosas mas excelentes y perfectas que habeis criado. Pues ¡cuán léjos estais de ser aque-

llos fantasmas que imaginaba yo mismo, y que eran solamente fantasmas de unos cuerpos que no hay ni tienen ser en todo el universo! respecto de los cuales tienen mas verdadero ser y mas cierta realidad las imágenes que formamos de aquellos cuerpos que hay verdaderamente en el mundo; pero tambien los cuerpos tienen mas cierto ser y realidad en sí mismos que los fantasmas ó ideas que en nuestra imaginación formamos de ellos. No obstante eso, ni Vos sois esos cuerpos tan reales y verdaderos, ni tampoco sois el alma que da la vida á los cuerpos; en lo cual es mejor, mas noble y cierto que los cuerpos mismos. Pero Vos sois la vida de las almas, vida de las vidas, que vivis por Vos mismo y sin mudanza alguna, ó vida de mi alma.

11. Pues ¿dónde estábais entonces para mí? ¡cuán léjos estábais de mí, Dios mio! Mas yo era el que andaba alejado de Vos, y que me veia, como el hijo pródigo, privado aun de las bellotas con que alimentaba á los cerdos. Porque á la verdad, ¡cuánto mejores eran las fábulas de los gramáticos y poetas, que estas ilusiones y trampas engañosas! Pues

los versos y composiciones poéticas, y aun la representacion de Medea volando por esos aires, son ciertamente mas útiles y conducentes, que la doctrina de aquellos impostores que ponían y enseñaban haber *cinco elementos*, los que decían estar colocados en *cinco cuevas ó cavernas tenebrosas*. Todo lo cual, además de ser fingido y no tener ser alguno, es tan perjudicial, que da la muerte á quien lo llega á creer. Pero los versos y poesías los traslado á verdaderos principios, y hago que me sirvan de pasto verdadero; y si cantaba ó refería en verso la fábula de Medea que volaba por los aires, no era afirmando como verdadero, ni tampoco lo creía aunque se lo oyese referir á otro; pero aquellas otras doctrinas confieso que llegué á creerlas.

¡Pobre infeliz de mí! ¡por qué grados fui cayendo hasta dar en el profundo abismo en que me veía! Porque yo, Dios mio (á quien confieso todas mis miserias, pues tuvísteis piedad de mí, antes que yo pensase confesároselas), con mucha fatiga y ansia, por hallarme tan falto de la verdad, os buscaba, Dios mio, con los ojos y demás sentidos de mi cuerpo,

y no con la potencia intelectualiva, en que Vos quisisteis que me distinguiese y aventajase á los irracionales: siendo así que Vos estábais mas dentro de mí, que lo mas interior que hay en mí mismo, y mas elevado y superior, que lo mas elevado y sumo de mi alma.

De este modo vine á dar con aquella mujer³ atrevida y sin prudencia, de quien hace un enigma Salomon, y la propone sentada en su silla á la puerta de su casa diciendo á los pasajeros: *Comed gustosamente de los panes ocultos y guardados, y bebed la agua hurtada, que es mas dulce*. Esta, pues, me engañó fácilmente, porque me halló vagueando fuera de mí, esto es, ocupado en las cosas exteriores y que se ven y perciben por los sentidos corporales, que eran únicamente las que yo meditaba en mi interior.

NOTAS.

¹ Estos eran los Maniqueos, cuyo jefe fue un persa que antes se llamaba Urbico ó Cubrico, y despues tomó el nombre de *Manés*: cuyo nombre daba á entender su locura (pues *Manés* en griego quiere decir furioso); pero sus discípulos, como dice san Agustin en el libro de las Herejías, here-

ja 46, duplicando la *n* de su nombre, le llamaron Manniqueo, para que significase *el que vertía maná: Mannicheum, quasi manna fundentem.*

Cayó Agustín en manos de los Maniqueos el año de 374; y estuvo enredado en sus errores por espacio de nueve años, como él mismo repite en varias partes. Pero á los 28 años de su edad, que era el año de 383, fue cuando le acabó de disgustar su doctrina, y los dejó y despreció.

² El primero y principal error de los Maniqueos era acerca de la naturaleza divina. Lo primero que enseñaba Manés era que había dos principios entre sí contrarios y coeternos, y que eran dos sustancias: una del bien, y otra del mal. 2.º Que cuando ambas sustancias pelearon entre sí, se mezcló el mal con el bien. 3.º Que de esta mezcla fue de donde Dios, ó la naturaleza del bien, fabricó y formó el mundo. 4.º Que esta luz corporal, que se extiende infinitamente, mezclándose en todas las cosas luminosas y lúcidas (entre las cuales también cuentan á nuestras almas), es la misma sustancia y naturaleza de Dios. De donde se sigue, que ya nuestras almas, ya las demás cosas lúcidas y luminosas, eran trozos de la sustancia divina.

De los elementos enseñaban también varias extravagancias fabulosas. Lo primero, que los elementos eran dobles, cinco buenos y cinco malos. 2.º Que los cinco primeros fueron producidos por la naturaleza del bien, y los cinco segundos por la del mal. 3.º Que de aquellos buenos habían dimanado las virtudes santas, y de estos otros malos los príncipes de las tinieblas. 4.º Que los elementos malos eran

estos: *El humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento*, á los cuales se oponían los cinco buenos, de este modo: al humo *el aire*, á las tinieblas *la luz*, al fuego malo *el fuego bueno*, al agua mala *la agua buena*, al viento malo *el viento bueno*. 5.º Que para pelear con los elementos malos, fueron enviados desde el reino y sustancia de Dios los elementos buenos: y en aquella pelea se mezclaron los unos con los otros. 6.º Que en el elemento del *humo* nacieron los animales de dos pies, y entre ellos también los hombres: en las *tinieblas* los que andan arrastrando: en el *fuego* los cuadrúpedos: en las *aguas* los animales que nadan, y en el *viento* los que vuelan.

³ En este enigma entiende aquí san Agustín la secta maniquea, en que cayó engañado por las razones que refiere en este capítulo y en el siguiente, y por otras que se pueden ver en Tillemont, tom. 13, cap. 8.

CAPÍTULO VII.

Como se dejó llevar de la doctrina de los Maniqueos.

12. No sabia ni conocia yo que hubiese alguna otra cosa que verdaderamente existiese fuera de las corpóreas y sensibles, y así me parecía que obraba como hombre de en-

ja 46, duplicando la *n* de su nombre, le llamaron Manniqueo, para que significase *el que vertía maná: Mannicheum, quasi manna fundentem.*

Cayó Agustín en manos de los Maniqueos el año de 374; y estuvo enredado en sus errores por espacio de nueve años, como él mismo repite en varias partes. Pero á los 28 años de su edad, que era el año de 383, fue cuando le acabó de disgustar su doctrina, y los dejó y despreció.

² El primero y principal error de los Maniqueos era acerca de la naturaleza divina. Lo primero que enseñaba Manés era que había dos principios entre sí contrarios y coeternos, y que eran dos sustancias: una del bien, y otra del mal. 2.º Que cuando ambas sustancias pelearon entre sí, se mezcló el mal con el bien. 3.º Que de esta mezcla fue de donde Dios, ó la naturaleza del bien, fabricó y formó el mundo. 4.º Que esta luz corporal, que se extiende infinitamente, mezclándose en todas las cosas luminosas y lúcidas (entre las cuales también cuentan á nuestras almas), es la misma sustancia y naturaleza de Dios. De donde se sigue, que ya nuestras almas, ya las demás cosas lúcidas y luminosas, eran trozos de la sustancia divina.

De los elementos enseñaban también varias extravagancias fabulosas. Lo primero, que los elementos eran dobles, cinco buenos y cinco malos. 2.º Que los cinco primeros fueron producidos por la naturaleza del bien, y los cinco segundos por la del mal. 3.º Que de aquellos buenos habían dimanado las virtudes santas, y de estos otros malos los príncipes de las tinieblas. 4.º Que los elementos malos eran

estos: *El humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento*, á los cuales se oponían los cinco buenos, de este modo: al humo *el aire*, á las tinieblas *la luz*, al fuego malo *el fuego bueno*, al agua mala *la agua buena*, al viento malo *el viento bueno*. 5.º Que para pelear con los elementos malos, fueron enviados desde el reino y sustancia de Dios los elementos buenos: y en aquella pelea se mezclaron los unos con los otros. 6.º Que en el elemento del *humo* nacieron los animales de dos pies, y entre ellos también los hombres: en las *tinieblas* los que andan arrastrando: en el *fuego* los cuadrúpedos: en las *aguas* los animales que nadan, y en el *viento* los que vuelan.

³ En este enigma entiende aquí san Agustín la secta maniquea, en que cayó engañado por las razones que refiere en este capítulo y en el siguiente, y por otras que se pueden ver en Tillemont, tom. 13, cap. 8.

CAPÍTULO VII.

Como se dejó llevar de la doctrina de los Maniqueos.

12. No sabia ni conocia yo que hubiese alguna otra cosa que verdaderamente existiese fuera de las corpóreas y sensibles, y así me parecía que obraba como hombre de en-

tendimiento y de ingenio agudo, conformándome con aquellos necios que me engañaban, preguntándome : de dónde procedía lo malo : si tenía Dios forma corpórea, y si tenía también cabellos y uñas : si se habían de tener por justos los que tenían muchas mujeres á un tiempo, y los que quitaban la vida á otros hombres y sacrificaban animales.

Como yo estaba ignorante de la verdad acerca de estas cosas, me hallaba no poco embarazado y perturbado con tales preguntas ; y por los mismo medios y con los mismos pasos con que me apartaba de la verdad, me parecía que la iba alcanzando por no haber llegado todavía á conocer, que no es otra cosa el mal sino privación del bien, hasta llegar al mayor mal que es la nada, y privación de todo bien. Pero ¿cómo lo había yo de conocer, si mi conocimiento por los sentidos no pasaba de las cosas corpóreas, y con el interior conocimiento del alma no pasaba de los fantasmas ó especies de mi fantasía ?

Tampoco había llegado á conocer que *Dios es un puro espíritu* ; y que no tiene partes extensas á lo largo ni á lo ancho, ni cantidad corpórea, material y de bulto, porque esta

necesariamente ha de ser menor en una parte sola que en el todo. Y aunque se supusiese que dicha cantidad era infinita, sería menor contraída á un cierto y determinado espacio, que extendida por un espacio infinito : y así no estaría toda ella en todas partes, como lo está el espíritu y como lo está Dios. Y además de esto, ignoraba totalmente qué es lo que hay en nosotros por donde seamos semejantes á Dios, y por lo que pueda decir la Escritura con verdad, que fuimos formados á *imagen y semejanza de Dios*.

13. Ni había llegado á conocer aquello en que consiste la justicia interior y verdadera, que no arregla sus juicios por la costumbre, sino por la ley rectísima dada y establecida por un Dios todopoderoso, para que se formasen las costumbres de todas las regiones y edades con arreglo á ella, que sabe acomodarse á todas las edades y regiones, no obstante ser una misma en todas partes y tiempos, y no tener diversidad alguna en esta parte respecto de la otra, ni ser de diverso modo en este que en otro tiempo. Con arreglo á esta justicia fueron justos Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David y todos los de-

más que han sido alabados por boca del mismo Dios; aunque los tenga por inicuos la multitud de los ignorantes, que juzgan de todo por principios humanos, y miden las costumbres de todo el mundo por el nivel de las suyas y de su tiempo. Esta ignorancia es semejante á la de un hombre, que no entendiendo palabra en materia de armaduras, ni sabiendo cuál de ellas corresponde á cada parte del cuerpo, quisiese cubrir la cabeza con las grebas, que es la armadura que corresponde á las piernas, y á estas quisiese calzarles el morrion ó celada, que es para la cabeza; y luego murmurase y se quejase de que ni lo uno ni lo otro se ajustaba ni le sentaba bien. Ó como si un mercader, en un día en que había ley para que se guardase fiesta desde el mediodía adelante, se diese por ofendido porque no se le permitia vender por la tarde, permitiéndosele vender por la mañana; ó como si uno se admirara de ver que en una misma casa se le permitia á un criado inferior coger algunas cosas en la mano, que no se le permitia á otro mas principal, v. gr. al copero que está destinado á ministrar la bebida; ó como si uno afeara

que se ejecutase detrás de los pesebres lo que no se permitia hacer delante de la mesa; ó se indignase, porque siendo una la habitacion y una la familia, no se daba á todos y en todas partes un mismo trato y una misma cosa.

Así vienen á ser estos que se irritan cuando oyen decir, que en aquellos siglos les fue licita á los justos alguna cosa que á los de nuestro tiempo les está prohibida; y porque á aquellos mandó Dios una cosa, y á estos otra, segun la diversidad de motivos que ocurrían en diversos tiempos; no obstante que los unos y los otros obraban arreglados á una misma rectitud y justicia. Por ellos mismos están continuamente experimentando, que en el cuerpo de un mismo hombre corresponde y viene bien á una parte lo que á otra no le corresponde: que en un mismo día es licito hacer esta ó aquella cosa un poco antes, que de allí á una hora ya no es licito hacerla: que en una misma casa se permite ó se manda hacer alguna cosa en un lugar determinado, que justamente se prohibe ó se castiga que se ejecute en otro.

¿Por ventura se podrá decir por esto que

la justicia es mudable y varia? Los tiempos, á quienes ella preside sin mudanza, son los que se varian y se mudan, porque no pueden venir todos juntos, sino sucesivamente unos tras de otros; porque esto pide esencialmente el ser y naturaleza de los tiempos.

Pero los hombres, cuya vida sobre la tierra es tan corta, como por una parte no pueden enlazar sensiblemente las causas y motivos que reglaron las costumbres de los primeros siglos, y las de otras naciones que ellos no han tratado ni experimentado, con las que están experimentando y viendo todos los dias, y por otra parte pueden fácilmente ver en un mismo cuerpo, en un mismo dia y en una misma casa qué es lo que corresponde á cada uno de los miembros, á cada uno de los instantes y á cada uno de los sitios y personas de una casa; de ahí es, que acusan y reprenden aquella diversidad de costumbres, y se conforman con esta otra diversidad de acciones.

14. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, ó no las consideraba; y aunque por todas partes se están viniendo á los ojos, yo no las veía. Pues aun cuando hacia ver-

sos, sabia muy bien que no debía ni podia poner cualesquier piés en cualquier parte del verso, sino en tal y tal especie de verso, tal y tal pié determinado, y en una misma especie de verso no podia poner en todas partes un pié mismo; y el arte de poesía que daba estas reglas diferentes, no era diverso de sí mismo en un paraje y en otro, sino un solo y único arte que á un mismo tiempo contenia todas estas reglas diferentes.

Pero yo contemplaba, que la justicia que habia dado la regla á las acciones de los hombres justos y santos, contenia mucho mejor y con mayor excelencia y sublimidad todos sus preceptos juntos y de una vez, aunque eran entre sí tan diferentes, sin variarse ella ni admitir mutacion alguna, no obstante que en varios tiempos no lo mandaba todo junto, sino que distribuía y repartía en diversos tiempos lo que á cada uno era correspondiente y propio. Y yo que estaba tan ciego, que no veía estas cosas, me atrevia á reprender á aquellos antiguos y santos patriarcas, que no solamente usaban de las cosas que tenían presentes del modo que Dios les mandaba é inspiraba, sino que tambien anun-

ciaban las cosas venideras segun y como Dios se las revelaba.

CAPÍTULO VIII.

Explica contra los Maniqueos, qué pecados se deben detestar siempre.

18. Pero ¿acaso podrá señalarse algun tiempo ó lugar donde se tenga por malo ó se dé por cosa injusta *el amar á Dios de todo corazon, con toda el alma y con todas sus potencias, y el amar cada uno á su prójimo como á si mismo?* Por eso todas aquellas maldades que son contra la naturaleza, en todas partes y en todos tiempos son abominables y dignas de castigo, como lo fueron las de los *habitantes de Sodoma*. Y aunque todas las gentes del mundo se conformaran en cometer aquellas maldades, no por eso dejarían de ser reos del mismo delito y pena, atendiendo á la justicia y ley divina, por quanto Dios no formó á los hombres para que usasen de sí tan torpemente los unos de los otros. Y así se deshace y se rompe aquella íntima union y sociedad que debemos tener entre nosotros

y Dios, cuando se mancha con el uso perverso de la concupiscencia carnal aquella misma naturaleza que le tiene y reconoce por su Autor.

Pero aquellos delitos y maldades que solamente son contra las costumbres de los hombres en pueblos diferentes, se deben evitar siguiendo la diferencia de costumbres de cada pueblo, para que lo que tengan entre sí ordenado y establecido por costumbre ó por ley de la ciudad ó de la nación, no se quebrante por vicioso antojo de ningun ciudadano ó extranjero. Porque verdaderamente es torpe y fea cualquiera parte de un cuerpo que no se conforma y conviene con su todo.

Pero cuando Dios manda alguna cosa que es contra la costumbre ó estatuto de cualesquiera gentes ó pueblos, sin duda se debe hacer aunque no se haya hecho allí jamás; y si antes se ejecutaba y se habia ya interrumpido, se debe hacer y ejecutar de nuevo; y si no estaba mandado y establecido que se hiciese la tal cosa, se debe establecer y mandar que se haga. Porque si puede un rey mandar en la ciudad y territorio donde reina lo que ninguno de sus antecesores ni tam-

poco él mismo habia mandado hasta entonces ; y el obedecerle no es contra las leyes de la sociedad, antes bien lo seria el dejar de obedecerle, porque es deber y concierto universal de la sociedad humana el obedecer todos á sus reyes ; Dios, que es Rey universal de todas las criaturas, ¿ cuánto mas debe ser obedecido sin la mas leve duda de todo cuanto mandare ? Porque así como entre los magistrados y gobernadores de la sociedad humana hay uno superior, á quien deben obedecer los subalternos ; así Dios, como superior á todos, de todos debe ser obedecido.

16. Tambien son detestables y dignos de castigo los delitos que se cometen contra el prójimo con deseo de hacerle algun daño, ya sea de palabra diciéndole alguna afrenta, ya de obra haciéndole algun agravio ; y esto tanto si se hace por vengarse de él, como por conseguir algun exterior provecho ó interés, como sucede al ladron respecto del pasajero á quien roba ; ó por evitar algun mal que le ha de sobrevenir de otro á quien teme ; ó teniéndole envidia, como acontece en el que es infeliz respecto de otro dichoso, y en el que estando en prosperidad teme y

le pesa de que otro se le iguale ; ó por solo el gusto y deleite que él saca del daño ajeno, como los que asisten á ver las luchas de los gladiadores, ó como los que se deleitan en hacer burla de otros, y pegarles chascos.

Estas son las principales especies de la iniquidad, las cuales nacen del apetito desordenado de dominar, de la vana curiosidad y deseo de ver, ó del apetito desordenado de los deleites sensuales ; ya sea juntándose todos tres apetitos, ya dos de ellos, ya uno solo. Pues de este modo, dulcísimo y altísimo Dios mio, todos los desórdenes de nuestra vida son transgresiones de vuestra divina ley, ó contra los tres primeros preceptos, ó contra los siete últimos de vuestro Decálogo, figurado y entendido en la Escritura por *el salterio de diez cuerdas*.

Pero ¿ qué maldades de los hombres pueden llegar hasta Vos, que sois inviolable ? ¿ ni qué ofensas pueden ellos efectivamente ejecutar contra Vos, á quien es imposible hacer mal ó daño alguno ? Pero ¡ ah ! que vos castigais los males que ejecutan contra sí mismos los hombres (pues aun pecando contra Vos, obran cruelmente y sin piedad

contra sus almas, y esto es *proceder engañosamente la maldad contra sí misma*), ya sea viciando y pervirtiendo su propia naturaleza que Vos criásteis y ordenásteis, ya sea usando inmoderadamente de las cosas lícitas, ó deseando ardientemente las que no son permitidas, para abusar de ellas *contra el orden natural*; ya se hagan reos por desmandarse contra Vos con interiores afectos ó con palabras exteriores, *tirando coces contra el aguijón*; ya sea finalmente cuando rotos los lazos de la sociedad humana y traspasados sus límites, se alegran temerarios y atrevidos con las particulares alianzas ó con las divisiones que ellos entre sí privadamente forman, según que el estado actual de las cosas les agrada ó les disgusta.

Estas maldades ejecutan los hombres cuando os dejan á Vos, que sois fuente de la vida, único y verdadero Criador y gobernador del universo; y por su propia soberbia y particular orgullo aman en las criaturas un bien aparente y falso. Así es constante que no se vuelve á Vos, sino por medio de una humilde piedad, y Vos entonces nos sanáis de nuestras malas costumbres, y perdonais sus pe-

cados á los que humildemente los reconocen y confiesan; y oyendo Vos los gemidos y sollozos de los pecadores, que se ven aprisionados con los hierros de sus culpas, nos desatais y dejais libres de las cadenas que nosotros mismos nos habíamos forjado. Por el contrario mientras nos sublevamos contra Vos por seguir la falsa libertad de nuestro desenfreno, con el deseo y ansia de conseguir más, padecemos el castigo de perderlo todo, por amar nuestro bien particular mas que á Vos mismo, que sois el bien universal de todos.

CAPÍTULO IX.

De la diferencia que hay entre los pecados: y de la que hay tambien entre el juicio de Dios y el de los hombres.

17. Pero entre tantas maldades y delitos de los hombres, entre la multitud de sus iniquidades, hay tambien que contar aquellas faltas que cometen los que comienzan á aprovechar en la virtud; las cuales son reprimen-



das y vituperadas por aquellos que juzgan rectamente, atendiendo á las reglas de la perfeccion; y son tambien alabadas de otros, atendiendo al fruto que se espera de ellas, como se alaba por lo comun el trigo aun recién nacido y en verde.

Otras acciones hay que se parecen á los graves delitos y pecados, y realmente no son pecados ni delitos; porque ni son ofensas contra Vos, Dios y Señor mio, ni son contra el bien comun y sociedad humana, como cuando se hace alguna prevencion y acopio de las cosas propias de la estacion del tiempo y necesarias para la vida, y por otra parte no hay certeza de que sea este cuidado efecto de una codicia desordenada; ó cuando se castiga con legitima potestad á los culpados, pero ignorándose si los jueces lo hacen movidos de un mal deseo de mortificarlos. Y así muchas cosas que á los hombres les parecen vituperables y malas, Vos, Señor, las aprobais y dais por buenas; y otras muchas, alabadas de los hombres, Vos las desaprobais como culpables; porque muchas veces la exterior apariencia de la obra es muy distinta

del ánimo é intencion de quien la ejecuta y de lo que pedia la circunstancia oculta del tiempo en que se hizo ó determinó.

Pero cuando Vos mandais de nuevo alguna cosa nunca usada, no obstante que en otro tiempo la hubiéseis prohibido, y que no manifesteis la causa y motivo de mandarla entonces; y aunque finalmente sea contra los estatutos de la sociedad de algunos particulares; ¿quién duda que se ha de hacer lo que mandais, siendo cierto y constante que ninguna sociedad de hombres se debe tener por justa y buena, sino aquella que os sirve y obedece? Pero dichosos aquellos que saben ciertamente que Vos habeis mandado alguna cosa; porque entonces vuestros siervos hacen todas las cosas, ó para cumplir las obligaciones que tocan al tiempo presente, ó para prevenir y anunciar lo que ha de suceder en lo futuro.

CAPÍTULO X.

Desvarios de los Maniqueos acerca de los frutos de la tierra.

18. Siendo así que ignoraba yo estas cosas, me burlaba de aquellos santos antiguos que fueron vuestros siervos y vuestros profetas. Y ¿qué es lo que hacia con burlarme de ellos, sino daros motivo de que os burlárais de mí; pues vine poco á poco á dar insensiblemente en aquellas extravagancias y desvarios de creer, que cuando los higos se arrancaban del árbol, ellos y la higuera que era su madre, lloraban de sentimiento ¹ lágrimas de leche? Pero que si algun santo de los Maniqueos ² comia aquel higo arrancado (suponiendo que él no hubiese cometido el delito de arrancarle, sino que le hubiese cortado ó arrancado otro), y por medio de la digestion le mezclaba ³ con su propia sustancia; despues gimiendo y sollozando en su oracion, despedia en el aliento y exhalaba de aquel higo no solo ángeles, sino tambien partículas del Dios sumo y verdadero; las

cuales hubieran estado siempre atadas á aquel higo, si no se hubieran disuelto por los dientes y estómago de aquel varon santo y escogido. Y yo infeliz y miserable creia que mayor misericordia debíamos usar con los frutos de la tierra, que con los hombres para quienes se producian. Porque si alguno que estaba necesitado de alimentos los pedia, seria como condenar á muerte aquel fruto, si se le daba á alguno que no fuese maniqueo.

NOTAS.

¹ Entre los innumerables desvarios de la doctrina de los Maniqueos, era uno el atribuir á las plantas vida sensitiva: y que así no se podia cortar ó arrancar fruto, rama ú hoja de algun árbol ó planta, sin que se les causase algun dolor y sentimiento; y que tampoco era lícito el arrancar las espinas ó yerbas malas de una heredad: por lo cual abominaban la agricultura, con ser la mas inocente de las artes, porque era rea de muchos homicidios y hacia muchas muertes. San Agustin en el libro de *Hæresib.* hæ. 46.

² Se distinguian en dos clases los Maniqueos: los unos se llamaban *electos ó santos*, los otros *auditores ú oyentes*. Los primeros eran aquellos que habian adelantado tanto en su locura, que pudieran ser ya maestros de ella, y estaban firmes y

constantes en su error. Los segundos eran los que no hallándose todavía instruidos en aquella doctrina, estaban como vacilantes y dudosos en ella, y eran discípulos ú oyentes de los otros, y como catecúmenos de aquella secta: en esta clase y órden estuvo san Agustín, sin haber pasado nunca á la otra clase de los electos.

* Habiéndose mezclado entre sí el bien y el mal en aquella batalla que tuvieron; decían que era necesario limpiar y purificar el bien separándole del mal con quien estaba mezclado. Y esta purificación y separación fingían ellos que se hacía de diversos modos. 1.º Por la virtud divina en todo el mundo y sus elementos. 2.º Por los Ángeles de luz se purificaba la sustancia del bien que estaba mezclada y como atada á la sustancia del mal en los demonios. 3.º Por los electos, que comiendo libertaban una parte de la sustancia buena y divina que estaba mezclada con la mala, y como atada á los manjares y bebidas; las cuales partículas de la sustancia divina mediante la masticación y digestión hecha en el estómago del electo, se libertaban y desataban, y ellos exhalaban ó respiraban aquellas partículas, que unas eran ángeles y otras eran almas. 4.º Esta purificación del bien no la podían hacer sino los electos. 5.º Á los auditores ú oyentes se les perdonaban aquellas muertes (que precisamente habían de hacer en las plantas, siendo labradóres), porque daban de comer á los electos, que purificaban la divina sustancia. Y así los electos ni labraban los campos ni cogían los frutos; sino que era obligación de los oyentes el traerles todo lo necesario. 6.º Pero

esta purificación no la hacían comiendo carnes; porque decían que cuando mataron á aquel animal, huía de la carne la divinidad que había antes en ella; fuera de que aquella carne muerta, decían, no era digna de purificarse en el estómago de los electos, los que también se abstenián de todo vino y mosto, porque era *la hiel del príncipe de las tinieblas*. 7.º Decían por último de sus delirios, que todo cuanto de divina sustancia se purificaba en todo el universo, lo recogían y juntaban los Ángeles, y lo ponían en dos naves, que eran el sol y la luna, y lo llevaban al reino de Dios á quien pertenecía.

Todos estos desatinos me ha parecido conveniente declararlos, porque sirven para entender mejor algunos lugares del Santo en esta obra: de los mismos y de muchos mas trata el Santo en el libro que intituló: *De los errores de los Maniqueos*.

CAPÍTULO XI.

Llanto y sueño de santa Mónica acerca de la conversión de su hijo Agustín.

19. Vos, Señor, usando conmigo de vuestra paternal benignidad, desde lo alto del cielo extendísteis vuestra mano poderosa, y sacásteis á mi alma de una profundidad tan oscura y tenebrosa como esta, habiendo mi madre, vuestra sierva fiel, derramado delan-

te de Vos mas lágrimas por mí, que las otras madres por la muerte corporal de sus hijos. Porque con la fe y espíritu que Vos le habíais dado, veia ella la muerte de mi alma. Mas Vos, Señor, os dignásteis de oír sus oraciones: Vos os dignásteis oírla, y no despreciásteis sus lágrimas, que copiosamente corrían de sus ojos, hasta regar con ellas la tierra en todos los sitios en que se ponía á hacer oracion por mí en presencia de vuestra divina Majestad, que se dignó oírla y atender á su llanto y oracion. Porque ¿de dónde sino de Vos le habia de venir aquel sueño que tuvo, con el cual la consolásteis tanto, que me permitió vivir en su compañía, comer á su mesa y habitar en su casa; lo que antes no habia querido consentir por lo mucho que ella aborrecia y detestaba los errores y blasfemias de mi secta? Un día, pues, estando dormida, soñó que estaba puesta de piés sobre una regla de madera, y que se le acercó un jóven gallardo y resplandeciente con rostro alegre y risueño, estando ella muy afligida y traspasada de pena; el cual le preguntó la causa de su afliccion y tristeza, y de tantas lágrimas como derramaba todos los días; no para

saberlo de su boca, sino para tomar de aquí ocasion de instruirla y enseñarla, como suele suceder en tales sueños. Ella le respondió, que era mi perdicion lo que la hacia llorar; y él le mandó entonces y le amonestó (para que viviese mas segura en este punto), que reflexionase con atencion y viese que donde ella estaba, allí mismo estaba yo tambien. Luego que oyó esto miró con atencion, y me vió estar junto á sí en la misma regla. ¿De dónde le vino este consuelo sino de aquella suma bondad con que atendíais á los gemidos de su corazon? ¡Oh! ¡cuán bueno sois, Dios y Señor mio todopoderoso, que de tal suerte cuidais de cada uno de nosotros, como si fuera el único de quien cuidais, y de tal modo cuidais de todos, como de cada uno de por sí!

20. ¿De dónde sino de Vos le vino tambien aquella respuesta que me dió tan pronta y oportuna, cuando al referirme el sueño que habia tenido, y procurando yo interpretarle diciendo: Que antes bien el sueño significaba que ella podia vivir con esperanzas de ser algun día lo que yo era; respondió inmediatamente y sin detenerse en nada: *No por*

cierto, no es así; porque á mí no se me dijo: donde él está, allí también estás tú; sino al contrario: donde tú estás, allí también está él?

Yo os confieso, Señor, que, según lo que me acuerdo y varias veces he contado, mas me movió esta respuesta que Vos me disteis por boca de mi piadosa madre, que el sueño mismo que me refirió y con que tan anticipadamente anunciásteis la alegría y gozo que había de tener, aunque de allí á mucho tiempo, para darle desde entonces algun consuelo en la aflicción y solicitud que tenía por mí. Pues ella bien lejos de turbarse con la falsedad de mi interpretación, aunque verosímil y aparente, se impuso al instante en la verdad, y vió prontamente cuanto había que ver acerca del suceso, y lo que yo verdaderamente no había advertido antes que ella lo dijera.

Aun después de todo esto estuve yo casi por espacio de nueve años revolcándome en lo profundo del cieno, y rodeado de tinieblas del error y falsedad. Y aunque muchas veces procuré levantarme y salir de aquel abismo profundo; con el hincapié y conatos que hacia, me hundía mas adentro; y entre tanto

aquella viuda casta, piadosa, templada, y tal cuales son las que Vos amais, ya mas alegre con la esperanza que le habíais dado, pero no por eso menos solícita en llorar y gemir, no cesaba de importunaros á todas horas con sus oraciones y lágrimas por mi conversión; y aunque eran bien admitidos en vuestra divina presencia sus fervorosos y continuos ruegos, no obstante Vos dejábais que me envolviese y revolviese todavía mas en aquella espesa oscuridad de mis errores.

NOTAS.

¹ De aquí se infiere, que Agustín había vuelto de Cartago á Tagaste, donde vivía entonces, aunque de esto no habla expresamente. Todo el tiempo que pasó desde su vuelta de Cartago hasta que santa Mónica tuvo este sueño, como su madre no le permitía estar en su casa ni en su compañía; le llevó á su casa aquel rico ciudadano de Tagaste, Romano, y le estimó tanto y le dió tan grandes muestras de amistad, que servían y respetaban á Agustín como al mismo dueño de la casa.

² Estos nueve años que aquí y en otras partes dice san Agustín que estuvo en el error de los Maniqueos, deben contarse de modo que finalizasen cuando se disgustó tanto con las respuestas que le dió Fausto, que era el mas célebre de los Mani-

queos, lo cual fue en el año 383. Así se infiere que comenzó á seguirlos en el año 373 ó 374, á los 19 ó 20 años de su edad, y poco despues de haber leído el Hortensio de Ciceron. Así Tillemont, Hist. ecclesiast. tom. 13, pág. 23.

CAPÍTULO XII.

Lo que un santo obispo respondió á santa Mónica acerca de la conversion de su hijo.

24. Tambien en este tiempo intermedio le dísteis otra respuesta y misterioso aviso, semejante al pasado y para el mismo intento; de lo cual quiero hacer aquí conmemoracion, no obstante que omito otras muchas cosas, ya porque no puedo acordarme de todas ellas, ya por llegar mas presto á confesaros las que son mas urgentes y precisas. Por boca, pues, de un ministro vuestro, que era sacerdote y obispo, educado y criado en vuestra Iglesia, y muy práctico y versado en vuestras santas Escrituras, le dísteis otra respuesta y aviso misterioso. Porque habiéndole mi madre suplicado que tuviese á bien el hablarme é impugnar mis errores hasta desengañarme de mis falsos dogmas y perversa doctrina, y en-

señarme la buena y verdadera (súplica que hacia tambien á todos los hombres sábios que encontraba, y le parecian á propósito para este efecto), lo rehusó aquel obispo; en lo que se portó prudentemente, respondiendo á mi madre, segun supe despues, que estaba yo todavía incapaz de admitir otra doctrina, porque estaba muy embelesado en la novedad de aquella herejía maniquea, y envanecido de haber dado en que entender á muchos ignorantes con varias cuestiones y sofismas que les proponia, como ella misma le habia contado. Pero tambien le dijo: *Dejadle por ahora en su error, y no hagais mas diligencia que rogar á Dios por él; que él mismo continuando en estudiar y leer, llegará á conocer cuán enorme es el error é impiedad de la secta maniquea.* Tambien le refirió el mismo, como siendo él niño le habian entregado á los Maniqueos por voluntad de su madre, á quien antes habian engañado; y que no solamente habia él leído casi todos sus libros, sino que tambien los habia copiado de su puño, y que él por sí mismo, y sin que ninguno le arguyese ni impugnase, habia conocido cuán abominable y digna de dejarse era aquella secta,

y como tal la habia abandonado. Pero habiendo acabado de decirle todo esto, como mi madre no se aquietase, sino que antes bien le instase mas y mas, importunándole con ruegos y lágrimas para que se viese y disputase conmigo; él entonces como cansado ya de su importunacion, le dijo: *Déjame, mujer, así Dios te dé vida; que es imposible que un hijo de tales lágrimas perezca.* Palabras que mi madre recibió como si hubieran sonado desde el cielo, segun ella me lo repitió muchas veces en nuestras familiares conversaciones.

LIBRO IV.

Recorre los nueve años de su vida, en que desde el año 19 hasta el 28 enseñó retórica, y tuvo una manceba, y se dedicó á la astrologia genética. Despues se duele del excesivo é inmoderado dolor que tuvo por la muerte de un amigo, y el mal uso que hacia de su excelente ingenio.

CAPÍTULO I.

Del tiempo que empleó en engañar y pervertir á otros, y de los medios que usaba para ello.

1. Durante aquel mismo espacio de los nueve años que he dicho, contados desde los diez y nueve de mi edad hasta los veinte y ocho, viví engañado y engañando á otros; y entre la variedad de mis deseos y apetitos, tan pronto era engañado como engañador, ya públicamente, enseñando las artes que lla-

y como tal la habia abandonado. Pero habiendo acabado de decirle todo esto, como mi madre no se aquietase, sino que antes bien le instase mas y mas, importunándole con ruegos y lágrimas para que se viese y disputase conmigo; él entonces como cansado ya de su importunacion, le dijo: *Déjame, mujer, así Dios te dé vida; que es imposible que un hijo de tales lágrimas perezca.* Palabras que mi madre recibió como si hubieran sonado desde el cielo, segun ella me lo repitió muchas veces en nuestras familiares conversaciones.

LIBRO IV.

Recorre los nueve años de su vida, en que desde el año 19 hasta el 28 enseñó retórica, y tuvo una manceba, y se dedicó á la astrologia genética. Despues se duele del excesivo é inmoderado dolor que tuvo por la muerte de un amigo, y el mal uso que hacia de su excelente ingenio.

CAPÍTULO I.

Del tiempo que empleó en engañar y pervertir á otros, y de los medios que usaba para ello.

1. Durante aquel mismo espacio de los nueve años que he dicho, contados desde los diez y nueve de mi edad hasta los veinte y ocho, viví engañado y engañando á otros; y entre la variedad de mis deseos y apetitos, tan pronto era engañado como engañador, ya públicamente, enseñando las artes que lla-

man liberales; ya ocultamente bajo del pretexto y falso nombre de religion, siendo allí soberbio, aquí supersticioso, y en todas partes vano. Por una parte seguia continuamente el humo y aire de la gloria popular, queriendo llevarme siempre los aplausos del teatro, y ser preferido à todos los demás competidores en hacer versos, y llevarme las despreciables coronas con que eran premiados los que salian vencedores en las contiendas de ingenio, y finalmente sobresalir en las locuras de los espectáculos y en la destemplanza de los apetitos; y por otra parte deseando purificarme de todas estas manchas, llevaba que comer à los que entre los Maniqueos se llamaban *escogidos* y santos, para que en la oficina de su estómago me fabricasen ángeles y dioses que me librasen de todos mis pecados. Estos delirios seguia y practicaba entonces en compañía de mis amigos, engañados por mí, que estaba tan engañado como ellos.

Búrlense en hora buena de mí aquellos hombres soberbios y arrogantes, que no han sido hasta ahora saludablemente postrados y abatidos por vuestra mano poderosa, Dios y Señor mio; que yo por eso no tengo de omitir

la confesion de mis infamias, para gloria y alabanza vuestra. Permitidme, os ruego, y concededme que vaya recorriendo mi memoria con exactitud los pasados rodeos y extravíos de mis errados procederes, y que de todos ellos os haga un sacrificio con que mi alma quede llena de júbilo y alegría. Porque à la verdad, si Vos no me guiais y vais conmigo, ¿qué seré para mí quedando solo, sino una guia ciega que me vaya llevando al precipicio? Y por el contrario, cuando hago algo de bueno, ¿qué hago yo sino recibirlo de Vos, ó qué soy sino un niño que recibe el néctar de vuestros pechos, ó cuando mas, un hombre que se sustenta de Vos mismo, que sois manjar incorruptible? Y ¿qué es cualquier hombre, sea el que fuere, si al fin no es mas que un hombre? Pues búrlense de mí en hora buena esos espíritus fuertes y poderosos; mientras que yo flaco y pobre confieso vuestro nombre y os alabo.

CAPÍTULO II.

De como enseñaba retórica : de la fidelidad que guardaba á una mala amistad que tenia ; y como despreció los pronósticos de un agorero.

2. Enseñaba yo en aquel tiempo la retórica, y vendía aquel arte de elocuencia que sabe vencer y dominar los corazones, siendo al enseñarla vencido y dominado yo de la codicia. Pero bien sabeis, Señor, que lo que mas deseaba era tener buenos discípulos, en el sentido en que comunmente se llaman buenos¹, á los que sin engaño alguno les enseñaba el arte de practicar engaños ; no para que jamás usasen de ellos contra la vida de algun inocente, sino para defender alguna vez al culpado. Y Vos, Dios mio, visteis desde léjos esta fidelidad que iba á perderse por un camino tan resbaladizo, y centellear entre mucho humo aquella buena fe mia con que enseñaba á los que, como yo, *amaban la vanidad y buscaban la mentira.*

En aquel mismo tiempo tenia yo una mujer, no que fuese mia por legítimo matrimo-

nio, sino buscada por el vago ardor juvenil escaso de prudencia ; pero era una sola, y le guardaba tambien fidelidad : queriendo saber por experiencia propia la diferencia que hay entre el amor conyugal pactado mutuamente con el fin de la procreacion, y el pacto de amor lascivo, en el cual suele tambien nacer algun hijo contra la voluntad de los amantes, aunque despues de nacido los obliga á que le tengan amor.

3. Tambien hago memoria de que habiendo yo voluntariamente entrado en una oposicion pública de poesia dramática, me envió á decir no sé qué agorero, cuánto le habia de dar, porque él me asegurase la victoria ; y yo detestando y abominando aquellos feos sacrificios, le respondí que aunque aquella corona de frágil *yerba* que se habia de dar al vencedor, fuera de oro é inmortal, no permitiria que para que yo la lograra, se matase siquiera una mosca. Porque en sus sacrificios y conjuros habia él de quitar la vida á algunos animales, y con aquellos honores que hacia á los demonios, le parecia que los convidaba y movia á que me favoreciesen. Pero bien conozco, ó Dios de mi alma y de

mi corazón, que el haber yo desechado y abominado aquella maldad, no fue por amor vuestro, porque aun no sabia amaros, pues ni acertaba á imagináros sino como una luz y resplandor corporal. Y una alma que suspira por semejantes ficciones, ¿no es cierto que anda muy distraída de Vos, poniendo su confianza en falsedades, y apacentándose de los vientos? Es verdad que no quisiera yo que por mí se hiciera sacrificio á los demonios, siendo así que yo mismo con aquella superstición me sacrificaba á ellos; porque ¿qué otra cosa es apacentarse de los vientos, sino dar de comer á los demonios, esto es, servirles de deleite y diversion con nuestros errores?

NOTA.

Los sacó muy aventajados, insignes y famosos, como fueron Licencio y su hermano, hijos de Romaniano su protector y amigo; Eulogio que le sucedió en la cátedra de retórica, san Alipio, etc.

CAPÍTULO III.

Como dejó el estudio de la astrología á que se habia dedicado, por consejo de un anciano bien instruido en medicina y física.

4. Por eso no cesaba de consultar á aquellos otros impostores que llamaban matemáticos¹, porque estos no usaban de sacrificio alguno, ni oraciones y conjuros dirigidos á los demonios para adivinar; no obstante que sus predicciones tambien las reprueba y condena la cristiana y verdadera piedad. *Lo bueno y justo es confesarse á Vos, Señor, y decirnos: Tened misericordia de mí, y sanad mi alma, pues ha pecado contra Vos; y no abusar de vuestro perdón para volver á pecar, sino tener muy presente aquella sentencia del Salvador: Mira, hombre, que ya estás sano; no quieras pecar mas, no sea que te suceda algo peor.* Esta saludable doctrina intentan de todo punto destruirla dichos astrólogos cuando dicen: «Del influjo de los cielos nace á los hombres la causa inevitable de pecar: el planeta Vénus, ó Saturno ó Marte hicieron

«esto ó aquello.» Y esto lo dicen, para que el hombre que es carne y sangre, y corrupcion soberbia, quede disculpado, y se atribuya el pecado al Criador y Gobernador del cielo y de los astros. Y ¿quién es este sino Vos, Dios nuestro, que sois dulzura y suavidad inefable, origen y fuente de toda la justicia, *que dais á cada uno segun sus obras, y no despreciáis un corazon contrito y humillado?*

5. En aquel tiempo habia un hombre muy hábil, muy sábio y excelente en el arte de medicina ^a, el cual en nombre del cónsul á quien pertenecia la accion, habia puesto con su mano propia la corona, que yo habia ganado en el certámen de poesia, sobre mi cabeza mal sana; aunque esto no lo hizo en cuanto médico, porque de aquella mi dolencia solo Vos sois el médico, que sois quien *resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes.* Pero ¿acaso dejásteis de servirlos tambien de aquel anciano para mi provecho y para el remedio y medicina de mi alma?

Pues como yo me habia hecho muy familiar suyo, y asistia continua y atentamente á sus razonamientos (que sin adorno y hermosura de palabras eran gustosos y graves por

lo agudo de sus sentencias), luego que conoció por mis conversaciones que yo estaba muy dedicado á los libros astrológicos, me amonestó benigna y paternalmente que los arrojase de mí, y no gastase mi cuidado y estudio en aquella locura y vanidad, pudiendo emplearle en cosas útiles. Tambien dijo, que él habia aprendido de tal suerte aquel arte, que en los primeros años de su edad quiso seguir aquella profesion para ganar de comer; esperando que, pues habia entendido á Hipócrates, tambien podria entender aquellas doctrinas; pero que no por otro motivo las habia dejado y seguido la medicina, sino porque habia llegado á conocer que eran falsísimas; y siendo un hombre de juicio, no queria ganar la comida engañando á los hombres. «Pero tú, dijo él, tienes la cátedra de «retórica con que sustentarte y vivir en el «mundo; y sigues esta falsedad engañosa, «no por necesidad, sino voluntariamente y «por tu gusto; por lo que tanto mas debes «creerme lo que te digo de aquel arte, pues «trabajé por saberlo tan perfectamente, que «pensaba mantenerme de aquella profesion «sola.» Y habiéndole preguntado, cuál era la

causa de que por medio de aquella doctrina se pronosticasen muchas cosas que salian ciertas; me respondió lo mejor que pudo, que la fuerza de la suerte esparcida por todas las cosas naturales era la que causaba esos aciertos. Porque, decia él, si muchas veces queriendo alguno saber algo por suerte, y valiéndose para esto de los versos de cualquier poeta (en los que su autor dijo é intentó otra cosa muy distinta) suele suceder que el verso se acomoda y ajusta maravillosamente al asunto y negocio que se buscaba; no será mucho que del alma humana movida de superior instinto, y sin advertir esa mocion que se hace en ella, salga alguna respuesta por suerte y casualidad, no por arte ni regla, que se acomode y adapte á los hechos y asuntos de quien hace la pregunta.

6. Y esto, Señor, me lo procurásteis enseñar por medio de aquel sabio médico, que estaba ya desengañado de aquellas falsedades, y dejásteis con esto delineado en mi memoria lo que yo por mí mismo habia de buscar é investigar en adelante. Pero entonces ni el anciano médico ni mi amadísimo Nebridio, mancebo de gran bondad y gran jui-

cio, que se burlaba de todo aquel arte de adivinar, pudieron persuadirme que dejase el estudio de aquellas doctrinas; porque me movia todavía mas que ellos la autoridad de los autores de aquellos libros, y porque aun no habia hallado un documento seguro y convincente, como le buscaba, que me pudiese en evidencia que las cosas que me sucedian conforme las predijeron los astrólogos cuando se les consultaba, salian verdaderas por la suerte y el acaso, y no por el arte de la observacion de los astros.

NOTAS.

¹ En tiempo del Santo se daba el nombre de matemáticos principalmente á los astrólogos *judicarios*, que tambien llamaban *planstarios*, porque hacian sus predicciones observando los planetas, y *genelliacos*, porque pronosticaban la vida, costumbres y sucesos del infante, observando la situacion que tenian los astros en el instante del nacimiento. Contra los cuales habla el Santo mas abajo en el libro VII, cap. VI; en el libro 3 de la Ciudad de Dios, y en otras partes, impugnándolos con solidez y eficacia. Tambien los condena el Derecho canónico, cap. 2 de Sortilegio; el concilio Tridentino, Índice lib. prohib. reg. 9, y Sixto IV, en bula particular contra astrólogos, y tambien el Derecho civil, leg. 9, cón-

ce 1, 18. Pero en nuestros dias no se toma el nombre de matemáticos en ese sentido, generalmente hablando; sino que significa los que estudian y profesan la aritmética, geometría, astrología lícita, y otras artes que se llaman matemáticas.

² Este era Vindiciano, de quien vuelve á hablar despues en el libro VII, cap. VI.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPÍTULO IV.

Refere la enfermedad y bautismo de un amigo suyo á quien él habia pervertido, cuya muerte sintió y lloró amargamente.

7. En aquellos años, y al mismo tiempo que habia comenzado á enseñar en la ciudad en que naci, habia adquirido un amigo, que porque estudiamos juntos, por ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozania de la juventud, llegó á serme muy amado. Desde niños habíamos crecido juntos, habíamos ido juntos á la escuela, y juntos habíamos jugado. Pero entonces aun no era tan estrecha nuestra amistad; aunque ni tampoco despues cuando digo que le amé tanto, era nuestra amistad tan verdadera como debe ser; porque solo es verdadera amistad la que Vos for-

mais entre los que están unidos á Vos por la caridad *que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo, que nos fue enviado y dado.*

Pero no obstante era para mí aquella amistad dulcísima, y sazónada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios. Porque tambien le habia yo desviado, aunque no entera y radicalmente, de la verdadera fe que siendo jóven seguia; y le habia inclinado á aquellas falsedades supersticiosas y perjudiciales, que hicieron á mi madre llorar tanto por mí. De modo, que aun en el error que seguíamos interiormente, éramos iguales, y no podia mi alma hacer nada sin él. Pero hé aquí que Vos yendo á los alcances á vuestros siervos fugitivós, como *Dios de las venganzas*, y al mismo tiempo fuente inagotable de las misericordias, convirtiéndonos á Vos por caminos y modos admirables, sacásteis de esta vida á aquel mancebo, cuando apenas se habia cumplido un año de nuestra amistad, que me era mas deliciosa que todas las delicias que en aquel tiempo gozaba.

8. ¿Quién hay que sea él solo suficiente á contar los motivos que tiene para alabaros,

por lo que ha experimentado solamente en sí mismo? ¿Qué es lo que entonces ejecutásteis, Dios mio? ¡Oh cuán insondable es la profundidad de vuestros juicios! Porque estando aquel amigo mio enfermo de calenturas, le dió una vez un síncope, que le duró mucho tiempo, juntamente con un sudor mortal; y viéndosele ya sin esperanzas de vida, se le dió el Bautismo, sin que él lo supiese, ni pudiese conocerlo, lo cual me dió poco cuidado, persuadiéndome que su alma conservaria mejor lo que yo le habia enseñado, que lo que se ejecutaba en su cuerpo, sin saberlo él ni advertirlo. Pero muy al contrario sucedia; porque él volvía en sí y con salud en el alma*.

Luego al punto que pude hablarle (y pude luego que él pudo oírme, pues no me apartaba de su lado, y mutuamente pendíamos uno de otro), intenté burlarme del Bautismo que le habian dado, cuando se hallaba muy léjos de tener conocimiento ni sentido: creyendo yo que él tambien se burlaria con-

* No han entendido, ó no han explicado bien este pasaje nuestros traductores: como quiera debe suponerse que el jóven habria antes manifestado deseos de recibir el Bautismo.

migo de aquel hecho, como que ya sabia entonces que le habian bautizado. Mas luego que oyó mi burla, me mostró tanto horror como si fuera yo su mayor enemigo, y me amonestó con una admirable y repentina libertad, que si queria ser amigo suyo, no volviese á hablar de aquello por aquel estilo. Yo entonces espantado todo y turbado, reprimí lo que se me ofrecia responderle, dejándolo para cuando hubiese convalecido, y estuviese capaz con las fuerzas de su cabal salud, para poderle yo decir entonces todo cuanto quisiese. Pero pocos dias despues, estando yo ausente, le acometieron otra vez las calenturas, y se murió: mejor dicho, fue como arrebatado de entre las manos de mi locura, para estar bien guardado junto á Vos para mi consuelo.

9. Sentí tanto su pérdida, que se llenó mi corazon de tinieblas, y en todo cuanto miraba, no veia otra cosa sino la muerte. Mi patria me servia de suplicio, y la casa de mis padres me parecia la morada mas infeliz é insufrible; todo cuanto habia tratado y comunicado con él, se me volvía en cruelísimo tormento, viéndome sin mi amigo. Por todas

partes le buscaban mis ojos, y en ninguna le veían: aborrecía todas las cosas, porque en ninguna de ellas le encontraba, ni podían ya decirme, como antes cuando vivía, y estaba fuera de casa ó ausente, espera, que ya vendrá. Estaba yo trocado en un confuso enigma sin entenderme á mí mismo, y preguntaba á mi alma: *Por qué estaba tan triste, y por qué me afligía tanto*; y no tenía qué responderme. Y si le decía: *Espera en Dios*, con razon me desobedecía; porque mas verdadero ser tenía, y mucho mejor era aquel amadísimo hombre que habia perdido, que aquel fantasma que yo entonces creía Dios, y en quien le mandaba que esperase. Solo el llanto me era mas dulce y gustoso, y el sucesor de mi amigo en causar las delicias de mi alma.

CAPÍTULO V.

Por qué los afligidos é infelices tienen gusto en llorar.

10. Mas ahora, Señor, ya que pasaron todas aquellas cosas, y con el tiempo se me ha mitigado el dolor de aquella herida, ¿po-

dré escuchar de Vos que sois la verdad eterna, y aplicar los oídos de mi alma á vuestra boca, para que me digais, por qué el llanto es gustoso á los desventurados y alligidos?

¿Por ventura, Señor, no obstante que estais presente en todas partes, será posible que estén muy léjos de Vos nuestras necesidades y miserias? Vos, Señor, inalterablemente permanecéis en Vos mismo; pero nosotros nos mudamos continuamente, experimentando siempre diversos acaecimientos y novedades; y no nos quedara siquiera el consuelo de la esperanza, si no llegaran á vuestros oídos nuestras lágrimas.

Pues ¿en qué consiste que el gemir, el llorar, el suspirar, el quejarse, se tiene como un fruto suave y dulce que se coge de la amargura de esta vida? ¿Acaso lo que hay dulce y gustoso en el llanto es la esperanza que tenemos de que Vos oigais nuestros suspiros y lágrimas? Pero esto era bueno para que lo dijéramos de los ruegos y súplicas que os hacemos, porque siempre van acompañadas del deseo de llegar á conseguir algo. Mas en el dolor y sentimiento de una cosa ya perdida, y en el triste llanto de que entonces es-

taba yo cubierto, ¿podrémos por ventura decir lo mismo? Porque yo no esperaba que mi amigo resucitase, ni con mis lágrimas pretendia tal cosa; sino solamente era mi fin sentir su muerte y llorarla, porque me hallaba infeliz y miserable, y habia perdido lo que causaba toda mi alegría. ¿Ó es acaso que siendo amargo el llorar, nos causa deleite cuando llegamos á tener disgusto y aborrecimiento de las cosas que gozábamos antes con placer y alegría?

CAPÍTULO VI.

De lo mucho que sintió la muerte de su amigo.

11. Mas ¿para qué hablo de esto? pues no es ahora ocasion de haceros preguntas, sino de confesaros mis miserias. Yo era miserable como lo es cualquier alma aprisionada con el amor de las cosas perecederas, que cuando las pierde, la despedaza el sentimiento, y entonces es cuando conoce toda su miseria aun antes de perderlas.

Así me hallaba yo en aquel tiempo, y lloraba amarguísimamente y descansaba en mi

amargura. Tal como esta era mi miseria, y mas que á aquel amigo mio amaba yo la vida miserable que tenia, pues aunque quisiera trocarla, con todo eso no quisiera perderla antes que perderle á él; ni sé si quisiera perderla por él, como se refiere de Orestes y Píladés (si es que no sea fingido), que querian morir el uno por el otro, ó entrambos al mismo tiempo, porque tenian por mayor daño vivir el uno sin el otro. Pero no sé qué afecto muy contrario á este habia nacido en mí, pues tenia grandísimo tédio de la vida y miedo de la muerte. Yo creo que quanto mayor era el amor que le tenia, tanto mas aborrecia y temia á la muerte, como á enemiga cruelísima que me le habia quitado, y juzgaba que ella habia de acabar de repente con todos los hombres, una vez que habia podido acabar con aquel.

Así cabalmente me hallaba yo, que bien presente lo tengo. Ved aquí mi corazón, Dios mio: hé aquí todo mi interior, ved que no lo tengo olvidado, esperanza mia, que me limpiais de la inmundicia de semejantes afectos, atrayendo á Vos los ojos de mi alma, y librando mis piés de los lazos que me tenian en-

*redado. Me admiraba de que los demás mortales viviesen ; pues habia muerto aquel á quien yo amaba si no hubiera de morir ; y mas me maravillaba de que habiendo muerto él, viviera yo que era otro él. Bien dijo Horacio hablando de un amigo suyo, que era la mitad de su alma ; porque yo creí que la mia y la suya habian sido una sola alma en dos cuerpos. Y por eso me causaba horror la vida, porque no queria vivir á medias y como dividido * ; y por eso quizás temeria el morirme, porque no muriese de todo punto aquel á quien habia amado tanto.*

CAPÍTULO VII.

Como se salió de su patria por no poder aguantar este dolor.

12. ¡Oh qué locura no saber amar á los hombres humanamente! ¡Oh qué necio hombre era yo, pues las cosas humanas las padecia sin moderacion! Y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba turbado, incapaz

* Vid. lib. 2 Retract., cap. 6.

de descanso ni consejo. Traia mi alma como despedazada, ensangrentada, impaciente de estar conmigo, y no hallaba donde ponerla. No hallaba descanso alguno ni en los bosques amenos, ni en los juegos y músicas, ni en los jardines olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho, y finalmente ni le hallaba en los libros ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz ; y todo cuanto no era mi amigo, me era insufrible y odioso, menos el gemir y llorar, pues solamente en esto tenia algun corto descanso. Pero luego que se le quitaba ó estorbaba á mi alma este triste alivio, me abrumaba la pesada carga de mi miseria.

Bien sabia yo que debía levantar mi alma hácia Vos, Señor, para que me la curáseis ; pero ni queria, ni podia, y tanto mas incapaz me hallaba para esto, cuanto lo que yo pensaba de Vos era menos sólido y estable. Porque lo que yo imaginaba no érais Vos : era un vano fantasma lo que en mi error tenia por mi dios. Y si me esforzaba por poner mi alma en aquello que yo imaginaba ser mi dios para que allí descansase ; se resbalaba por no hallar solidez, y volvía á caerse sobre

mí, quedando yo hecho una infeliz morada de mí mismo, donde ni pudiese estar ni la pudiese dejar. Porque ¿á dónde podría huir mi corazón que se alejara de sí mismo? ¿á dónde huiría de mí? ¿dónde dejaría de ir tras de mí? No obstante me salí de mi patria; y desde Tagaste me fui á Cartago, porque allí buscaban menos mis ojos á mi amigo, donde no tenía costumbre de verle.

CAPÍTULO VIII.

Como el tiempo y el trato con los amigos le fueron curando su sentimiento.

13. No se van los tiempos en balde, ni pasan ociosamente por nuestros sentidos, antes bien producen en nuestras almas efectos admirables. Venía y pasaba el tiempo un día detrás de otro, y viniendo y pasando días, iba yo adquiriendo nuevas especies y diferentes memorias; así poco á poco volvía á aficionarme á los antiguos placeres, á los que iba cediendo aquel dolor y sentimiento mio: no le sustituían otros nuevos dolores, sino causas y principios de otros dolores nuevos.

Porque ¿de dónde provino que con tanta facilidad y tan intimamente penetrase aquel dolor mi corazón, sino porque yo había deramado mi alma inútilmente en la arena, amando á aquel hombre, que había de morir, como si fuera inmortal?

Lo que principalmente contribuyó á mi alivio y restablecimiento, fue el trato y los consuelos de los amigos, que amaban lo que yo amaba en lugar de Vos; y esto era una gran fábula y un tejido de mentiras, con cuyo uso continuado se corrompia nuestra alma complaciéndose en oirlas. Pero aquella fábula no moría para mí, no obstante que muriese alguno de mis amigos.

Otras cosas había que me estrechaban mas fuertemente á ellos, como el conversar y reirnos juntos, servirnos unos á otros con buena voluntad, juntarnos á leer libros divertidos, chancearnos y entretenernos juntos, discordar alguna vez en los juicios, pero sin oposición de la voluntad, y como lo suele, uno ejecutar consigo mismo; y con aquella diferencia de dictámenes (que rarísima vez sucedía) hacer mas gustosa la conformidad que teníamos en todo lo demás; enseñarnos mú-

tuamente alguna cosa, ó aprenderla unos de otros, tener sentimiento de la ausencia de los amigos, y alegría en su llegada. Con estas señales y otras semejantes que, naciendo del corazón de los que se aman, se manifiestan por el semblante, por la lengua, por los ojos y por otros mil movimientos agradables que servian de fomento á nuestro amor, encendíamos nuestros ánimos, y de muchos hacíamos uno solo.

CAPÍTULO IX.

De la amistad humana, y que es dichoso el que en Dios y por Dios ama á sus amigos.

14. Esto que acabo de decir es lo que se ama en los amigos, y de tal modo se ama, que se tendria por culpado el hombre que no amase al que le ama, ó no correspondiese con su amor al que le amó primero; sin desear ni pretender de su amigo otra cosa exterior, mas que estos indicios y muestras de benevolencia. De aquí nace aquel llanto y lamento cuando muere algun amigo; de aquí aquellos lutos que aumentan nuestro

dolor; de aquí el tener afligido el corazón convirtiéndose en amargura la dulzura que antes gozaba; y de aquí la muerte de los que viven, por la vida que han perdido los que mueren. Dichoso el que os ama á Vos, y á su amigo le ama en Vos, y á su enemigo por amor de Vos. Porque solo está libre de perder á ninguno de sus amados, quien los ama á todos en aquel que nunca puede perderse ni faltar. Y ¿quién es este sino nuestro Dios, y un Dios que hizo el cielo y la tierra, y que llena tierra y cielo, porque llenándolos los crió?

Á Vos, Señor, nadie os pierde sino el que os deja, y el que os deja, ¿á dónde va, ó á dónde huye, sino de Vos, amoroso y favorable, á Vos mismo enojado? porque ¿dónde no hallará vuestra ley para su castigo? pues vuestra ley es la verdad, y Vos sois la verdad misma.

CAPÍTULO X.

Como la bondad de todas las criaturas es muy limitada y transitoria, é incapaz de dar quietud y descanso á los deseos del alma.

15. *Dios de las virtudes, convertidnos á Vos, mostradnos vuestro rostro, y serémos salvos.* Porque á cualquier parte que se vuelva el corazón del hombre, ha de tener que padecer dolores, si no es que se vuelva hácia Vos; aunque se abraze con las criaturas mas hermosas que están fuera de Vos y fuera de él. Ellas no tuvieran ser alguno si no le hubieran recibido de Vos: ya nacen, ya mueren: nacen como que comienzan á ser; crecen para perfeccionarse, y despues de perfectas envejecen y acaban; pero no¹ todas las criaturas se envejecen, y todas se acaban. De modo que cuando nacen y caminan á ser, cuanto mas aceleradamente crecen para lograr el lleno de su ser, tanta mas priesa se dan para no ser. Este es el modo propio de su ser y naturaleza. Solamente les habeis dado que sean partes de unas cosas, que no existen to-

das á un tiempo y de una vez; sino que faltando unas y sucediendo otras, forman el universo y el todo, de quien ellas son partes. Así se forma tambien nuestra conversacion y plática cuando la tenemos boca á boca ó de palabra; porque el todo de nuestra conversacion nunca llegaria á tener su ser propio, si despues que una palabra se pronunció en cuanto á todas las silabas que la componen, no cesara y dejara de ser para que otra palabra le suceda.

Alábeos por estas cosas mi alma, Dios mio, Criador de todas ellas; pero no sea de modo que por los sentidos del cuerpo se quede con apego y algun amor á ellas. Porque van estas cosas caminando sin parar hácia el no ser, y despedazan al alma con pestilentes deseos de existir siempre, y descansar en las mismas cosas que ama. Pero en estas cosas transeuntes y sucesivas no tiene el alma *en donde* parar y descansar, porque ellas como no paran, huyen; y ¿quién es capaz de seguir las con los sentidos corporales, ni de retenerlas aun cuando están mas presentes?

Los sentidos del cuerpo son tardos y perezosos como les corresponde ser á unos senti-

dos corpóreos, y eso es modo y propiedad de su naturaleza. Son suficientes, hábiles y proporcionados para lo que fueron criados; pero no son suficientes para detener las cosas transitorias que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin que les está señalado. Porque en vuestra eterna palabra por quien fueron criados, están oyendo que se les manda y dice: *Desde aquí comenzaréis, y llegaréis hasta allí.*

NOTA.

¹ En las ediciones anteriores á la del P. J. M. se lee de otro modo este pasaje, pues dice: *Etenim omnia senescunt, et omnia intereunt*; pero en la citada edicion, que es conforme á los mss., se añade la negacion: *Et non omnia senescunt, et omnia intereunt*. Seguimos esta leccion, ya por ser mas conforme á los mss., ya porque nos parece mas absoluta y universalmente verdadera. La cual sentencia puede entenderse de dos modos: el uno es aplicando la negacion á la primera parte de la sentencia, y no á la segunda, haciendo entonces este sentido: *No todas las cosas se envejecen* (porque muchas acaban antes de envejecerse), *pero todas acaban*. El otro es aplicando la negacion á toda la sentencia, y entendiéndola de las criaturas espirituales, v. g. de los Ángeles y del alma racional, que

no se envejecen ni acaban; y tambien de los cielos aunque materiales y corpóreos.

CAPÍTULO XI.

Que todas las cosas criadas son mudables, y solo Dios es inmutable.

16. No quieras, alma mia, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecen los oidos de tu corazon. Oye tú tambien al mismo Verbo eterno, que clama y te da voces para que vuelvas á él, donde está el *lugar* de tu quietud inalterable, en que nunca el amor se verá dejado ni despedido, si él mismo no deja ó se despide primero. Atiende á la mudanza de todas las criaturas, que unas dejan de ser para que en su lugar sucedan otras, y así conste de todas sus partes sucesivamente este inferior universo. ¿Por ventura, dice el Verbo divino, yo me ausento ó me mudo á alguna otra parte? Pues fija allí, alma mia, tu mansion, y entrega allí cuanto tienes (pues de allí lo tienes), siquiera despues de verte fatigada con tan repetidos engaños. Vuelve á dar á la

dos corpóreos, y eso es modo y propiedad de su naturaleza. Son suficientes, hábiles y proporcionados para lo que fueron criados; pero no son suficientes para detener las cosas transitorias que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin que les está señalado. Porque en vuestra eterna palabra por quien fueron criados, están oyendo que se les manda y dice: *Desde aquí comenzaréis, y llegaréis hasta allí.*

NOTA.

¹ En las ediciones anteriores á la del P. J. M. se lee de otro modo este pasaje, pues dice: *Etenim omnia senescunt, et omnia intereunt*; pero en la citada edicion, que es conforme á los mss., se añade la negacion: *Et non omnia senescunt, et omnia intereunt*. Seguimos esta leccion, ya por ser mas conforme á los mss., ya porque nos parece mas absoluta y universalmente verdadera. La cual sentencia puede entenderse de dos modos: el uno es aplicando la negacion á la primera parte de la sentencia, y no á la segunda, haciendo entonces este sentido: *No todas las cosas se envejecen* (porque muchas acaban antes de envejecerse), *pero todas acaban*. El otro es aplicando la negacion á toda la sentencia, y entendiéndola de las criaturas espirituales, v. g. de los Ángeles y del alma racional, que

no se envejecen ni acaban; y tambien de los cielos aunque materiales y corpóreos.

CAPÍTULO XI.

Que todas las cosas criadas son mudables, y solo Dios es inmutable.

16. No quieras, alma mia, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecen los oidos de tu corazon. Oye tú tambien al mismo Verbo eterno, que clama y te da voces para que vuelvas á él, donde está el *lugar* de tu quietud inalterable, en que nunca el amor se verá dejado ni despedido, si él mismo no deja ó se despide primero. Atiende á la mudanza de todas las criaturas, que unas dejan de ser para que en su lugar sucedan otras, y así conste de todas sus partes sucesivamente este inferior universo. ¿Por ventura, dice el Verbo divino, yo me ausento ó me mudo á alguna otra parte? Pues fija allí, alma mia, tu mansion, y entrega allí cuanto tienes (pues de allí lo tienes), siquiera despues de verte fatigada con tan repetidos engaños. Vuelve á dar á la

Verdad todo cuanto posees, pues de ella lo has recibido; y así lo tendrás mas asegurado sin pérdida alguna; antes cobrará nuevos verdores y florecerá lo que esté seco y marchito, se curarán todas tus enfermedades, y cuanto hayas perdido y disipado se reformará, se renovará y se volverá á unir estrechamente contigo; y en lugar de arrastrarte tras de sí todo lo caduco, y hacerte bajar hácia la nada, á donde ello camina; todo será estable, firme, y permanecerá contigo estando unida tú á Dios, que siempre permanece y eternamente es estable.

17. ¿Para qué, pervirtiendo el orden que debe haber entre el cuerpo y el espíritu, sigues tú á tu carne? Ella es la que convertida y reducida á buen orden te debe seguir á tí. Cuanto por medio de ella sientes y percibes, es una parte no mas, y estás aun ignorante del todo que se compone de estas partes; y no obstante eso te deleitan. Si tus sentidos corporales estuvieran dispuestos y proporcionados para sentir y percibir el todo; si para que se contentasen con parte del universo no tuvieran tan tasados los límites que justamente se les han señalado y puesto para tu

pena y castigo; tú misma quisieras que pasara lo que existe de presente, para recibir mayor complacencia con todas las cosas juntas. Porque con uno de los sentidos del cuerpo oyes lo que hablamos; y por cierto que no quieres tú que las sílabas se paren y detengan, sino que pasen y vuelen, para que llegando las otras que se siguen puedas oír las todas. Lo mismo sucede en todas aquellas cosas que son compuestas de partes que no existen todas á un tiempo, en las cuales mas deleitaria el todo, si fuera posible sentirle ó percibirle de una vez, que cada parte de por sí. Pero muchísimo mejor que estas cosas es el que las hizo todas, y este mismo es nuestro Dios, que no pasa ni se aparta, ni cosa alguna hay que le suceda.

CAPÍTULO XII.

Que no es malo el amar las criaturas, con tal que en ellas amemos á Dios.

18. Si te agradan los cuerpos, toma de ellos motivo para alabar á Dios, y haz que el amor que les tienes, vuelva y llegue hasta

su Criador; no sea que en las cosas que te agradan á tí le desagrades tú á él.

Si te agradan las *almas*, ámalas en Dios; porque aun ellas son *mudables*, y solo fijas en él tienen firmeza y *estabilidad*; y de otra suerte faltarian y perecerian. Ámalas, pues, en él, y lleva contigo *hacia él* cuantas pudieres, y diles: Amemos á este Señor, amemos á este, que hizo todas estas criaturas, y no está lejos de ellas. Porque no las hizo, y se fué; antes bien el mismo ser que les dió, le conservan estando ellas en él.

Vé ahí donde él está, en el alma á quien gusta la verdad. Está en lo íntimo del corazón; pero nuestro corazón se ha extraviado y alejado de él. *Pues volved á entrar en vuestro corazón, prevaricadores*, y uníos estrechamente á vuestro Criador. Permaneced en él, y seréis permanentes. Descansad en él, y gozaréis de un verdadero descanso.

¿Á dónde vais por esos *derrumbaderos* escabrosos? ¿á dónde vais á parar? El bien que buscáis y amais proviene de él; pero ¿qué bondad hay comparada con la suya? Este bien es suave y dulce; pero justamente se volverá amargo, porque injustamente se

aman dejando á Dios las criaturas que dimanan de él.

¿Para qué insistir todavía en andar por caminos difíciles y penosos? No está el descanso en donde le buscáis. Buscad lo que deseáis, pero sabed que no está donde le buscáis. Buscáis la vida bienaventurada en la region de la muerte, y no está allí; porque ¿cómo es posible que haya vida bienaventurada, donde siquiera no hay vida?

19. Bajó acá á nosotros el que es nuestra misma vida, y tomó sobre sí nuestra muerte, y la mató con la superabundancia de su vida que esencialmente le es propia. Á grandes voces clamó diciéndonos: que dejado este destierro nos volvamos á él, acompañándole hasta aquel inaccesible trono, desde donde vino á buscarnos, descendiendo primeramente al seno virginal de María Señora nuestra, donde se desposó con la naturaleza humana, para que nuestra carne mortal pudiese conseguir la inmortalidad; y de allí, *como espeso que sale de su tálamo, se esforzó alegremente con ánimo gigante para correr su camino*. No se retardó ni detuvo en su carrera; antes la corrió toda, clamando con sus pala-

bras, con sus obras, con su vida, con su muerte, con su bajada al infierno y con su ascension al cielo, que nos volvamos á él. Y se apartó de nuestra vista para que volvamos sobre nosotros, entremos en nuestro corazon, y le hallemos; pues aunque se fué, siempre está aquí con nosotros. No quiso estar largo tiempo con nosotros descubiertamente, pero no nos ha dejado. Volvióse á aquella parte de donde nunca se retiró: pues desde allí crió el mundo, que fue hecho por él, y en el mundo estaba, cuando vino al mundo á salvar á los pecadores; al cual bendice y confiesa mi alma, y él la sana de los pecados con que le ha ofendido.

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habeis de tener el corazon empedernido y pesado? ¿Es posible que aun despues de haber dejado la vida á vosotros, no querais ascender y vivir con quien es la vida vuestra? Pero ¿á dónde subís, cuando soberbios os levantais para poner vuestras bocas en el cielo? Bajad para que subais, y subid tanto que llegueis á Dios; porque verdaderamente caisteis, subiendo contra él.

Diles estas cosas, alma mia, para que llo-

ren en este valle de lágrimas, y de este modo los lleyes contigo á Dios: díselas movida de su divino Espiritu, ardiendo tú en el fuego de su amor y caridad.

CAPÍTULO XIII.

De dónde nace el amor.

20. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, y amaba estas hermosuras inferiores de acá abajo, y me iba á lo profundo, diciendo á mis amigos: «¿Amamos porventura algun objeto á no ser que sea hermoso? Pero ¿qué es ser hermoso? ¿y en qué consiste la hermosura? ¿qué es lo que nos atrae y aficiona á las cosas que amamos? Porque si no hubiera en ellas gracia y hermosura, de ninguna manera nos moverian á su amor.»

Yo advertia y veia en los mismos cuerpos, que alguno de ellos era como un todo perfecto, y por eso era hermoso, y que otro, por tanto era decente y agradable, porque se acomodaba á alguna otra cosa, á la cual era muy apto y conveniente; como una parte del

cuerpo es conveniente á su todo, y como el calzado al pié, y otras cosas á este modo. Esta consideracion que brotó en mi alma naciendo de lo íntimo de *mi* corazon, me obligó á escribir los libros de *lo Hermoso*, y de *lo Conveniente*, que me parece fueron dos ó tres. Vos, Dios mio, lo sabeis, que yo no me acuerdo: porque ni los tengo, ni sé cómo se me han perdido.

CAPÍTULO XIV.

Como dedicó los libros de lo Hermoso y de lo Conveniente á Hierio, orador romano, y del motivo por que amaba á dicho Hierio.

21. Pero ¿qué fue, ó mi Señor y mi Dios, qué fue lo que me movió á dedicar aquellos libros á Hierio, orador de la ciudad de Roma, á quien no conocia de vista; sino que le amaba por la fama de su doctrina, que era grande, y porque habia oido algunos dichos suyos que me habian agradado? Y me agradaba mucho mas, porque agradaba á otros muchos que le alababan sobremanera, admirándose de que un hombre sirio de nacion,

despues de haberse hecho docto en la elocuencia griega, hubiese salido tan admirable orador en la latina, además de su vastísima erudicion en todas las materias concernientes al estudio de la sabiduría.

Si es alabado algun hombre, se le ama aunque esté ausente. ¿Por ventura aquel amor, saliendo de la boca del que alaba, se introduce al corazon del que oye la alabanza? No por cierto; sino que de un amante se enciende otro. De aquí nace ser amado el que es alabado, cuando se cree que las alabanzas no nacen de un corazon falaz y doloso, esto es, cuando le alaba quien le ama.

22. Así amaba yo entonces á los hombres, gobernándome por el juicio de los otros hombres: no por el vuestro, Dios mio, en el cual nadie se engaña. Pero ¿por qué este amor no era como el que se tiene al que en el circo se distingue en manejar y correr caballos, ó al que en el anfiteatro sobresale en luchar con las fieras^A, siendo uno y otro famoso y celebrado por las aclamaciones del pueblo; sino que muy de otro modo, y mucho mas sería y gravemente era alabado por mí y amado aquel orador, y del mismo mo-

do que quisiera yo que me alabaran á mí? Pues es muy cierto que no quisiera yo ser alabado y amado, como lo son los cómicos, aunque yo mismo los alababa y amaba; antes por el contrario, mas quisiera ser eternamente ignorado y desconocido, que ser famoso y celebrado de aquel modo; y antes eligiera ser aborrecido de todos, que ser amado como ellos.

¿Dónde se distribuyen *estos pesos* que inclinan y llevan á tan varios y diferentes amores á una misma alma? ¿Qué viene á ser lo que yo amo en otro hombre, que por otra parte lo aborrezco en mí (que si no le aborreciera, no lo detestaria y desecharia de mí), no obstante que el otro es hombre como yo? Mengua seria el decir, que al modo que se ama un buen caballo, sin que el mismo que le ama quiera ser caballo, aunque pudiera, así se ame tambien al comediante, porque este es hombre, y de nuestra misma especie.

Pues ¿cómo amo en el hombre lo que aborrezco yo ser, siendo yo tambien hombre? Insondable, profundo es el mismo hombre, cuyos *cabellos teneis Vos, Señor, contados*; sin que uno tan solo se os escape: y si no es fá-

cil contar sus cabellos, mucho menos las afecciones y movimientos de su corazon.

23. Mas aquel orador era tal que yo le amaba, queriendo ser como él era; en lo que andaba perdido por mi soberbia, y me dejaba llevar del viento de la vanagloria; mientras que Vos ocultísimamente me gobernábais sin conocerlo yo.

¿Y de dónde sé y os confieso con tanta certidumbre que el amor que yo tenia á aquel hombre, mas se fundaba y nacia del amor que le tenian los que le elogiaban, que de las mismas prendas por que era celebrado? Porque si en lugar de elogiarle le hubieran vituperado aquellos mismos sujetos, y refirieran aquellas mismas cosas con menosprecio y vilipendio suyo, no me hubieran movido ni excitado á amarle; no obstante que las cosas que se contaban de él eran las mismas, y el sujeto tambien era el mismo, y solo hubiera sido diferente el afecto de los que las referian.

Mirad, Señor, en lo que viene á caer un alma vacilante que todavía no está firme en el sólido cimiento de la verdad. Segun sopla-
ren los aires de las lenguas, afectos y opi-

niones de los hombres, así ella es llevada y traída, arrojada y rechazada, oscureciéndose de tal suerte la luz, que no se ve la verdad; siendo así que la tenemos presente y delante de nosotros.

Para mí era una gran cosa que un hombre como aquel llegase á tener noticia de aquellos libros y de mis ocupaciones y estudios. Y si él los diera por buenos y los aprobara, me encendería mucho mas en su amor; como al contrario si los reprobara, sería una herida mortal para un corazón tan vano como el mio, y tan falto de aquella solidez que no se halla sino en Vos.

Entre tanto yo me deleitaba en repasar dentro de mi alma aquellos tratados de lo *Hermoso y Conveniente*, que le había dedicado y remitido, y teniéndolos muy presentes en mi memoria para contemplarlos, los admiraba á mis solas, sin que ninguno me acompañase á alabarlos.

NOTA.

De los tres mas comunes géneros de diversiones ó juegos públicos que tenían y usaban los ro-

manos, y que se comprenden en el nombre comun y general de espectáculos, hace aquí mención san Agustín. Primero habla de los que corrían caballos, que se hacía en el circo, y por eso tambien se llamaban circenses estos juegos; luego nombra á los que peleaban con diferentes fieras, lo cual era en el que llamaban anfiteatro; y finalmente á los histriones ó representantes, que hacían sus representaciones en el teatro. Todos estos sitios eran entre sí muy diversos, así como los fines á que servían, y los sujetos que en ellos se empleaban. Lo que hace mas al caso por ahora para mejor inteligencia del Santo es que todos ellos los ejecutaban personas viles é infames entre los romanos, porque los dos primeros los ejecutaban solamente los esclavos, los gladiadores y los reos condenados á muerte. El espectáculo del anfiteatro, ó lucha con las fieras (de lo que es un remedo la bárbara fiesta de toros, desterrada ya de todo el orbe cristiano y político, menos de España) se daba al pueblo romano, dice el P. J. M., para acostumbrar y familiarizar con la sangre los ojos de los espectadores, y hacerlos así crueles y feroces, inspirando en los jóvenes una grande emulacion y deseo de hacer otro tanto como aquellos; que eran aplaudidos y alabados cuando triunfaban de aquellas fieras. Dice que eran todos infames entre los romanos; porque los histriones ó representantes no lo eran entre los griegos; antes bien eran entre ellos muy distinguidos y honrados, porque representaban las acciones y hazañas (singidas ó verdaderas) de sus héroes y sus dioses; y como dice el mismo san Agustín, era sentencia de los

griegos: *Que si aquellos dioses debian ser adorados, aquellos hombres debian ser honrados: Si dii tales colendi sunt, profectò etiam tales homines honorandi sunt.* Lib. 2 de Civ. Dei, cap. 13.

CAPÍTULO XV.

Por estar oscurecido su entendimiento con las ideas ó imaginaciones corpóreas, no podia alcanzar á conocer las criaturas espirituales.

24. Mas como yo, ó Dios mio todopoderoso, único autor de todas las maravillas, como yo no veia aun en el arte de vuestra sabiduría el principio y fundamento de todo aquel grande asunto, iba corriendo mi ánimo las formas corpóreas, y definia lo *Hermoso*, distinguiéndolo de lo *Conveniente*, diciendo: Que aquello era lo que por sí mismo agradaba; y estotra era lo que solamente agradaba por el respecto que tenia á alguna otra cosa, lo cual confirmaba con varios ejemplos tomados de cosas corporales. Pasé de aquí á considerar la naturaleza de nuestra alma; pero la falsa opinion de que estaba preocupado acerca de las criaturas y cosas espiri-

tuales, no me dejaba conocer claramente la verdad. Veníase me á los ojos con bastante ímpetu la fuerza de la verdad; y yo apartaba mi vacilante pensamiento de todo lo incorpóreo, empleándole en considerar lineamientos, colores y cosas corpulentas y abultadas. Y no pudiendo hallar en mi alma semejantes cosas, me parecia que no me era posible ver y conocer á mi alma.

Y como yo amase en la virtud la paz, y aborreciese en el vicio la discordia, notaba en aquella una especie de *unidad*, y en estotra una cierta *division*. Y en aquella *unidad* me parecia que consistia el alma racional, y la naturaleza de la verdad y la del sumo bien. Y en esta *division* pensaba yo, desventurado de mí, que consistia no sé qué sustancia de vida irracional, y la naturaleza del sumo mal, que no solamente era sustancia, sino tambien verdadera vida, pero no criada por Vos, Dios mio, que habeis criado todas las cosas. Á la primera la llamaba *unidad*, como que era un solo espíritu sin distincion de sexo; y á la segunda la llamaba *cualidad*, porque la subdividia en ira y en intemperancia, atribuyendo á aquella los delitos y á estotra los vi-

cios, sin saber en esto lo que me hablaba. Porque ni sabia ni habia llegado á comprender, que el mal no es sustancia alguna, ni nuestra alma puede ser el bien sumo é incommutable.

25. Asi, pues, como es cierto que el cometerse unos delitos proviene de que el principio de los movimientos del alma está viciado, y prorumpen en sus acciones sin guardar orden ni moderacion; y que otros delitos provienen de la inmoderada inclinacion á los deleites sensuales; así tambien estando viciada la parte superior y racional del hombre, suceden los errores y falsas opiniones, que afean y manchan lo mejor y mas puro de su vida; y de este modo se hallaba entonces mi entendimiento, ignorando yo que mi alma tenia necesidad de ser ilustrada con otra luz superior, para ser participante de la verdad, y que ella por sí misma no era la naturaleza de la verdad. *Vos, Señor mio y mi Dios, sois esta luz que ilustrará mi entendimiento, y con vuestra luz se desharán sus tinieblas; pues nada tenemos sino lo que hemos recibido y participado de vuestra plenitud. Vos sois la verdadera luz que ilumina á todo*

hombre que viene á este mundo, porque ni en Vos puede haber la mas leve mutacion, ni la mas instantánea oscuridad.

26. Entre tanto yo me esforzaba por llegar á Vos; mas como *Vos resistis á los soberbios*, era repelido de Vos, para que solo percibiese las amarguras de lo que causaba mi muerte.

Porque á la verdad, ¿qué mayor soberbia que atreverme á decir con extremada locura, que yo era naturalmente lo mismo que Vos sois? Yo me conocia mudable; tanto, que deseando ser sábio, deseaba mudarme de malo en bueno; y no obstante, mas queria que á Vos os tuviesen por mudable, que el que á mi me juzgasen de otra naturaleza que la que Vos teneis.

Por eso era repelido de Vos, que resistiais al vano orgullo y engreimiento mio. Me ocupaba en imaginarlo todo con formas corpóreas; y no obstante ser yo de carne, reprendía y acusaba á la carne, y *mi espíritu que andaba vagueando, no acertaba á volverse á Vos*; antes iba extraviándome mas y mas hácia las cosas que ni tienen ser en Vos, ni en mí, ni en cuerpo alguno; y que bien léjos

de ser obras que producía vuestra verdad, eran fingidas por mi vana imaginación, á semejanza de las que veía en otros cuerpos.

Como ignorante y hablador que era, decía á vuestros pequeñuelos fieles y convecinos míos, de cuya virtud y fe estaba yo muy léjos: *¿en qué consiste que yerre una alma que ha criado Dios?* Y no quería que á esto se me replicase, diciendo: *Y Dios ¿cómo puede errar?* Mas quería confesar que vuestra sustancia inmutable erraba violentada, que el que la mía siendo mudable errase voluntariamente, confesando que erraba en pena y castigo suyo.

27. Tendría yo veinte y seis ó veinte y siete años de edad, cuando escribí aquellos libros, revolviendo en mi imaginación las ideas y fantasmas corporales, que no cesaban de hacer ruido á los oídos de mi corazón: los que yo procuraba aplicar, ó Verdad dulcísima, y tener atentos al sonido de vuestra interior melodía, meditando en lo *Hermoso* y en lo *Conveniente*; pero deseando permanecer en esta atención para oiros y alegrarme mucho por escuchar la voz del Esposo, no podía conseguirlo; porque las voces de mi

error me arrebataban hácia fuera, y con el peso de mi soberbia caía hácia lo mas bajo. Porque Vos, Señor, no dábais á mi oído gozo ni alegría, ni se alegraban mis huesos, porque no eran humillados.

CAPÍTULO XVI.

Como entendió por si mismo las categorías ó predicamentos de Aristóteles, y los libros de las artes liberales.

28. ¿Y de qué me servía, que teniendo veinte años no cabales, y viniendo á mis manos aquella obra de Aristóteles, intitulada: *Las diez categorías ó predicamentos* (obra que el maestro de retórica que yo tuve en Cartago, y otros tenidos por doctos, citaban y alegaban con un tono enfático y misterioso, haciéndome con esto suspirar por dicha obra, como por una cosa muy excelente y divina), la leí yo á mis solas, y la entendí perfectamente por mí mismo? Y habiendo conferenciado con otros, que apenas habían podido entender dichas categorías, como ellos confesaban, no obstante que se las habían ex-

plicado maestros muy eruditos, ya de palabra, ya por medio de muchas figuras y descripciones que para explicárselas hacian en la arena; nada me pudieron añadir de nuevo sobre lo que yo por mí mismo habia comprendido solamente con leerlas.

Y á la verdad, me parecieron bastante claras dichas categorías; que se reducen á tratar de las sustancias; como es el hombre, y de las cosas que en ellas se contienen, como la figura del hombre; qué cualidades tenga; cuánta sea su estatura, y cuántos piés tenga de alto; cuál sea su linaje, y de quién sea hermano; en qué lugar esté; cuándo nació; si está en pié ó sentado; si calzado ó armado; si hace algo ó si padece; y generalmente todo lo que se comprende en estos nueve géneros ó predicamentos, de lo que he puesto algunas cosas por modo de ejemplo; y tambien en el primer género de la sustancia, donde son innumerables las cosas que se contienen.

29. Pues ¿de qué me aprovechaba esto, cuando verdaderamente me dañaba? Porque juzgando yo que todo cuanto existe y tiene ser debia estar comprendido necesariamen-

te en aquellos diez predicamentos; tambien á Vos, Dios mio, que sois infinitamente simplicísimo é incommutable, os queria comprender en ellos, y procuraba entenderos de tal modo, como si fuérais Vos el sujeto en que se sustentaba vuestra grandeza y vuestra hermosura, y estas estuviesen en Vos como en sujeto, al modo que están en el cuerpo; siendo Vos mismo vuestra grandeza y vuestra hermosura; lo que no sucede en el cuerpo, que no es grande ni hermoso en cuanto es cuerpo, pues aunque fuera menos grande y menos hermoso, no por eso dejaria de ser cuerpo.

Así lo que yo imaginaba de Vos, todo era falsedad: ficciones eran de mi miseria, no verdades sólidas y correspondientes á vuestra suma felicidad. Se vió cumplido en mí lo que Vos habíais mandado, diciendo, *que la tierra produjese para mí cardos y espinas*: y que no pudiese llegar á recibir y tomar mi propio sustento, sino á costa de sudor y trabajo.

30. ¿Y de qué me servia tampoco, que leyese y entendiese por mí mismo, y sin necesitar de maestro que me los explicase, to-

dos los libros de las artes que llaman liberales cuantos pude haber á las manos, si me hallaba entonces delincuente esclavo de mis desordenados apetitos, y aunque me deleitaba en aquellos libros, ignoraba de dónde provenia todo lo que tenian de verdadero y cierto? Porque yo tenia las espaldas vueltas á la luz, y el rostro á las cosas donde la misma luz reverberaba; y así mi rostro que miraba los objetos iluminados, se quedaba sin ser iluminado él mismo.

Bien sabeis, Señor Dios mio, que sin dificultad y sin que hombre alguno me enseñase, entendí cuanto andaba escrito de retórica, de lógica, de geometría, de música y aritmética; porque la prontitud en el entender, y la agudeza en el discenir, es dádiva especial vuestra, aunque yo no os ofrecia por ello sacrificio de alabanzas. Y así no me servia de mi ingenio tanto para mi provecho, como para mi daño; pues queriendo tener á mi disposicion tan buena porcion de las riquezas de mi alma, y usar de ellas á mi arbitrio, *no referia ni ordenaba á Vos aquel talento y fortaleza mia: antes opartándome de Vos me fui, como el hijo pródigo, á una remota*

region á malgastar aquella hacienda mia en tan indignos empleos, como me han dictado mis pasiones y apetitos. Porque ¿de qué me servia una cosa tan buena, como los talentos que Vos me habíais dado, si yo no usaba bien de ella? Ni yo creia que aquellas artes y ciencias las aprendiesen otros con mucha dificultad, no obstante ser ingeniosos y aplicados, hasta que intenté explicárselas, y entonces conocí que el mas hábil y excelente en ellas, era el que menos tardaba en entenderme cuando se las explicaba.

31. Mas ¿de qué me servia todo esto, cuando yo juzgaba que Vos, Señor Dios mio y verdad eterna, érais un cuerpo luminoso é infinito, y que yo era un pedazo de aquel cuerpo? ¡Extraña perversidad! Pero así era yo. No me avergüenzo, Dios mio, de confesar las misericordias que habeis obrado en mí, y de alabaros por ellas; pues no me avergoncé entonces de publicar á los hombres mis blasfemias, y de ladrar contra Vos.

Pues ¿de qué me aprovechaba entonces un ingenio tan pronto para todas aquellas ciencias, y haber explicado tantos libros, y

tan enredosísimos y dificultosos, sin que ningún hombre me enseñase á mí, ni me ayudase á entenderlos y explicarlos; si en la doctrina de la piedad y religion erraba tan feamente y con tan sacrilega torpeza? ¿ó qué daño era para vuestros pequeñuelos su ingenio mucho mas tarde; una vez que no se apartaban léjos de Vos, para que en el nido de vuestra Iglesia estuviesen seguros hasta echar plumas y criar alas de caridad con el alimento de la sana doctrina de la fe?

Ó Dios y Señor nuestro, *esperemos en el abrigo y proteccion de vuestras alas*: defendenos con ellas y sobrellevadnos. *Vos llevaréis á los pequeñuelos, y los sustentareis sobre vuestras alas toda su vida hasta la vejez. Porque cuando Vos sois nuestra firmeza*, entonces es firmeza verdadera, y estamos verdaderamente firmes; pero cuando solo hay firmeza nuestra, es enfermedad y flaqueza. Todo nuestro bien está en Vos siempre; y por eso el habernos apartado de Vos, es habernos pervertido. Pues volvamos ya, Señor, á Vos, para que no nos acabemos de perder; vive en Vos sin defecto alguno todo nuestro bien

que sois Vos mismo; y no tememos que nos falte lugar á donde volver, por haber caido de él nosotros; pues con nuestra caida no se arruinó nuestra casa, que es vuestra eternidad misma.

LIBRO V.

Habla del año 29 de su edad, en el cual enseñando él retórica en Cartago, y habiendo conocido la ignorancia de Fausto que era obispo, el mas célebre de los Maniqueos, comenzó á desviarse de ellos. Despues en Roma fue castigado con una grave enfermedad: interrumpido por eso en la enseñanza de la retórica, pasó despues á enseñarla á Milan, donde por la humanidad y sermones de san Ambrosio fué poco á poco formando mejor concepto de la doctrina católica.

CAPÍTULO I.

Excita á su espíritu para que alabe á Dios.

1. Recibid, Señor, el sacrificio de mis Confesiones que os ofrece mi lengua, que Vos mismo habeis formado y movido *para que confiese y bendiga vuestro santo nombre.* Sanad todas las potencias y fuerzas de mi alma y cuerpo, para que digan y clamen: *Se-*

ñor, ¿quién hay semejante á Vos? Porque el que os refiere y confiesa lo que pasa en su interior, no os dice cosa alguna que no sepaís, pues por muy cerrado que esté el corazón humano, no impide que le penetren vuestros ojos; ni la dureza de los hombres puede resistir la fuerza de vuestra mano, antes bien cuando quereis, ya usando de misericordia, ya de justicia, deshaceis enteramente su dureza, *ni hay criatura alguna que se esconda de vuestro calor.*

Pues alábeos mi alma, Señor, de modo que os ame, y confiese á Vos vuestras misericordias, de modo que os alabe. Todas vuestras criaturas no cesan de tributaros alabanzas; el espíritu de todo hombre lo ejecuta por sí mismo, dirigiendo á Vos inmediatamente sus alabanzas; los animales y demás criaturas corpóreas, ya que no os pueden alabar inmediatamente por sí mismas, os alaban por boca de los que las conocen y contemplan como hechuras vuestras, sirviendo ellas de escalones para que nuestra alma suba á descansar en Vos, estribando en estas cosas que hicisteis, para llegar á Vos que sois el que las hizo maravillosamente, en quien tiene su

seguro descanso, su propio sustento y su verdadera fortaleza.

CAPÍTULO II.

Que los pecadores no pueden huir de la presencia de Dios; y que debieran convertirse á él.

2. Por mas que los hombres inicuos y perversos pretendan retirarse y huir de Vos, no pueden evitar que los vean vuestros ojos, que penetran y distinguen las mas oscuras sombras. Aunque los pecadores sean feos en si mismos, hacen que resalte mas la hermosura de todo el universo. Pero ¿en qué pueden hacer os daño, ó en qué pueden menoscabar la pureza de vuestro imperio, que desde los altos cielos á los profundos abismos es justo y perfectísimo? Y ¿á dónde se fueron, cuando huyeron de vuestra presencia? ¿á dónde podrán irse que Vos no los halleis? Pero huyeron por no veros á Vos que los estais viendo á ellos, y ciegos vienen á tropezar con Vos; pues nunca perdeis de vista, ni desamparais cosa alguna de cuantas habeis criado.

En Vos, Señor, vienen á tropezar los injustos para ser justamente castigados, habiendo huído de vuestra misericordia, tropezando en vuestra rectitud, y cayendo en los rigores de vuestra justicia. No parece sino que ignoran que estais en todas partes, por lo mismo que ningun lugar os puede cercar ni comprender, y que solo Vos estais siempre presente aun á aquellos que se apartan muy lejos de Vos.

Conviértanse, pues, y vuelvan á buscaros, pues si ellos dejaron á su Criador, Vos no desamparais á vuestras criaturas. Con que ellos se conviertan á Vos y vuelvan á buscaros, ya estais dentro de su corazon, si se confiesan á Vos y se arrojan en vuestros brazos, y lloran en vuestro seno sus extravíos que les han sido tan trabajosos. Vos suavemente les derramen mas copiosas, y que tengan gusto en derramarlas; porque Vos, Señor, y no ninguno de los hombres que son de carne y sangre, sino Vos mismo que sois Criador y Redentor, los reparais y consolais.

Pues ¿dónde estaba yo cuando os buscaba? Os tenia delante de mí, y habiéndome

apartado de mi mismo, y estando léjos y fuera de mí, á mi mismo no me hallaba, y mucho menos á Vos.

CAPÍTULO III.

De la llegada de Fausto maniqueo á Cartago : su carácter y talentos : y de la ceguedad de los filósofos que no conocieron al Criador por medio de las criaturas.

Quiero hablar en presencia de mi Dios acerca de aquel año, que fue el veinte y nueve de mi edad. Ya habia venido á Cartago cierto obispo de los Maniqueos, que se llamaba Fausto, gran lazo del demonio, en que muchos se enredaban y caian engañados con la suavidad de sus palabras. Yo tambien alababa su elocuencia ; pero distinguia entre el modo de decir y la verdad de las cosas que se dicen, la cual buscaba yo y deseaba aprender ansiosamente ; y así mas atendia á ver qué manjar de ciencia me ofrecia para mi sustento aquel Fausto tan famoso entre ellos, que no al plato de palabras hermosas en que la proponia. Antes de verle y oírle sabia yo que tenia fama de hombre muy instruido en

todas ciencias, y docto perfectamente en las artes liberales. Y como yo habia leído muchas obras de filósofos, y las conservaba en la memoria, comparaba algunas de sus doctrinas y sentencias con las grandes y largas fábulas de los Maniqueos ; y me parecian mucho mas probables las cosas que enseñaron aquellos filósofos, cuyo ingenio y estudio bastó para averiguar muchas cosas de este mundo, aunque no llegaron á conocer al Autor de él : *porque siendo Vos tan grande, mirais desde cerca á los humildes, y os alejais de los espíritus que conoceis excelsos y orgullosos.* Así no os acercais sino á los que tienen un corazon contrito ; ni permitis que os hallen los sábios, aunque haya llegado á tanto su curiosidad y ciencia, que sepan el número de las estrellas del cielo y de las arenas del mar, ó tengan medidas las regiones celestiales y averiguado el curso de los astros.

4. Con el entendimiento é ingenio que Vos les concedisteis investigaron todas estas cosas, y hallaron la verdad en muchas de ellas : tambien llegaron á anunciar los eclipses del sol y de la luna muchos años antes que sucediesen, y en qué dia y en qué hora

habian de suceder, y cuánta parte de ellos se habia de eclipsar : y les salió tan verdadero su cómputo, que sucedió del mismo modo que lo habian pronosticado. Además de esto inventaron y dejaron reglas seguras que hoy día se leen y sirven, y con ellas se pronostica en qué año, en qué mes del año, en qué día del mes, en qué hora del día y en cuánta parte de su luz se ha de eclipsar la luna ó el sol, y vendrá á suceder infaliblemente como lo han pronosticado.

Los hombres que no saben estas reglas, se admiran y se pasman ; los que las saben se alegran y desvanecen, y con esta impia soberbia se apartan de Vos, y padecen la falta de vuestra luz ; y viendo tanto antes el defecto del sol que es futuro, no ven su defecto que está presente, porque no indagan piadosa y cristianamente el origen de donde les ha venido aquel ingenio capaz de hacer estas investigaciones. Dado caso que descubran y hallen que Vos sois quien les ha hecho y criado ; no se entregan á Vos para que conserveis lo mismo que habeis hecho, ni sacrifican en honra vuestra lo que ellos han hecho en sí mismos, degollando en lugar de

aves sus altanerías que los elevan hasta las nubes ; matando sus vanas curiosidades, que como los peces penetran los senos mas ocultos del abismo ; y haciendo morir á sus sensualidades y lujurias en lugar de las fieras y animales del campo, para que Vos, Dios mio, *que sois un fuego consumidor*, abraiseis todos estos afectos y cuidados mortíferos, dándoles un nuevo ser y vida inmortal.

5. Pero ellos no dieron con el camino que lleva á este conocimiento, pues no conocieron á vuestro Verbo eterno, por el cual hicisteis las estrellas y demás criaturas que ellos cuentan y numeran, y á los mismos que las cuentan, y á los sentidos con que miran las mismas cosas que cuentan, y al entendimiento con que ajustan esta cuenta ; *porque no hay cuenta ni número de vuestra infinita sabiduría. Pero ese vuestro Unigénito se hizo el mismo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación, y quiso ser contado y entrar en el número de los hombres, y como tal pagó tributo al César.*

No atinaron aquellos filósofos con este camino, por el cual bajasen desde sí mismos hasta llegar á él ; y por él mismo humanado,

subiesen á conocerle criador de todo. No conocieron este camino : por eso piensan que son tan sublimes y resplandecientes como las estrellas, y esto los hizo caer precipitadamente en tierra, *y su necio corazón se oscureció y quedó sin luz alguna.* Ellos dicen de las criaturas muchas cosas verdaderas ; pero como no buscan con veneracion piadosa la verdad que es el artifice de las criaturas, por eso no la hallan, y si la hallan, conociendo que es el verdadero Dios, *no le honran y glorifican como á Dios, ni le dan gracias por sus obras : antes se desvanecen en sus pensamientos, y dicen que son sábios.* Se atribuyen á sí mismos los que son dones vuestros, al mismo tiempo que con ceguedad perversa os quieren atribuir las que son obras suyas, esto es, apropiando á vuestra naturaleza mentiras y falsedades, siendo Vos la verdad por esencia ; *y trasladando la gloria y honra debida á un Dios incorruptible, á la semejanza é imagen de los hombres corruptibles, y de las aves, de los cuadrúpedos y de las serpientes : de modo que toda vuestra verdad la truecan en mentira, dando á las criaturas la adoracion y culto, en lugar de tribulársele al Criador.*

6. No obstante yo conservaba en mi memoria muchas cosas verdaderas que ellos dijeron de las criaturas ; y la cuenta y razon que ellos enseñaron por los números y órden de los tiempos, me salia puntual y conforme á los visibles testimonios de los astros ; pero comparando esto con la doctrina de Maniqueo, que sobre estas escribió muchísimos delirios y extravagancias, no hallaba de ningún modo cómputo ni razon de los solsticios, ni de los equinoccios, ni de los eclipses del sol y luna, ni de otras cosas semejantes que yo habia aprendido *en los libros de la sabiduría de este universo.* Á pesar de eso se me mandaba que creyese todo aquello ; lo cual no venia bien con las otras reglas y razones que tenia yo muy averiguadas por los cálculos y números, y por lo que veia con mis ojos ; antes era muy diferente uno de otro.

CAPÍTULO IV.

Que solo el conocimiento de Dios hace bien-aventurados.

7. ¿Por ventura, Señor Dios de la verdad, le basta á cualquier hombre saber estas cosas para agradaros? Antes bien es infeliz el hombre que sabiéndolas todas, no os conoce á Vos; y aquel es verdaderamente dichoso, que tiene conocimiento de Vos, aunque ignore todas aquellas cosas. Pero el que os conoce á Vos y tambien á ellas, no es mas dichoso por saber aquellas cosas: el conocimiento de Vos solo es lo que le hace dichoso y bienaventurado, si conociendoos os honra y glorifica como á Dios, os bendice y da gracias, y no se desvanece con sus pensamientos. Pues así como el que posee un árbol y os da gracias por el fruto que coge de él, aunque no sepa cuántos codos tiene de alto, ni cuánto tiene de ancho, es de mejor condicion y os agrada mas, que el que le mide y cuenta todas sus ramas, pero no le posee, ni conoce ni ama al que le crió; así el hombre fiel cu-

yas son todas las riquezas del mundo, y todas las posee como si no tuviera cosa alguna, uniéndose con Vos, á quien sirven todas las cosas, aunque no sepa siquiera las vueltas de los septentriones¹, es mejor sin duda alguna (y sería necedad dudarle), que el que sabe medir los cielos, contar las estrellas y pesar los elementos, sin pensar en Vos, que ordenásteis todas las cosas con número, peso y medida.

NOTA.

¹ Las vueltas de los septentriones son las siete estrellas que componen aquel signo que los astrónomos llaman *Ursa mayor*, y el vulgo llama el carro, y da vueltas al rededor del polo ártico.

CAPÍTULO V.

El atrevimiento con que Fausto enseñaba lo que no sabia acerca de los astros le hacia indigno de que le creyesen acerca de otras materias.

8. Mas ¿quién le pedía á un maniqueo, sea el que fuere, escribir tambien estas cosas, sin cuya noticia se podía aprender la

piEDAD cristiana? Pues Vos dijisteis al hombre, que la *piEDAD es la sabiduria*: y aquel maniqueo pudiera muy bien ignorar la piEDAD y religion, aunque supiese perfectamente estas otras cosas; pero además de que él no las sabia, atreverse á enseñarlas con mucha desvergüenza, convence que no estaba capaz de conocer la piEDAD. Porque el profesar estas ciencias, por notorias que sean, es vanidad mundana, y solo el confesar vuestra gloria es la piEDAD verdadera. Así aquel descaminado Maniqueo no parece que habló tanto sobre aquella materia, sino para que convencido de ignorar estas cosas por los que las sabian á fondo, se conociese manifiestamente el poco crédito que merecia en las demás cosas que enseñaba tocantes á su secta, y que eran mucho mas oscuras y dificultosas. No queria él que le tuviesen en poco; antes intentaba persuadir con mucho ahinco, que residia en él personalmente y con toda su potestad el mismo Espiritu Santo consolador de vuestros fieles, y que los hace ricos de dones celestiales.

Y así habiéndose conocido claramente las muchas falsedades que decia hablando del

cielo y de las estrellas, del curso del sol y de la luna (aunque estas cosas no pertenecan á la doctrina de la religion), se hizo evidente su sacrilega osadia en pretender que se le diese crédito como á una persona divina, cuando decia cosas no solo mal sabidas, sino falsas, con tan loca y soberbia vanidad.

9. Cuando oigo á algun cristiano y uno de mis hermanos en Cristo (sea el que fuere), que no sabe estas materias, y que entiendo una cosa por otra, miro en él con paciencia á un hombre que sigue aquella opinion; ni veo que le sea perjudicial, no saber la situacion y habitud de cielos y elementos con tal que de Vos, Señor y Criador de todo, no crea algunas cosas indignas. Pero le será muy dañoso, si juzga que esto pertenece á los dogmas principales de la piEDAD y religion, y se atreve á afirmar con pertinacia eso mismo que ignora. Es verdad que estos descuidos y flaquezas los sufre la caridad con afectos de madre en un recién convertido y principiante en la fe, hasta que este hombre crezca y llegue á ser varon perfecto, de modo que no pueda ser agitado con cualquier viento de doctrina. Mas en un hombre que de tal

modo se atrevió á hacerse maestro, autor, guía y cabeza de aquellos á quienes persuadía las dichas falsedades, que estuviesen creyendo sus secuaces que no seguian á un hombre como quiera, sino á nuestro mismo Espíritu Santo, ¿quién seria que no juzgase que tan gran locura se debía detestar y arrojar lejos de sí, especialmente habiéndole convencido de que en muchas cosas que enseñaba, habia dicho falsedades y mentiras?

Sin embargo aun no habia yo averiguado de todo punto, si las variedades de los dias y noches, ya mas largos, ya mas breves, y la misma sucesion del dia y de la noche, los eclipses y todo lo demás que yo habia leído antes en otros libros, se podria tambien explicar con la doctrina de aquel Maniqueo; con lo cual, si pudiera conseguirse, ya quedaria dudoso para mí, si era de este ó del otro modo como se habia de pensar en esta materia; y entonces para deponer la duda y determinarme al asenso, antepondria su autoridad por el grande crédito de santidad que tenia.

CAPÍTULO VI.

Que Fausto era naturalmente verboso, pero ignorante de las ciencias y artes liberales.

10. Cási por espacio de aquellos nueve años que yo gasté en oír las doctrinas de los Maniqueos, sin poder fijar mi entendimiento en cosa alguna, estuve esperando la venida de este Fausto con un deseo vehementísimo: porque los demás de su secla con quienes yo habia tratado, y que no sabian responderme á las preguntas y objeciones que yo les hacia en estas materias, todos me prometian que vendria este Fausto, y que con su venida y comunicacion todas aquellas dificultades y otras mayores que propusiese, se me resolverian con grandísima facilidad y solidez.

Luego, pues, que vino experimenté que era un hombre agradable y gustoso en su conversacion, y que las mismas cosas que decian ellos comunmente, las parlaba él con mucha mas gracia. Pero ¿de qué servia para mi sed, hallarme con un decente copero que ministraba vasos mas preciosos? Ya es-

laban mis oídos hartos de oír aquellas cosas que él decía; y no me parecían mejores, porque estaban más bien dichas; ni sólidas y verdaderas, por estar más compuestas y adornadas; ni el alma del que las decía me parecía sabia, porque fuese gracioso el semblante y el estilo hermoso. Aquellos que me le habían ponderado, no juzgaban bien de las cosas, pues solamente les había parecido sabio y docto, porque les daba gusto oírle hablar.

También conocí otra bien diferente casta de hombres que tenían á la verdad por sospechosa, y rehusaban asentir á ella, solo porque se les dijese con estilo copioso y elegante. Pero Vos, Dios mío, ya me habeis enseñado por medios bien ocultos y admirables que en esto erraban los unos y los otros; y por tanto creo que Vos érais quien me lo habíais enseñado, porque ello era verdadero, y ninguno sino Vos puede ser el maestro de la verdad en cualquier parte y de cualquier modo que ella se descubra. Ya, pues, había aprendido de Vos, que ni debía parecer y tenerse por verdadera una cosa, solo porque se decía con elegancia; ni tampoco se había

de tener por falsa, solo porque se dijese con estilo desaliñado y sin adorno. Ni por el contrario debía pensar que era verdadero lo que se decía con estilo humilde y llano; ni que era falso lo que se decía con estilo muy elevado y compuesto. Y así debía imaginar, que sucedía con la ciencia y la ignorancia lo que sucede á los manjares buenos y á los malos, que así como unos y otros pueden servirse en platos preciosos ó viles, así la ciencia y la necedad pueden tratarse con palabras toscas ó elegantes.

11. De modo que aquella grande ansia con que yo había esperado tantos años á aquel hombre, se satisfacía en parte por el gusto que causaba el oírle disputar, ya por el modo y afectos que tenía, ya por las palabras tan propias de que usaba, y la facilidad con que se le ocurrían las expresiones más oportunas para ordenar sus pensamientos y sentencias. Yo confieso que me deleitaba el oírle, y le alababa y ensalzaba con otros muchos, y también mucho más que ellos; pero me era muy sensible, que entre tanta gente como le estaba oyendo en público; no se me permitiese el proponerle mis dudas y como

partir los cuidados de mis dificultades confiriéndolas con él familiarmente, y alternando sus soluciones con mis dudas, y mis réplicas con sus respuestas. Luego que pude lograr esto, y acompañado de mis amigos comencé á hablarle, en ocasion y oportunidad que hacia decente nuestra disputa, alternando él y yo nuestras razones y réplicas, y le pude proponer algunas de mis dificultades; conocí inmediatamente que no tenia si quiera una tintura de las artes liberales, á excepcion de la gramática, que la sabia medianamente y de un modo muy comun. Mas como habia leído algunas oraciones de Ciceron y unos pocos libros de Séneca, algunos pasajes de poetas, algunos libros que tendria de su secta escritos en latin limado y culto; y como por otra parte estaba ejercitando todos los dias el hablar, habia adquirido facilidad para explicarse en buen estilo, que él hacia ser mas agradable y engañoso, gobernándole con la destreza de su ingenio, y cierta gracia que tenia natural.

¿No es así como lo cuento, Dios y Señor mio, y juez de mi conciencia? Todo mi corazon y memoria pongo delante de Vos, que

entonces me gobernábais con un secreto impulso de vuestra providencia, y poniais ya delante de mis ojos mis afrentosos errores, para que los contemplase y los aborreciese.

CAPÍTULO VII.

Como se apartó de la secta de los Maniqueos.

12. Despues que conocí claramente que Fausto ignoraba de todo punto aquellas ciencias en que yo juzgaba que seria él muy docto y excelente, comencé á perder las esperanzas de que él pudiese aclarar y resolver las dificultades y dudas que me tenian inquieto. Es verdad que aunque él ignorara aquellas ciencias y las resoluciones de mis dudas, pudiera saber las verdades tocantes á la piedad y religion, si no fuera maniqueo. Los libros ¹ de esta secta están llenos de prolijas fábulas acerca del cielo y de las estrellas, del sol y de la luna; cuyas doctrinas ya conocia yo que no podia él explicármelas con la delicadeza que era necesaria, y como yo queria, esto es, cotejándolas con el cálculo de los astrónomos que yo habia leído en

otros libros, para ver, mediante este cotejo, si eran menos fundadas las razones de dicho cálculo y números, que las que se contienen en los libros de los Maniqueos, ó si igualmente se hallaba la razon en unos y en otros. Pero luego que le propuse estas cosas, para que las considerase y resolviese, él verdaderamente procedió con tal modestia, que ni aun se atrevió á tomar sobre sí esta carga, porque conocia que no sabia nada de esto, ni tampoco se avergonzó de confesarlo. No era como otros muchos habladores, que yo habia experimentado y sufrido, que intentaban enseñarme acerca de mis dudas; y todo lo que decian era nada. Este era de corazon franco; y aunque no le tenia recto en órden á Vos, tampoco era demasiadamente arrojado respecto de sí mismo. No era tan ignorante, que no conociese su ignorancia, y así no quiso meterse temerariamente á disputar de aquellas cosas que le habian de poner en aprietos y estrechuras, de donde no pudiese salir ni volver atrás, y por esto tambien me agradó mas. Porque la modestia de un ánimo que conoce su ignorancia y la confiesa con ingenuidad, es mas hermosa y amable

que el conocimiento de las cosas que yo deseaba saber; y en todas las dudas y cuestiones mas dificultosas y sutiles que le propuse, siempre le hallé modesto del mismo modo.

13. Frustrada, pues, la esperanza que yo habia tenido en la sabiduría de aquel Maniqueo, y desesperando mucho mas de los otros doctores de aquella secta, cuando este famoso, aplaudido de ellos, se habia mostrado tan ignorante en todos los puntos que me hacian dificultad; comencé á tratar con él, por desearlo él mismo, de las ciencias que yo enseñaba á los jóvenes en Cartago, donde ya estaba siendo maestro de retórica; y yo leia y explicaba en su presencia, ya las materias que él deseaba oír, ya las que á mí me parecian acomodadas á su ingenio. Pero el conato y ahinco con que yo habia determinado hacer progresos en aquella secta se acabó de todo punto, luego que acabé de conocer la poca instruccion de Fausto; no de modo que me apartase enteramente de los Maniqueos, sino cómo quien no hallaba otra cosa mejor, determinaba contentarme por entonces con aquella en que, fuese como fuese,

ya habia venido á dar, hasta ver si acaso se descubria algun otro mejor rumbo que seguir.

Así aquel Fausto, que para otros muchos habia sido lazo de la muerte, fue, sin quererlo él ni saberlo, quien comenzó á aliojarme el lazo en que antes estaba yo cogido y preso. Porque vuestras manos, Dios mio, en lo oculto de vuestra providencia no desamparaban á mi alma : al mismo tiempo mi madre os ofrecia en sacrificio por mi la sangre de su corazon en las continuas lágrimas que de dia y de noche derramaba, y Vos, Señor, me favorecisteis por unos medios verdaderamente maravillosos. Si, Dios mio, Vos lo hicisteis : porque *entonces quiere el hombre seguir vuestro camino, cuando Vos mismo sois el que gobernais sus pasos*. Ni ¿quién es el que puede manejar el negocio de nuestra salvacion, sino vuestra mano que restablece las obras que ella misma hizo?

NOTA.

Los libros, en que casi consistia toda la ciencia de *Manés*, los heredó este, con los demás bie-

nes de su señora (que era una persiana viuda y rica, de quien él habia sido esclavo); de los cuales fue autor un tal Escition Escita, quien tuvo por discípulo á Terbinto, el cual murió en casa de aquella señora viuda, y le dejó aquellos libros de su maestro. Recogiólos *Manés*, y les añadió muchas fábulas y desvarios, arrogándose el título de autor de ellos. Este fue el principio de la secta de *Manés*; y el fin de él fue morir desollado vivo hácia el año 278.

CAPÍTULO VIII.

Como se partió á Roma contra la voluntad de su madre.

14. Vos, Señor, hicisteis que me persuadiesen el ir á Roma, y que era mejor enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Y no quiero dejar de confesaros lo que me movió á tomar este partido, porque en todas estas cosas se debe reconocer lo inaccesible de vuestros altísimos juicios, y contemplar y alabar vuestra misericordia, tan prontísima para favorecerernos.

No quise, pues, ir á Roma, por tener allí mayores intereses y alcanzar mayor honra y dignidad, como me lo prometian seguramen-

ya habia venido á dar, hasta ver si acaso se descubria algun otro mejor rumbo que seguir.

Así aquel Fausto, que para otros muchos habia sido lazo de la muerte, fue, sin quererlo él ni saberlo, quien comenzó á aflojarme el lazo en que antes estaba yo cogido y preso. Porque vuestras manos, Dios mio, en lo oculto de vuestra providencia no desamparaban á mi alma : al mismo tiempo mi madre os ofrecia en sacrificio por mi la sangre de su corazon en las continuas lágrimas que de dia y de noche derramaba, y Vos, Señor, me favorecisteis por unos medios verdaderamente maravillosos. Si, Dios mio, Vos lo hicisteis : porque *entonces quiere el hombre seguir vuestro camino, cuando Vos mismo sois el que gobernais sus pasos*. Ni ¿quién es el que puede manejar el negocio de nuestra salvacion, sino vuestra mano que restablece las obras que ella misma hizo?

NOTA.

Los libros, en que casi consistia toda la ciencia de *Manés*, los heredó este, con los demás bie-

nes de su señora (que era una persiana viuda y rica, de quien él habia sido esclavo); de los cuales fue autor un tal Escition Escita, quien tuvo por discípulo á Terbinto, el cual murió en casa de aquella señora viuda, y le dejó aquellos libros de su maestro. Recogiólos *Manés*, y les añadió muchas fábulas y desvarios, arrogándose el título de autor de ellos. Este fue el principio de la secta de *Manés*; y el fin de él fue morir desollado vivo hácia el año 278.

CAPÍTULO VIII.

Como se partió á Roma contra la voluntad de su madre.

14. Vos, Señor, hicisteis que me persuadiesen el ir á Roma, y que era mejor enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Y no quiero dejar de confesaros lo que me movió á tomar este partido, porque en todas estas cosas se debe reconocer lo inaccesible de vuestros altísimos juicios, y contemplar y alabar vuestra misericordia, tan prontísima para favorecerarnos.

No quise, pues, ir á Roma, por tener allí mayores intereses y alcanzar mayor honra y dignidad, como me lo prometian seguramen-

te los amigos que me aconsejaban el viaje, aunque tambien todo esto movia entonces mi ánimo; pero la causa principal y casi única, que me movió, fue haber oido que los jóvenes que estudiaban en Roma eran mas quietos, y se sujetaban de tal suerte al mas bien ordenado método de disciplina, que no se entrometian frecuente y desvergonzadamente en la clase ó aula de otro maestro que no fuese el suyo, ni absolutamente se les permitia entrar sin su licencia. Lo contrario se acostumbraba en Cartago, donde es tan torpe y destemplada la licencia de los estudiantes, que se entran violenta y desvergonzadamente en cualquier aula, y casi con un furioso descaro perturban aquel órden que cada maestro tiene establecido para el aprovechamiento de sus discípulos. Cometan con increíble insolencia muchos agravios é injurias, que debian ser castigados por las leyes, si no los patrocinara la costumbre; que los muestra ser tanto mas infelices, cuanto ya ejecutan como lícito lo que nunca lo será por vuestra ley eterna. Ellos juzgan que quedan sin castigo aquellos agravios que hacen, estando su castigo en la misma ceguedad con que los

hacen, y padeciendo ellos sin comparacion mayores males que los que causan á los otros.

Pues aquellas malas costumbres que no quise yo tener cuando aprendia, me veia obligado á sufrirlas en otros cuando enseñaba, y por eso gustaba de irme á Roma, donde no habia aquellos desórdenes, como me lo aseguraban todos los que lo sabian. Pero á la verdad, *Vos, Señor, que sois mi esperanza y mi posesion en la tierra de los vivos*, para que yo mudase de lugar y tierra (por convenir así á la salud de mi alma), por una parte me poniais estímulos en Cartago para arrancarme de allí, y por otra me proponiais atractivos en Roma para llevarme allá. Esto lo haciais por medio de unos hombres que aman esta vida mortal, de los cuales unos ejecutaban locuras, y los otros me prometian vanidades; y Vos, Señor, para corregir mis pasos, os valiais ocultamente de su perversidad y de la mia. Porque los que perturbaban mi reposo estaban furiosamente ciegos; y los que me incitaban al viaje estaban poseidos de aficiones terrenas; y yo que en Cartago aborrecia una verdadera miseria, apetecia en Roma una felicidad falsa.

Vos sabiais, Dios mio, por qué me convenia dejar aquella ciudad y caminar á la otra; pero ni á mí me lo disteis á entender, ni tampoco á mi madre, que mi partida la sintió de muerte, y me siguió hasta la orilla del mar. Yo la engañé cuando ella me tenia asido fuertemente, precisandome ó á dejar mi viaje, ó á llevarla en mi compañía: le hice creer con engaño, que mi intento era solamente acompañar á un amigo, hasta que tuviese viento favorable con que hacerse á la vela. Así engañé á mi madre, y á tal madre, y me escapé: y Vos me habeis perdonado esta mentira por vuestra misericordia, y aunque estaba lleno de abominables manchas, me guardásteis de las aguas del mar, hasta que llegase al agua de vuestra gracia, y lavado con ella se secasen los rios de lágrimas que mi madre derramaba por mí todos los dias, regando con ellas la tierra en que se postraba en vuestra presencia.

No obstante rehusando ella volverse sin mí, me costó mucho trabajo persuadirla á que pasase aquella noche en una capilla dedicada á san Cipriano, que estaba cerca del puerto. Como quiera, en aquella misma no-

che me partí secretamente; y ella se quedó orando y derramando lágrimas.

¿Y qué era, Dios mio, lo que mi madre os pedia con tan copiosas lágrimas, sino que impidiéseis mi navegacion? Pero Vos providenciando mi salud con sabiduría investigable y oyendo benignamente su súplica en cuanto al punto principal de sus deseos, no cuidásteis de lo que entonces os pedia, para que algun dia viese que obrábais en mí lo que ella continuamente os suplicaba.

Sopló el viento, y llenando nuestras velas, brevemente perdimos de vista la ribera en la cual mi madre á la mañana siguiente hacia extremos de dolor, y clamaba á Vos con quejas y gemidos de que Vos al parecer no hacíais caso; siendo así que á mí me dejábais arrebatar de mis mundanas codicias y deseos, para que se acabasen de una vez en mí esos mismos deseos y codicias; y al mismo tiempo castigábais en mi madre, con el justo azote de su dolor y pena, lo que habia de carnal y terreno en el amor y deseos que de mí tenia. Porque ella deseaba estar en mi presencia como otras madres en la de sus hijos, pero lo deseaba mucho mas que todas; y es que no

sabia los grandes gozos que le habíais Vos de dar por mi ausencia. No lo sabia, y por eso lloraba y se lamentaba tanto, siendo aquellos tormentos que padecía consecuencias tristes del castigo de Eva, pues buscaba gimiendo con dolor lo que habia parido con dolor. Y finalmente después de haberme acusado de engañoso y de cruel, volviendo á su continua ocupacion de suplicaros por mí, se fué á seguir su acostumbrado método de vida, mientras yo seguia el camino de Roma.

CAPÍTULO IX.

Como enfermó en Roma con tan grave calentura, que le puso á peligro de la vida.

17. Apenas llegué á Roma, fue mi recibimiento ser castigado con el azote de una enfermedad corporal, y me iba á los infiernos, llevando conmigo todos los pecados que habia cometido contra Vos, contra mí y contra mis prójimos, que eran muchos y graves además del pecado original *con que todos morimos en Adán*: porque ninguno de ellos me habíais perdonado en Cristo, *ni su cruz habia*

puesto fin á las enemistades que con Vos habia yo contraido por mis pecados. ¿Y cómo las habia de haber deshecho y concluido, estando yo en la creencia de que era un fantasma y cuerpo aparente el que fue crucificado? Así tan verdadera era la muerte de mi alma, como falsa me parecia á mí la muerte de Jesucristo; y tan verdadera era su muerte, como falsa la vida de mi alma, que no lo creia. Agravándose, pues, mis calenturas, ya iba perdiendo la vida temporal y eterna, porque ¿á dónde fuera yo, si hubiese muerto entonces, sino al fuego y á los tormentos que correspondian á mis malas obras, segun la verdad de vuestra providencia?

No sabia esto mi madre, pero os rogaba por mí aunque estaba ausente; y Vos que estais presente en todas partes, la oíais y teníais misericordia de mí, para que recobrase la salud de mi cuerpo, estando todavía mi alma delirante en su impiedad sacrilega. Porque aun estando en aquel tan gran peligro, ni siquiera deseé recibir vuestro bautismo; que mejor era yo cuando muchacho, pues se le pedí entonces á mi piadosa madre, como ya tengo referido y confesado. Yo habia cre-

cido para afrenta mía, y loco y desatinado me burlaba de aquel remedio que Vos habíais preparado para nuestras almas; pero Vos no me dejásteis morir, que hubiera sido morir dos veces, y para el corazón de mi madre tan penetrante herida, que jamás hubiera sanado de ella. Porque no puedo explicar bastante el tiernísimo amor que me tenía, y con cuánto mayor cuidado procuraba dar á mi alma el ser y vida de la gracia, que el que tuvo para darme á luz al mundo.

17. Así no veo cómo sanaría mi madre de aquel golpe; pues mi muerte, y en tan mal estado, le hubiera traspasado sus amorosas entrañas. Y ¿dónde estarían ya tantas y tan continuas oraciones como por mí os hacía sin cesar, y que en ninguna parte dejaba de dirigir á Vos? Mas ¿por ventura, Señor, siendo Vos Dios de las misericordias, *habíais de despreciar el corazón contrito y humillado de aquella viuda casta y abstinentes, que hacía tantas limosnas y servía con toda sumisión á vuestros santos*, que no dejaba pasar día ninguno sin contribuir con su ofrenda para el sacrificio del altar *, y que dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, venía á

vuestra iglesia sin faltar jamás, no para ocuparse en vanas conversaciones y habladurías de viejas, sino para oír lo que Vos le hablabais en vuestros sermones por boca de vuestros ministros, y para que Vos la oyésteis á ella en sus oraciones? Pues Vos, Señor, ¿habíais de despreciar las lágrimas de una mujer como esta, con las cuales no os pedía oro ni plata, ni otro algún bien terreno mudable y transitorio, sino la salud del alma de su hijo? Vos, con cuya gracia era ella tan virtuosa, ¿habíais de despreciar sus oraciones y lágrimas, y le habíais de negar vuestro favor y auxilio? De ningún modo, Señor; antes bien estábais presente á sus oraciones, las oíais, y hacíais lo que en ellas os pedía, pero procediendo con el orden que estaba determinado en vuestros decretos eternos. No es imaginable que la hubiésteis engañado en aquellas visiones y toques interiores que de vuestra parte había recibido (de las cuales unas he contado y otras he omitido), y todas las tenía ella muy presentes y fijas en su alma, y siempre en sus oraciones os las proponía como firmas de vuestra mano que estábais obligado á cumplir. *Pues por ser infinita vues-*

tra misericordia, os dignais de obligaros con vuestras promesas, y haceros deudor de aquellos mismos á quienes perdonais todas sus deudas.

NOTAS.

¹ Esta palabra *Santos* se toma muchas veces en la sagrada Escritura, para significar todos los que de algun modo están dedicados al culto de Dios: así unas veces significa solamente los fieles; otras los legos que hacian profesion de seguir una vida mas austera y pura que los demás: ya significa los religiosos, vírgenes y viudas consagradas por estado á vivir en continencia; ya tambien los clérigos destinados al ministerio de los altares.

² Todos los fieles de la primitiva Iglesia (á excepcion de los pobres) contribuian al sacrificio de la misa, mediante la ofrenda de pan y vino que llevaban al templo, y se ponía todo sobre el altar; de lo cual solamente se consagraba una parte, reservándose todo lo demás para el sustento de los pobres y de los ministros de la Iglesia. Se tenia gran cuidado de poner en un catálogo los nombres de los que hacian estas ofrendas, y se leian públicamente y en voz alta antes de la consagracion. Y esto dice san Agustin practicaba todos los dias su santa madre, sin dejar un dia nunca, ni faltar jamás al sacrificio de la misa.

Bien pudiera tambien entenderse en este pasaje

lo que algunos entendieron probablemente; esto es, que no hablaba aquí san Agustin precisamente de las oblaciones ú ofrendas que hacia santa Mónica determinadas al sacrificio de la misa; sino de la ofrenda que se hacia para los pobres, llamada *agapes*, como se verá mas abajo en el libro VI, cap. II.

CAPÍTULO X.

De los errores en que andaba antes de recibir la doctrina evangelica.

18. Vos, Señor, me sanásteis de aquella enfermedad, y sacásteis á salvo al hijo de vuestra sierva, dándome por entonces salud en el cuerpo, para darme despues mejor y mas segura salud en el alma. Tambien me juntaba en Roma por aquel tiempo con aquellos engañados y engañadores maniqueos que ellos llamaban *santos*; pues no solo trataba con los llamados *oyentes*¹, de cuyo número era mi huésped, en cuya casa habia pasado mi enfermedad y convalecencia, sino tambien con los que llamaban *electos*.

Todavía estaba yo en la creencia de que no somos nosotros los que pecamos, sino que otra, no se cuál, naturaleza pecaba en nos-

otros, y se deleitaba mi soberbia con imaginarme libre de toda culpa, y cuando hiciese algo malo, con no confesar que era yo quien lo habia hecho, *para que sanárais mi alma, pues os ofendia*: antes gustaba de disculparla, echando la culpa á no sé qué otra cosa que estaba conmigo, pero qué no era yo.

Mas á la verdad yo era todo aquello, y contra mí mismo me habia dividido mi impiedad; y aquel era mi mas incurable pecado, con el cual yo creia que no era pecador: era la iniquidad mas execrable, querer mas el que Vos, Dios mio todopoderoso, fuéseis vencido por mí para mi perdicion y daño, que el ser yo vencido por Vos para mi salud y provecho. *No habiais puesto todavia guarda á mi boca, ni puerta que cerrase mis labios*, para que mi corazon no se inclinase á las perversas palabras y doctrinas, con que en compañía de aquellos hombres pecadores y maniqueos disculpaba y daba por buenas las excusas en los pecados: así todavia estaba yo mezclado con sus *electos* ².

19. No obstante habiendo enteramente perdido la esperanza de hacer algun progreso en aquella falsa doctrina, aun en aquellos

puntos en que yo habia determinado perseverar, interin no hallase otra cosa mejor, ya los miraba y sostenia con disgusto y negligencia. Además de eso se me ofreció tambien el pensamiento que aquellos filósofos que llaman *académicos* ³, habian sido mas sábios y prudentes que todos los demás, porque defendian y enseñaban que de todas las cosas debiamos dudar, y que ningun hombre podia llegar á comprender ni una sola verdad.

Esta me parecia haber sido claramente su sentencia (y así se juzga vulgarmente), porque aun no penetraba ni entendia bien su sistema. Y no dejé de apartar á mi huésped de la demasiada confianza que conocí tenia en aquella multitud de fábulas de que están llenos los libros de los Maniqueos.

Sin embargo yo trataba mas familiar y amistosamente con estos que con los otros hombres que nunca habian seguido aquella herejía. Bien es verdad que no la defendia ya con aquella eficacia y fervor que antes acostumbraba; pero el continuo trato con los de aquella secta (que ocultamente tenia muchos secuaces en Roma), me hacia menos diligente para buscar otro rumbo de doctrina;

especialmente habiendo yo perdido la esperanza de poder hallarse la verdad en vuestra Iglesia, de donde ellos me habian apartado. Parecíame cosa torpísima el creer que Vos, soberano Señor de cielo y tierra, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, tuviéseis figura de carne humana, que constase de miembros corporales como los nuestros, y de una cantidad y extension determinada. La causa principal y casi única que hacia que fuese mi error inevitable, era que siempre que yo queria pensar en mi Dios, no acertaba á pensar, ni se me representaba otra cosa que cantidades corpóreas, por estar yo persuadido á que no habia cosa alguna que no fuese cuerpo.

20. De aqui nacia que tambien al mal le aprendia yo como una cierta sustancia corpórea, que tenia su correspondiente magnitud oscura y fea, sustancia que ó era gruesa y pesada, y la llamaban tierra; ó era leve y sutil como el cuerpo del aire, y la llamaban espíritu maligno, el cual imaginaban ellos que se introducía y se calaba en aquella otra sustancia llamada tierra. Y como la piedad (por corta que en mí fuese) me obligaba á

creer que un Dios bueno no habia de haber criado una naturaleza mala, establecia yo dos sustancias grandes y corpulentas, contrarias entre sí y entrambas infinitas, pero con la diferencia que la mala era menor, y la buena mayor. Vé aquí el principio pestilencial de donde se originaban las demás doctrinas sacrilegas; porque intentando mi alma recurrir á buscar la verdad en la doctrina católica, me hacia retroceder y desistir de mi intento la idea que yo me habia formado de ella, juzgando por doctrina católica la que verdaderamente no lo era.

Me parecia mas conforme á la piadosa idea que debia tener de Vos, Dios mio (cuyas misericordias usadas conmigo son motivo de eternas alabanzas), creer que por todas partes érais infinito; aunque me viese obligado á confesar que no lo érais por una sola parte, esto es, por parte de la contrariedad y compatencia que teniais con la sustancia del mal; que creer ó imaginar que por todas partes érais finito, atribuyéndoos los miembros y figura del cuerpo humano.

Tambien me parecia que mejor era creer que Vos no habíais criado mal alguno, que

creer que habíais criado la naturaleza del mal del modo que yo le imaginaba; pues como ignorante creía que el mal no solamente era sustancia, sino también corpórea; porque no sabía imaginar que el espíritu fuese otra cosa que un cuerpo sutil que se esparcía por los espacios y lugares.

También á vuestro unigénito Hijo y nuestro Salvador, de tal modo le contemplaba haber salido de aquella masa y cuerpo lucidísimo que yo os atribuía, para que obrase nuestra salud, que no creía de él otra cosa, sino lo que mis vanas imaginaciones podían alcanzar. Así pensaba que una tal naturaleza no podía haber nacido de la Virgen María, sin mezclarse é incorporarse con la carne; y no me parecía posible que se mezclase de este modo con la carne aquel ser y naturaleza lucidísima que yo le atribuía, y que no se manchase. De suerte que rehusaba creer que Jesucristo hubiese nacido en verdadera carne humana, por no verme obligado á creer que se había manchado con la carne misma.

Al llegar aquí, supongo que vuestros siervos y personas espirituales se reirán de mí amorosa y caritativamente, si leyeren estas

mis Confesiones; pero ello es cierto, que yo era tal como lo digo.

NOTAS.

1. Ya se ha dicho mas arriba, que los oyentes entre los Maniqueos eran como los catecúmenos entre los Cristianos; y así no estaban enteramente instruidos en todos los misterios de su secta, porque todavía no estaban incorporados ó no hacían un cuerpo con ellos; por lo cual no eran propia y verdaderamente maniqueos sino aquellos que se llamaban electos.

Así, cuando dice que se juntaba y trataba con los Maniqueos, no solo con los oyentes, sino también con los electos, da á entender que les oía sus pláticas, doctrinas y lecciones como uno de sus discípulos, pero nunca llegó á ser de los electos, y verdaderamente maniqueos, como él mismo testifica en el libro: *De utilitate credendi*, cap. 1.

Entre los electos había trece llamados maestros, uno de los cuales presidía á los demás, y todos ellos juntos ordenaban á sus obispos, que tenían el número fijo de setenta y dos. Estos obispos se hacían de los electos, como también los presbíteros y diáconos, á quienes escogían los obispos y los ordenaban. Como los electos pasaban por raza ó estirpe sacerdotal, iban á misiones, y suplían por los obispos, presbíteros y diáconos, ó les ayudaban en sus respectivos ministerios.



Maniqueo habia instituido un método de vida á los electos, que les era muy penoso y duro; porque su ley no les permitia comer ni carne, ni huevos, ni leche, ni peces; ni tampoco beber vino. No les era permitido, aunque fuese para su sustento arrancar una yerba, cortar una hoja de un árbol, ni coger de él fruto alguno arraucándole con su mano. Ayunaban rigurosamente los domingos y lunes en reverencia del sol y de la luna; y por estos ayunos los distinguian y reconocian los Cristianos. Hacian profesion de guardar continencia, y de abstenerse de tomar baños, por lo que andaban pálidos, consumidos y desfigurados; pero era porque ellos se procuraban artificiosamente un exterior penitente y mortificado; aunque en lo oculto tenian una vida muelle, delicada, regalona, deliciosa y muy desareglada: eran muy dados á mujeres y no observaban ninguno de sus estatutos, como san Agustin les echa en cara muchas veces en sus escritos. No hablo de sus misterios y ritos, en los cuales la impureza y la abominacion habian llegado á lo sumo.

² Como David en este versículo 4 del salmo ext. usa de la palabra *electos*, *cum electis eorum*; se le apropia á sí con gracia y hermosura san Agustin, para acusarse de que comunicaba con los *electos* de los Maniqueos.

³ El dudar de todo, y enseñar que todo era dudoso, es lo que siempre se ha atribuido á la secta de los académicos; si bien privadamente creian que el descubrimiento de la verdad estaba totalmente en la percepcion de los sentidos. Pero no se atrevian á decirlo, temiendo que los epicúreos, y otros filóso-

fos semejantes, convirtiesen en veneno este principio y máxima, que segun ellos era la llave de la verdadera filosofía. De todo lo cual da noticia el mismo san Agustin en la epistola 1.^a en la 118, y en los libros que escribió contra los académicos. Arcecia, filósofo griego, que floreció trescientos años antes de Jesucristo, fue el príncipe y cabeza de esta secta, que intentó reducir el método de disputar al modo del de Sócrates, no afirmando ni estableciendo nada, pero impugnándolo todo, como dice Luis Vives sobre el capítulo 12 del lib. VIII de la Ciudad de Dios de san Agustin.

CAPÍTULO XI.

Como trató y conferenció sus dudas con los Católicos.

21. Además de lo dicho no juzgaba yo que podian bien defenderse aquellos lugares de vuestra Escritura, que los Maniqueos reprehendian é impugnaban; pero deseaba verdaderamente tener alguna ocasion de comunicarlos y conferenciarlos todos en particular con algun hombre muy docto y muy versado en la sagrada Escritura, y ver cómo él los explicaba y entendia.

Porque ya me habian comenzado á mover

estando yo en Cartago, las razones de Helpidio, que públicamente predicó y disputó contra los Maniqueos, habiendo alegado tales textos de la sagrada Escritura, que no se podían resistir ni darles fácil respuesta; y la que dieron los Maniqueos me había parecido muy endeble y flaca. Aun esta no la manifestaban fácilmente en público, sino secretamente á nosotros los de su secta, diciéndonos que las Escrituras del Nuevo Testamento habían sido falseadas por no sé quiénes, que quisieron mezclar y unir la ley de los judíos con la fe de los cristianos. Pero ellos no probaban esto, ni nos mostraban algunos otros ejemplares incorruptos, y que estuviesen sin la mezcla que decían. Mas mi costumbre de no pensar ni imaginar sino cosas corpóreas y abultadas, me tenía tan preso y poseído, que como si las tuviera sobre mí me oprimían y agobiaban las mismas corpulencias de las cosas, bajo de cuya pesadez anhelaba fatigado, sin poder salir á respirar el aire puro de vuestra verdad.

CAPÍTULO XII.

Del engaño que practicaban en Roma los discípulos con sus maestros.

22. Como el venir á Roma fue para enseñar allí el arte de retórica, lo comencé á ejecutar con toda diligencia: al principio junté en mi casa algunos estudiantes que habían tenido noticia de mí, por los cuales también se divulgó mi fama; y antes de mucho conocí que tendría que sufrir en los estudiantes de Roma muchas cosas que no había experimentado en los de África. Pues aunque me aseguraron que en Roma no se ejecutaban aquellas *eversiones* y burlas perjudiciales que hacían los jóvenes perdidos de Cartago; pero también me informaron de que allí los estudiantes por no pagar al maestro se conspiraban repentinamente muchos de una vez y se pasaban á estudiar con otro, faltando á su fe y palabra, y haciendo poco aprecio de la justicia por amor del dinero.

También á estos los aborrecía mi corazón, aunque aquel odio no era muy justo y perfecto;

porque acaso mas aborrecia el perjuicio que de ellos se me habia de seguir, que el que hiciesen aquellas injusticias, que á todos les son ilcitas.

Como quiera ellos verdaderamente afeaban sus almas, y se divorciaban y separaban de Vos, amando unas burlas y engaños que vuelan con el tiempo, y una ganancia de lodo que no se puede coger sin ensuciarse la mano: abrazando el mundo que huye, os despreciaban á Vos que sois permanente, y que estais llamando el alma que os ha dejado, y perdonais las ofensas que os ha hecho, como vuelva y se convierta á Vos. Yo aborrezco ahora tambien á semejantes hombres depravados é iníquos; al paso que amo y quiero que se corrijan y enmienden, para que estimen la doctrina que aprenden mas que á su dinero; y á la misma doctrina y enseñanza os antepongan á Vos, Dios mio, que sois la verdad por esencia, la abundancia de todo bien seguro y cierto, y la union y paz castisima de las almas. Pero entonces mas repugnaba yo que fuesen malos, mirando á mi interés, que deseaba que se hiciesen buenos, atendiendo á vuestro amor.

CAPÍTULO XIII.

Como fue enviado á Milan por catedrático de retórica, donde fue bien recibido de san Ambrosio.

23. Así con la noticia que tuve de que los magistrados de Milan habian escrito á Simaco ¹, prefecto de Roma, para que proveyesse á aquella ciudad de un maestro de retórica, dándole tambien su pasaporte ² y privilegio de tomar postas, y costeándole el viaje, yo mismo solicité que se me propusiese asunto para un discurso oratorio, y oido y aprobado me enviase allá el prefecto. Para esta pretension me valí de los mismos que estaban embriagados con los errores maniqueos; de los cuales iba á librarme en Milan, sin saberlo ellos ni yo.

Llegué, pues, á Milan ³, y fui á ver al obispo Ambrosio, fiel siervo vuestro, varon celebrado y distinguido entre los mejores del mundo: quien en sus pláticas y sermones ministraba entonces diestra y cuidadosamente á vuestro pueblo vuestra doctrina, que es para

las almas aquel pan que las sustenta, aquel óleo que les da alegría, y aquel vino que sóbria y templadamente las embriaga. Pero Vos érais quien me conduciais y llevábais á él ignorándolo yo, para que despues sabiéndolo, me llevase y condujese él á Vos.

Aquel hombre, todo de Dios, me recibió con un agrado paternal, y todo el tiempo que estuve allí, aunque extranjero, me trató con el amor y caridad que debía esperarse de un obispo. Yo tambien comencé á amarle, aunque al principio le amaba no como á doctor y maestro de la verdad (la cual no esperaba yo que se pudiese hallar en vuestra Iglesia), sino como á un hombre que me mostraba benignidad y afición.

Yo le oía cuidadosamente cuando predicaba y enseñaba al pueblo, aunque mi intención no era la que debía ser, pues iba como á explorar su facundia y elocuencia, y á ver si era correspondiente á su fama, ó si era mayor ó menor de lo que se decía. Yo estaba atento y colgado de sus palabras, pero sin cuidar de las cosas que decía, antes las menospreciaba: me deleitaba con la dulzura y suavidad de sus sermones, que eran mas doc-

tos y llenos de erudicion que los de Fausto, bien que no tan festivos y halagüeños por lo que toca al modo de decir; en cuanto á lo sustancial de las doctrinas y cosas que decian, no habia comparacion entre los dos; porque Fausto caminando por los rodeos, engaños y falacias de los Maniqueos, se apartaba de la verdad; y Ambrosio con la doctrina mas sana enseñaba la salud eterna. *Pero esta salud está lejos de los pecadores*, como entonces era yo, aunque me iba acercando á ella poco á poco, sin saberlo ni advertirlo.

NOTAS.

¹ Simaco es aquel célebre personaje de la ciudad de Roma, cuyos escritos se han conservado y llegado á nuestros tiempos, el cual por su nacimiento ilustre, por sus empleos honoríficos y por su talento y elocuencia habia sido escogido por la nobleza de Roma, para que hiciese frente á los progresos del Cristianismo, y se opusiese á la destruccion de los idolos; pero de él triunfó gloriosamente san Ambrosio.

² Todo esto me parece dió á entender san Agustín diciendo: *Impertita etiam evectioe publica*. Véase la edicion del P. J. M. y á Budeo.

³ San Agustín permaneció en Cartago desde el

principio del curso del año 377 hasta cerca de las vacaciones del año 383; con que estuvo enseñando allí retórica por espacio de seis años; y así en Roma estuvo solamente algunos meses, pues en el año de 384 fue cuando salió de allí para Milan.

CAPÍTULO XIV.

Como oyendo á san Ambrosio, fué poco á poco saliendo de sus errores.

24. No solicitando yo aprender lo que predicaba Ambrosio, sino oír solamente el modo con que lo decia, que era el cuidado único y vano que me habia quedado, perdida ya la esperanza de que hubiese para el hombre algun camino que le condujese á Vos; juntamente con las palabras y expresiones que yo deseaba oír, entraban tambien en mi alma las doctrinas y las cosas de que yo no cuidaba; porque no podia separar las unas de las otras. Y abriendo mi corazon para recibir la discrecion y elocuencia de estas palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; pero esto era poco á poco y por sus grados. Porque primeramente comencé á sentir que tambien aquellas doctrinas podian

defenderse: despues ya juzgaba que positivamente se podia afirmar con fundamento la fe católica, que hasta entonces me habia parecido que nada tenia que responder á los argumentos con que los Maniqueos la impugnaban; y especialmente despues de estar instruido en uno y otro sistema, y haber visto disueltas las dificultades que me hacian algunos pasajes oscuros y enigmáticos del Antiguo Testamento, los cuales, tomados segun el sonido de la letra, no los entendia bien, y *daban muerte á mi alma.*

Viendo, pues, declarados en sentido espiritual muchos pasajes de aquellos libros sagrados, ya me reprendia aquella preocupacion en que habia estado, creyendo que los libros de la ley y de los Profetas no se podian explicar de modo que se diese satisfaccion y respuesta á los que los detestaban y se burlaban de ellos. Mas no por eso me parecia que debia yo seguir el camino de la religion católica, por tener ella tambien hombres doctos que la defendiesen, respondiendo abundantemente y con fundamento á las objeciones de los contrarios; ni tampoco creia que debia ya condenar la que hasta allí habia se-

principio del curso del año 377 hasta cerca de las vacaciones del año 383; con que estuvo enseñando allí retórica por espacio de seis años; y así en Roma estuvo solamente algunos meses, pues en el año de 384 fue cuando salió de allí para Milan.

CAPÍTULO XIV.

Como oyendo á san Ambrosio, fué poco á poco saliendo de sus errores.

24. No solicitando yo aprender lo que predicaba Ambrosio, sino oír solamente el modo con que lo decia, que era el cuidado único y vano que me habia quedado, perdida ya la esperanza de que hubiese para el hombre algun camino que le condujese á Vos; juntamente con las palabras y expresiones que yo deseaba oír, entraban tambien en mi alma las doctrinas y las cosas de que yo no cuidaba; porque no podia separar las unas de las otras. Y abriendo mi corazon para recibir la discrecion y elocuencia de estas palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; pero esto era poco á poco y por sus grados. Porque primeramente comencé á sentir que tambien aquellas doctrinas podian

defenderse: despues ya juzgaba que positivamente se podia afirmar con fundamento la fe católica, que hasta entonces me habia parecido que nada tenia que responder á los argumentos con que los Maniqueos la impugnaban; y especialmente despues de estar instruido en uno y otro sistema, y haber visto disueltas las dificultades que me hacian algunos pasajes oscuros y enigmáticos del Antiguo Testamento, los cuales, tomados segun el sonido de la letra, no los entendia bien, y *daban muerte á mi alma.*

Viendo, pues, declarados en sentido espiritual muchos pasajes de aquellos libros sagrados, ya me reprendia aquella preocupacion en que habia estado, creyendo que los libros de la ley y de los Profetas no se podian explicar de modo que se diese satisfaccion y respuesta á los que los detestaban y se burlaban de ellos. Mas no por eso me parecia que debia yo seguir el camino de la religion católica, por tener ella tambien hombres doctos que la defendiesen, respondiendo abundantemente y con fundamento á las objeciones de los contrarios; ni tampoco creia que debia ya condenar la que hasta allí habia se-

guido, porque estaban iguales en cuanto á poder una y otra defenderse. Porque me parecia que la religion católica de tal suerte no era vencida, que tampoco fuese todavía vencedora.

23. Entonces me apliqué séria y eficazmente á buscar algunas razones sólidas, y documentos firmes y seguros, con que poder de algun modo convencer la falsedad de la doctrina de los Maniqueos.

Que si yo hubiese podido concebir una sustancia espiritual, al instante se hubieran desbaratado todas aquellas máquinas de la doctrina maniquea, y las hubiera arrojado enteramente de la imaginacion; pero no podia concebirla. No obstante considerando cada dia mas y mas lo que otros muchos filósofos habian dicho acerca de esta máquina del universo y de toda la naturaleza de las cosas que se perciben y tocan por los sentidos corporales, juzgaba que muchas de sus sentencias eran mas probables que las de los Maniqueos. Por lo cual dudando de todas las cosas, como se dice que acostumbran los Académicos, y fluctuando entre todas las sentencias, fue mi determinacion, que debía dejar á los Mani-

queos; porque una vez que me hallaba en aquel estado de duda y de incertidumbre, juzgaba que ya no debía permanecer en aquella secta, que aun en mi dictámen no era tan probable como las de otros filósofos; á los cuales rehusaba tambien encomendar la curacion de mi alma, porque no tenian ni profesaban el nombre que da la salud, que es el de Jesucristo. Y así determiné permanecer catecúmeno en la Iglesia católica, que mis padres me habian alabado, hasta que descubriese alguna cosa cierta, á donde pudiese dirigir la carrera de mi vida.

LIBRO VI.

Cuenta lo que hizo en Milan en el año 30 de su edad, fluctuando en sus dudas todavía. Confiesa que san Ambrosio poco á poco le hizo ir conociendo que la verdad de la fe católica era probable. Mezcla también muchas cosas de Alipio y de sus buenas costumbres; y refiere el intento que él y su madre tenían de que tomase el estado del matrimonio.

CAPÍTULO I.

Como Agustin ni era ya maniqueo ni católico.

1. ¿Dónde estábais, Señor, y á dónde os habíais retirado por lo tocante á mí, Dios mio y toda mi esperanza desde mi juventud? ¿Por ventura no me habíais Vos criado y llenado de dones, que me diferenciaban de todos los animales de la tierra y de las aves del aire? Mas sábio y capaz me hicísteis que to-

dos ellos; pero yo andaba por lo sombrío de la tierra como los unos, y por lo resbaladizo del aire como los otros: os buscaba por fuera de mí, Dios de mi corazón, y no os hallaba; antes vine á parar en un profundo abismo, desmayando y perdiendo la esperanza de hallar yo la verdad.

Ya mi madre habia venido á mí¹, siguiéndome por mar y tierra, llena de fortaleza y piedad, y segura en todos los peligros por la confianza que tenia en Vos; pues en los riesgos del mar y tormentas que padecieron en el viaje, ella misma consolaba á los marineros, siendo ellos los que suelen consolar y animar á los otros navegantes que, por falta de experiencia de los peligros del mar, se afligen y atribulan en semejantes ocasiones; y además de eso les prometia, que habian de llegar sanos y salvos al puerto deseado, porque Vos en una vision se lo habíais revelado y prometido².

Al fin me halló en tan grave peligro, como es el estar desesperado de poder hallar la verdad. No obstante, habiéndole yo dicho que ya no era maniqueo, pero que tampoco era católico cristiano, mostró mucha alegría, aun-

que no tanta como si oyera una cosa no pensada; porque ya contaba verme libre de aquella parte de mi miseria, que la habia obligado á llorar como muerto, pero como á un muerto á quien Vos habíais de resucitar para vuestro servicio, y que ella traia siempre en las andas de su pensamiento, esperando que dijeseis al hijo de esta viuda, como al de la otra del Evangelio: *Mancebo, contigo hablo, levántate*; y que él resucitase y comenzase á hablar, y Vos se le entregáseis á su madre. Habiendo, pues, oido que ya habíais hecho en mí mucha y gran parte de lo que todos los dias os pedia con lágrimas que hiciéseis (pues si yo no estaba todavía *aguietado* en la verdad, estaba ya *quitado* del error y falsedad), no por eso se alteró su corazon con ningun movimiento de alegría inmoderada; antes bien porque estaba muy segura de que tambien le habíais de conceder la parte que faltaba, porque Vos le habíais prometido el todo, me respondió muy sossegadamente y con un corazon lleno de confianza, que la fe que tenia en Jesucristo le hacia esperar firmemente, que antes que ella saliese de esta vida, me habia de ver católico cristiano.

Esto es lo que me dijo á mí; pero delante de Vos, fuente inagotable de misericordias, multiplicaba oraciones, y derramaba mas copiosas lágrimas para que os dignáseis de acelerar vuestros auxilios y de alumbrar mis tinieblas. Acostumbraba acudir mas cuidadosa y apresuradamente á vuestro templo, y pendiente de las palabras de Ambrosio *recibia de su boca aquellas aguas vivas que dan la vida eterna*, pues ella amaba y respetaba á aquel varon santo como á un ángel de Dios, porque sabia que él era quien me habia puesto en aquel estado de dudas en que yo vacilaba, el cual presentia mi madre con toda certidumbre; que era el medio por donde habia yo de pasar desde mi dolencia á la sanidad, interponiéndose provechosamente aquel mayor peligro en que me hallaba, al modo del que los médicos llaman *accesion crítica*.

NOTAS.

¹ La ida de santa Mónica á buscar á su hijo fue por la primavera del año 385.

² Alude al sueño, y á lo demás de que se habló en el lib. V, cap. IX.

CAPÍTULO II.

De las viandas y ofrendas que acostumbraban llevar los fieles en África á los sepulcros de los Santos mártires.

2. Queriendo mi madre llevar á la Iglesia, donde se veneraban las reliquias de algunos Santos, la ofrenda de pan, vino y otras viandas ¹, como lo acostumbraba en África, fue detenida por el ostiario del templo; pero luego que supo que aquello estaba prohibido en Milan por el obispo, con tal piedad y obediencia abrazó el mandato, que yo me admiré de ver con qué facilidad eligió antes reprenderse á sí misma sobre aquella costumbre, que examinar las razones que habia para que se prohibiese. No estaba poseida del vicio de la embriaguez, ni el amor al vino la incitaba á aborrecer la verdad, como á otros muchos hombres y mujeres, á quienes hablarles de la templanza y sobriedad les mueve tanto á vómito, como el vino con mucha agua á los que se han embriagado. Mi madre trayendo su canastillo á la iglesia con las viandas acos-

tumbradas, las cuales se debian probar antes de ofrecerse, no ponía en él mas que un pequeño vaso de vino tan aguado como pedía su paladar, acostumbrado á la sobriedad y templanza, para tomar de allí aquel sorbo que requería la ceremonia. Y si eran muchas las reliquias de los Santos que ella quería venerar con aquella ofrenda, llevaba aquel mismo vasito para ponerle en todos los sepulcros que visitaba; por manera que aquella corta cantidad de vino muy aguado y templado repartido en pequeños sorbos, servía para todos los sepulcros donde ponía su ofrenda; porque lo que ella pretendía en esto era cumplir con su piedad y devoción, sin buscar el deleite y gusto del paladar.

Luego, pues, que entendió que aquel insigne y apostólico predicador y prelado celosísimo de la piedad habia mandado que no hiciesen ofrendas semejantes, aun aquellas personas que sóbria y templadamente las hacían, ya por no darles ocasion alguna de embriaguez á los destemplados y vinosos, ya también porque aquellas como honras funerales tenían mucha semejanza con la supers-

ticion de los gentiles; pronta y gustosamente se abstuvo de continuarlas; y en lugar del canastillo lleno de frutos terrenos, aprendió á llevar á los sepuleros de los Mártires su mismo corazón lleno de los mas puros y fervorosos afectos, como tambien algo que pudiese dar á los pobres, para que así se celebrase la comunicacion con el cuerpo de Cristo, á cuya imitacion fueron sacrificados y coronados los Mártires.

Pero me parece, Dios y Señor mio (y no me queda otra cosa acerca de esto en mi corazón, como Vos lo veis), que acaso mi madre no hubiera desistido fácilmente de aquella costumbre que debía atajarse, si se la hubiese prohibido otro á quien no amase tanto como á Ambrosio, al cual por lo que cooperaba á mi salvacion, amaba con muchísimo extremo. Él tambien la amaba por el método de su vida religiosísima, y el fervor de espíritu con que se ejercitaba en buenas obras, y frecuentaba la iglesia; tanto que muchas veces cuando me veia, prorumpia en sus alabanzas, dándome la enhorabuena de que tuviese tal madre; no sabiendo él cuál hijo era

yo, que dudaba de todas aquellas obras de piedad, y no creia que se pudiese hallar el camino de la vida eterna.

NOTA.

¹ Santa Mónica, como en la primitiva Iglesia acostumbraban hacer todos los fieles (á excepcion de los que eran muy pobres), seguia en Milan la costumbre que tenia en África de llevar á la iglesia pan, vino y otros manjares, de lo cual se formaba el agape ó convite de los pobres: costumbre que observaron todas las iglesias del Oriente y Occidente, practicada en los primeros siglos por todos los Cristianos y dimanada de los mismos Apóstoles. Y segun san Gregorio Nazianceno, por tres motivos se hacian estos convites: en los dias del nacimiento, en los de las bodas, y en los de los entierros. De estos convites se comenzó á abusar, y en diversas iglesias se fueron quitando poco á poco. San Ambrosio los habia prohibido en su tiempo, segun prueban de este pasaje de san Agustin los autores que tratan de esta materia, y determinadamente Julio Selvagio, en el lib. 3 de sus Antigüedades cristianas, c. 9, núm. 33.



CAPÍTULO III.

De las ocupaciones y estudios de san Ambrosio.

3. No cuidaba yo entonces de gemir orando delante de Vos para que me socorriéseis, sino que toda mi alma estaba cuidada y ocupada en inquirir la verdad, é inquieta y desasosegada en discursos y disputas para hallarla. Al mismo Ambrosio le consideraba como un hombre dichoso y feliz, según el mundo, viéndole tan honrado de los grandes y poderosos de la tierra, si bien el celibato que él observaba me parecía cosa dura y trabajosa. Pero ni yo había experimentado en mí, ni aun por conjeturas podía conocer la grande y firme esperanza que él tenía en Vos; sus combates contra las tentaciones de vanidad y soberbia, que le ocasionaba su excelencia misma; los consuelos que le comunicábais en sus adversidades, y los sabrosos gustos que percibía el interior paladar de su alma, rumiando el pan de vuestra celestial doctrina; ni tampoco él sabía las congojas de mi corazón, ni la profundidad

del precipicio á donde estaba yo para caer. Porque yo no podía preguntarle todo lo que quería y del modo que quería, por la multitud de gentes que le ocupaban con diversos negocios, y cuyas urgencias y necesidades se llevaban los cuidados de quien deseaba aprovechar y servir á todos: eso me impedía á mí el poder hablarle y aun el verle. Cuando no estaba con aquellas ocupaciones y negocios, que era por muy poco tiempo, le gastaba en dar á su cuerpo el sustento necesario, ó en la lección, que es el alimento del alma. Pero cuando leía, llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido é inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni movía los labios ni su lengua pronunciaba una palabra.

Muchas veces me hallaba yo presente á su lección, pues á ninguno se le prohibía entrar, ni había costumbre en su casa de entrarle recado para avisarle de quién venía; y siempre le vi leer silenciosamente, y, como decimos, para sí, nunca de otro modo. En tales casos despues de haberme estado sentado y en silencio por un gran rato (porque ¿quién se había de atrever á interrumpir con moles-

tia á un hombre que estaba tan embebido en lo que leía?) me retiraba de allí, conjeturando que él no quería que le ocupasen en otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu, ya que por entonces estaba libre del ruido de los negocios y dependencias ajenas. También juzgaba yo que el leer de aquel modo sería acaso para no verse en la precisión de detenerse á explicar á los que estaban presentes, y le oirían atentos y suspensos de sus palabras, los pasajes que hubiese mas oscuros y dificultosos en lo que iba leyendo: ó por no distraerse en disputar de otras cuestiones mas intrincadas, y gastando el tiempo en esto repetidas veces, privarse de leer todos los libros que él quería. Sin embargo, el conservar la voz, que con mucha facilidad se le enronquecía, podía también ser causa muy suficiente para que leyese callando y solo para sí: en fin, cualquiera que fuese la intención con que aquel gran varón lo ejecutara, sería verdaderamente intención buena.

4. Lo cierto es, que yo no podía lograr la ocasión de preguntarle todo lo que deseaba, ni oír las respuestas de aquel tan sagrado

oráculo, que Vos teniais en el corazón de Ambrosio, sino que fuese acerca de alguna cosa que brevemente y como de paso se hubiese de resolver. Pero aquellos mis cuidados y desasosiegos requerían que estuviese muy desocupado el sujeto con quien habían de comunicarse, y ese no le hallaban. Oíale sí predicar al pueblo todos los domingos, y explicar rectamente el Evangelio; con lo cual mas y mas me confirmaba en el juicio que ya tenía hecho, de que muy bien podían desatarse los nudos de maliciosas calumnias, que aquellos impostores maniqueos hacían contra los Libros sagrados.

Luego que llegué también á averiguar que aquello de la Escritura que dice: *que hicistis al hombre á vuestra imagen y semejanza*, vuestros hijos espirituales que por la gracia reengendrasteis en el seno de nuestra madre la Iglesia católica, no lo entendían de tal suerte, que ellos creyesen ni pensasen que Vos teniais un cuerpo también de la forma y figura del cuerpo humano; aunque yo todavía no alcanzaba á imaginar y formar concepto de lo que es un puro espíritu ó sustancia espiritual siquiera levemente y en con-

fuso ; con todo eso tuve una alegría mezclada de vergüenza de ver que tantos años hubiese yo ladrado, no contra la fe católica, sino contra las ficciones y quimeras que los vanos y carnales pensamientos de los hombres habian fabricado. En tanto habia incurrido en aquella temeridad é impiedad, en cuanto habia dicho reprendiendo lo que debia haber aprendido preguntando. Así habria conocido que Vos, Señor, aunque seais altísimo y ocultísimo, estais al mismo tiempo próximo y presentísimo á todas las cosas : que no constais de miembros, unos mayores y otros menores, sino que todo entero estais en todas partes, y no estais contenido en ningun lugar ó espacio ; que no teneis esta configuracion del cuerpo humano ; y con todo eso es ciertísimo que hicisteis al hombre á vuestra imágen y semejanza , siendo así que él desde la cabeza á los piés tiene extension y está ocupando lugar.

CAPÍTULO IV.

Como oyendo predicar á san Ambrosio, entendió la doctrina de la Iglesia, que antes no entendia.

5. Supuesto que yo ignoraba cómo debia entenderse que el hombre era imágen vuestra, en lugar de insultar á los Católicos y argüirlos como si ellos hubieran creído alguna vez lo que yo me habia figurado ; debiera consultarlos, para que respondiendo á mis propuestas, me enseñasen cómo aquella razon de imágen debia tomarse, y habia de creerse. Así tanto mas vivamente me consumia el cuidado y deseo de conocer lo cierto y abrazarlo, cuanto mas me avergonzaba de haber vivido engañado tanto tiempo, y burlado con la promesa de que hallaria lo cierto ; de haber procedido con osadía y terquedad pueril en afirmar y sostener tanta multitud de cosas inciertas y dudosas, como si fueran muy ciertas y averiguadas. Si mas adelante conocí claramente que eran falsas, ya sabia antes que no eran ciertas, y no obs-

tante obraba como si lo fuesen, cuando con ciega porfía acusaba á vuestra Iglesia católica. No me constaba todavía que esta enseñase las doctrinas verdaderas; pero sí el que no enseñaba aquellas cosas que yo tan gravemente habia vituperado y reprendido.

Yo, pues, me avergonzaba, volvía sobre mí y me alegraba, Dios mío, de que vuestra Iglesia, única esposa de vuestro único Hijo, en la cual siendo yo niño se me comunicó el nombre de Cristo, no adoptase ni creyese tan pueriles simplezas, ni tuviese entre los dogmas de su sana doctrina, que Vos que sois el Criador de todas las cosas, tuviéseis un cuerpo limitado por todas partes, como corresponde á la figura y miembros del cuerpo humano, y consiguientemente estuviéseis como encerrado en lugar ó espacio alguno, aunque fuese muy grande y dilatado.

6. También me alegraba de que las antiguas Escrituras de la ley y los Profetas no se me proponían ya de modo que las leyese con los ojos con que antes las miraba, cuando me parecían absurdas, y cuando acusaba y reprendía á vuestros santos, imputándoles que creían aquellos absurdos que á mí me

parecía haber allí; siendo así que ellos no sentían de aquel modo, ni creían lo que yo me habia figurado. Muy alegre y contento oía predicar á Ambrosio, el cual como si á propósito y con todo cuidado propusiera y recomendara la regla para entender la Escritura, repetía muchas veces aquello de san Pablo: *La letra mata, pero el espíritu vivifica*: cuando quitado el misterioso velo de algunos pasajes, que entendidos según la corteza de la letra parecían que autorizaban la maldad, los explicaba en sentido espiritual tan perfectamente, que nada decía que me disonase, aunque dijese cosas que todavía ignoraba yo si eran verdaderas.

Y era que temiendo yo precipitarme, suspendía mi juicio sin dar asenso á nada; y me malaba más que el precipicio, el estar así como colgado y suspenso. Quería yo que se me hubiera hecho tan clara demostración de las cosas que no veía, que tuviese tanta evidencia de ellas, como la tenía de que siete y tres son diez. Pues no estaba yo tan loco que juzgase que ni aun esta verdad podía comprenderse; antes bien con la misma claridad y certidumbre con que conocía esta verdad,

queria y deseaba comprender todas las demás cosas, ya fuesen corporales, pero ausentes ó distantes de mis sentidos; ya fuesen espirituales, de las cuales no sabia formar sino ideas corpóreas.

Yo hubiera podido sanar, si me hubiera determinado á creer: pues siendo los ojos de mi alma purificados y fortalecidos por la fe, se dirigiera de algun modo á vuestra verdad, que siempre permanece y por ninguna parte es defectible. Pero como suele acontecer que el enfermo que cayó en manos de un mal médico teme despues entregarse á otro, aunque sea bueno; así era la disposicion y estado de mi alma, que no podia sanar sino creyendo, y rehusaba esta curacion temiendo creer alguna falsedad. Por esto es que se resistia á ponerse en vuestras manos, con las que Vos, Dios mio, confeccionásteis la medicina de la fe, y la esparcisteis por todo el mundo para curar sus dolencias, á cuyo efecto le disteis tan grande autoridad y preeminencia.

CAPÍTULO V.

De la autoridad de los Libros sagrados, y cuán necesario es el uso de ellos.

7. Pero tambien en esto daba yo la preferencia á la doctrina católica, pues conocia que si ella mandaba creer lo que no demostraba, ya fuese porque no habia sujeto capaz á quien hacerle estas demostraciones, ya porque la materia no fuese demostrable, era modestamente y sin engaño alguno; á diferencia de la doctrina de los Maniqueos, que comenzaban burlándose de la credulidad de los que los seguian, prometiéndoles con temeraria arrogancia no enseñarles cosa alguna que no fuese cierta y demostrada; y despues los obligaban á creer ciegamente una infinidad de cosas falsísimas y absurdísimas, que no se las podian probar ni demostrar.

Despues de esto Vos, Señor, con vuestra mano suavísima y misericordiosísima fuisteis poco á poco ablandando y componiendo mi corazón, haciéndome considerar cuán innumerable multitud de cosas creia yo sin ha-

berlas visto, y sin haberme hallado presente cuando se ejecutaron, como son tanta multitud de sucesos que refieren las historias de los gentiles; tantas noticias de pueblos y ciudades que yo no habia visto; tantas cosas como habia oido y creido á los amigos, á los médicos y á otras mil personas, las cuales cosas si no las creyéramos, no podríamos absolutamente hacer nada en esta vida. Y por último consideraba con cuánta seguridad y firmeza creia yo quiénes fuesen mis padres que me habian dado el ser y vida; cosa que no pudiera saberla si no la hubiera creido solamente por haberla oido. Estando yo reflexionando todo esto, me persuadisteis á que habiendo Vos establecido la autoridad de vuestras sagradas Escrituras en casi todas las naciones del mundo, no debian culparse aquellos que las creian, sino los que no las creian; y que no habian de ser oidos los que acaso me dijese: *¿de dónde sabes tú que aquellos Libros han sido dictados y dados á los hombres por el Espíritu de un verdadero Dios y veracísimo?*

Porque esto mismo era lo que mas principalmente se habia de creer, puesto que nin-

guna conferencia con motivo de las muchas cuestiones que yo habia leido en diferentes filósofos que mutuamente se impugnaban y contradecian unos á otros, jamás me pudo inducir á que tuviese la menor duda acerca de vuestra existencia, aunque ignorase todo lo que Vos podais ser, ni tampoco acerca del cuidado y providencia que teneis de las cosas humanas.

8. Es verdad que todo esto lo creia yo unas veces con mucha valentía y firmeza, otras veces con alguna flojedad; pero siempre creí que Vos existiais, y que teniais cuidado de nosotros, aunque no supiese ni lo que debíamos pensar y sentir de vuestra sustancia y naturaleza, ni cuál era el camino por donde habíamos de ir ó volver á Vos. Por eso hallándome imposibilitado de encontrar la verdad con razones humanas, seguras y ciertas, vine á conocer que para esto nos era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras; y comencé á creer que de ningun modo hubiérais dado tan grande autoridad y aprecio en todo el mundo á aquellos Libros, si no quisiérais que os creyésemos por aquella Escritura, y os buscásemos por ella mis-

ma. Porque ya atribuía á la profundidad de sus misterios todo lo que antes me parecia absurdo en tales Libros, despues que muchos de aquellos pasajes que me repugnaban, los oí explicar en un sentido probable.

Su autoridad me parecia tanto mas respetable y mas digna de creerse con una fe sacrosanta, cuanto la Escritura es por una parte fácil de ser leida de todos, y por otra esconde en un sentido mas profundo toda la dignidad de sus misterios, dándose generalmente y acomodándose á todos por sus palabras llanísimas, por la sencillez humilde de su estilo, y ejercitando al mismo tiempo los entendimientos de los que no son leves de corazon en el creer. De aquí resultan dos cosas muy importantes: la una es, recibir á todos universalmente en su seno; y la otra, ser muy pocos los que llegan á Vos, Verdad eterna, teniendo que pasar é introducirse como por estrechos poros, penetrando la corteza de la letra; los cuales pocos sin embargo son muchos mas de los que serian, si no estuviera la Escritura en tan allisimo grado de autoridad, ó no recibiera y abrazara indiferentemente á todo el mundo en el seno

de aquella santa humildad y sencillez de su estilo.

Pensaba yo todas estas cosas, y Vos, Señor, me asistáis; suspiraba, y me escuchábais; vacilaba, y me gobernábais; proseguia caminando por el anchuroso camino del siglo, y Vos no me dejábais solo.

CAPÍTULO VI.

Del infeliz estado de los ambiciosos, al través del ejemplo de un pobre mendigo que estaba muy alegre.

9. Ardía mi alma en deseos de honores, de riquezas y de matrimonio; y Vos, Señor, os burlábais de mis ansias y proyectos. Padecia en semejantes deseos amarguísimos trabajos, siéndome Vos en esto tanto mas propicio y favorable, cuanto menos permitíais que hallase dulzura en todo lo que no érais Vos. Ved como os manifiesto todo mi corazon, pues habeis querido, Señor, que me acuerde de todos estos beneficios, y os rinda gracias por ellos. Haced que de aquí adelante esté mi alma unida á Vos, que la des-

embarzásteis de aquella tan tenaz y pegajosa liga de la muerte.

¡Qué infeliz era aquel estado de mi alma, cuando Vos teniais que punzarla en lo mas delicado y sensible de sus llagas, para que dejadas todas las cosas se convirtiese á Vos, que sois sobre todas ellas; y convirtiéndose á Vos, lograrse su sanidad! ¡Qué miserable era yo entonces, y de qué modo hicisteis que conociese mi miseria! Llegó el dia en que habiéndome preparado para decir en alabanza y presencia del Emperador un panegírico, en el cual habia de mezclar mentiras y lisonjas con que merecer el aplauso y favor de los mismos que sabian la falsedad de mis elogios, en aquel dia, pues, en que mi corazon no respiraba sino estos cuidados, abrasado en los ardores de varios pensamientos que le angustiaban, pasando por una calle de Milan, eché de ver á un pobre mendigo, que despues de bien harto, segun creo, estaba retozando y alegrándose. Esta ocasion me hizo suspirar y decir á los amigos que me acompañaban muchos sentimientos y quejas de nuestras locuras; pues con todos nuestros estudios y conatos, cuales eran los que en-

tonces me afligian, estimulándome con los acicates de mis codicias y ambiciones á traer sobre mí la pesada carga de mi infelicidad, y haciéndola mas pesada solo con traerla, no pretendia otra cosa, ni aspiraba á otro fin que llegar á conseguir una alegre tranquilidad, á donde habia llegado antes que nosotros aquel pobre mendigo, y acaso no llegaríamos jamás á conseguirla. Porque la alegría de una felicidad temporal, que aquel pobre habia alcanzado ya con unos pocos dineros que le habian dado de limosna, esa misma era á la que yo anhelaba, y la que buscaba por tan penosos caminos y trabajosos rodeos. Es cierto que la alegría que aquel pobre gozaba, no es la verdadera alegría; pero mucho mas falsa era la que yo buscaba por los medios que me sugeria mi ambicion; y á lo menos aquel pobre estaba alegre, y yo angustiado; él estaba seguro, y yo temeroso.

Ahora bien, si alguno me preguntara qué queria mas, estar con alegría, ó estar con temor, responderia sin duda que mas queria estar alegre. Y si me volviera á preguntar, si queria mas ser tal como era aquel, ó ser tal como me hallaba entonces, escogiera pri-

mero ser lo que yo era, aunque tan lleno de cuidados y temores; pero esta eleccion la haria mi perversidad, no la recta razon fundada en la verdad. Porque el ser yo mas sabio que él, no era la razon que me debía mover para anteponer mi estado al suyo, supuesto que de mi ciencia no sacaba yo gozo ni alegría, sino que me valia de ella para agradar á los hombres, no con el fin de instruirlos, sino solamenté con el designio de agradarles. Por eso Vos, Dios mio, *con el báculo de vuestra correccion y enseñanza quebrantábais los huesos de mi dureza.*

10. Nadie diga, pues, *que hay mucha diferencia* en los motivos y causas que tiene un hombre para su alegría; pues que si aquel mendigo se alegraba con su embriaguez, yo deseaba alegrarme con *aplauso y gloria*. Porque ¿con qué gloria, Señor, habia de alegrarme, siendo una gloria que no estaba en Vos? Que si la alegría de aquel pobre no era verdadera, tampoco era verdadera gloria la que yo buscaba, y que entorpecía y trastornaba mi razon, mas que al otro su embriaguez. Además en aquella misma noche habia de digerir aquel mendigo el vino con que se

habia embriagado; pero yo habia ya muchos dias que dormia y me levantaba con mi embriaguez, y habia de proseguir durmiendo y volviéndome á levantar muchos dias sin desecharla.

Es verdad que debe considerarse la diferencia que hay entre los motivos y causas de la alegría: bien lo conozco y lo sé, que la alegría que nace de la esperanza cristiana, es mayor incomparablemente que la que provenia de aquella vana gloria. Aun bajo este concepto entre mí y el pobre habia una distancia y diferencia muy grande, conviene á saber, que él era actualmente mas feliz que yo, no solo porque estaba rebosando alegría, al mismo tiempo que yo estaba lleno de cuidados que me arrancaban las entrañas; sino tambien porque él con buenas palabras habia adquirido el vino, y yo con mentiras buscaba mi vana gloria.

Estas y otras muchas cosas semejantes dije entonces á mis amigos, y en tales reflexiones que hacia con frecuencia consideraba cuál era mi estado y cuán mal me hallaba; y en medio del sentimiento y tristeza que me causaba esto, se duplicaba mi mal de tal modo,

que si me sucedía alguna cosa favorable, tenía repugnancia á aprovecharme de ella, porque casi antes de asirla, se me iba de las manos y volaba.

CAPÍTULO VII.

Como apartó á su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses.

11. Sentíamos y llorábamos estas cosas todos los que vivíamos junta y amigablemente; pero en especial y con grandísima familiaridad y confianza las trataba con Alipio y Nebridio, el primero de los cuales era como yo natural de Tagaste, de las mas nobles y primeras familias de aquel pueblo, pero era mas jóven, pues habia sido mi discípulo cuando comencé á enseñar en dicha ciudad, y luego despues en Cartago. Este me amaba mucho, porque me tenia por hombre de bien y docto; é igualmente amábale yo por su bella índole y gran muestra que daba de virtud, que aun en sus pocos años se descubria. Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagineses, aficionadísimos á vanos

espectáculos, le habia sumergido y llevado á la locura de los juegos circenses ¹. Al mismo tiempo que él andaba miserablemente envuelto y agitado de estas olas, enseñaba yo la retórica en las escuelas públicas de la ciudad; pero él todavía no estudiaba conmigo entonces, ni me tenia por su maestro, á causa de cierto disgusto que entre mí y su padre se habia suscitado.

La noticia que yo tenia de su funesta passion por aquellos juegos me afligia gravemente, por parecerme que estaban para perderse ó ya podian darse por perdidas las grandes esperanzas que de él se tenian. Mas no tenia yo proporcion alguna para amonestarle con la satisfaccion de amigo, ni para apartarle de aquellos juegos con alguna reprehension, usando con él de la autoridad de maestro; porque yo juzgaba que en orden á mí estaria en la misma disposicion que su padre, y á la verdad no era así. En efecto, posponiendo él la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que habia entre los dos, me habia comenzado á saludar y á venir á mi aula, donde estaba un rato oyendo lo que yo explicaba, y luego se iba.

que si me sucedía alguna cosa favorable, tenía repugnancia á aprovecharme de ella, porque casi antes de asirla, se me iba de las manos y volaba.

CAPÍTULO VII.

Como apartó á su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses.

11. Sentíamos y llorábamos estas cosas todos los que vivíamos junta y amigablemente; pero en especial y con grandísima familiaridad y confianza las trataba con Alipio y Nebridio, el primero de los cuales era como yo natural de Tagaste, de las mas nobles y primeras familias de aquel pueblo, pero era mas jóven, pues habia sido mi discípulo cuando comencé á enseñar en dicha ciudad, y luego despues en Cartago. Este me amaba mucho, porque me tenia por hombre de bien y docto; é igualmente amábale yo por su bella índole y gran muestra que daba de virtud, que aun en sus pocos años se descubria. Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagineses, aficionadísimos á vanos

espectáculos, le habia sumergido y llevado á la locura de los juegos circenses ¹. Al mismo tiempo que él andaba miserablemente envuelto y agitado de estas olas, enseñaba yo la retórica en las escuelas públicas de la ciudad; pero él todavía no estudiaba conmigo entonces, ni me tenia por su maestro, á causa de cierto disgusto que entre mí y su padre se habia suscitado.

La noticia que yo tenia de su funesta passion por aquellos juegos me afligia gravemente, por parecerme que estaban para perderse ó ya podian darse por perdidas las grandes esperanzas que de él se tenian. Mas no tenia yo proporcion alguna para amonestarle con la satisfaccion de amigo, ni para apartarle de aquellos juegos con alguna reprehension, usando con él de la autoridad de maestro; porque yo juzgaba que en orden á mí estaria en la misma disposicion que su padre, y á la verdad no era así. En efecto, posponiendo él la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que habia entre los dos, me habia comenzado á saludar y á venir á mi aula, donde estaba un rato oyendo lo que yo explicaba, y luego se iba.

12. Se me habia olvidado en todas estas ocasiones el tratar con él lo que tenia pensado, para que su pasion ciega y violenta por aquellos vanos é inútiles juegos no apagase las luces de tan buen ingenio. Pero Vos, Señor, que con altísima providencia gobernais todas las cosas que habeis criado, no os olvidásteis de Alipio, á quien habíais destinado para que fuese pastor² de vuestros hijos, y ministro que les dispensase vuestros Sacramentos; y para que su correccion se atribuyese á Vos solamente, la obrásteis por medio de mí, pero sin saberlo ni advertirlo yo. Porque un dia estando yo en mi escuela sentado en el lugar que acostumbraba, y delante de mis discipulos, vino Alipio, me saludó, tomó asiento, y se puso á atender á las cosas que yo estaba tratando. Por casualidad tenia cierta leccion entre manos, que para declararla de modo que su explicacion se hiciese mas perceptible y gustosa, me pareció que era oportuno traer la similitud y ejemplo de lo que sucedia en los juegos del circo, haciendo burla y como satirizando á los que se dejaban cautivar de semejante locura. Bien sabeis Vos, Dios y Señor nuestro, que por en-

tonces no pensaba yo en sanar á Alipio de aquella contagiosa enfermedad; mas él tomó para sí lo que yo dije, y creyó que solamente lo habia dicho por él. Y lo que hubiera sido para otro causa de enojarse conmigo, aquel prudente mancebo lo tomó por motivo para enojarse contra sí, y para encenderse mas en amor vivo, verificándose lo que mucho tiempo antes habíais dicho é insertado en vuestras sagradas Escrituras: *Reprende al sábio, y él te amará*. Y ciertamente que no era yo quien le habia reprendido; sino que Vos, Dios mio, que usais de todos los hombres como de instrumentos, ya con advertencia suya, ya sin ella, con aquel justo orden que Vos solo conoceis, formásteis de mi corazon y lengua carbones encendidos con que cauterizar la podrida llaga que aquel jóven de tan buenas esperanzas tenia en el ánimo, para sanarle con aquel cauterio.

Solamente podrá callar vuestras alabanzas quien no considera vuestras misericordias; las cuales me obligan á que yo os confiese y alabe con lo mas intimo de mi corazon, acordándome de que al instante que él acabó de oír aquellas palabras, salió de aquella hoya

profunda en que voluntariamente se había hundido, y en que perseveraba ciego con aquel miserable deleite; y sacudiendo su ánimo con una fuerte templanza, saltaron fuera de él todas las manchas y lodos de aquellos juegos del circo; y no volvió jamás ni se acercó á ellos. Además de esto, venció la repugnancia que había en su padre para que yo fuese su maestro; y al fin el padre cedió y se lo concedió. Volviendo á ser mi discípulo segunda vez, se hizo también compañero y participante de mi superstición; amando él en los Maniqueos aquella continencia que aparentaba y que creía legítima y verdadera. Pero ella era fingida y engañosa, acomodada solo á cautivar almas sencillas y preciosas, que no sabiendo todavía llegar á lo profundo é interior de la virtud verdadera, son fáciles de engañar con el buen exterior de la virtud fingida y aparente.

NOTAS.

¹ La institución de estos juegos es cuasi tan antigua como la fundación de Roma: pues en el día que Rómulo robó á las Sabinas, instituyó estos juegos que se llaman circenses por el lugar en que se tenían, que era un sitio no perfectamente redondo, sino ovalado, de suerte que fuese más largo que ancho. Estaba rodeado de gradas que se levantaban las unas más que las otras, para que todos pudiesen estar sentados y ver los juegos y espectáculos sin estorbarse los unos á los otros. Aquí luchaban unas veces hombres á caballo, otras los púgiles á pié, otras los gladiadores, reciarios, etc. Véase lo que se dijo en el lib. iv, cap. xiv, not. 1.

² En Tagaste, donde san Agustín y Alipio habían nacido, fue creado obispo Alipio en el año 394, según el cómputo de Baronio, y se puede colegir de la epístola que en este mismo año escribió san Agustín á san Jerónimo. Fue Alipio el compañero más amado y amante de san Agustín en toda su vida; y como por seguir á Agustín se hizo maniqueo, por seguirle también se hizo cristiano, y á un tiempo recibieron el Bautismo: le siguió y acompañó cuando se retiró á las cercanías de Milan: después le acompañó á Tagaste y á Hipona; y finalmente vivió y murió no haciendo los dos más que un alma y un corazón. De él habla siempre san Agustín con singulares elogios, y está puesto en el catálogo de los Santos, y reza de él toda la Orden de san Agustín en el día 16 de agosto.

CAPÍTULO VIII.

Como Alipio se aficionó á la loca diversion del juego de los gladiadores, que él mismo aborrecia antes.

13. Continuando Alipio la carrera regular de los estudios, que sus padres le habian encargado mucho que siguiese, antes que yo se fué á Roma ¹, para aprender allí el derecho; donde se dejó arrebatar increíblemente de una extraordinaria aficion y ansia de asistir al espectáculo de los gladiadores ². Porque siendo así que él aborrecia tales espectáculos, y le horrorizaban; encontrándose un día de los que estaban dedicados á tan crueles como funestos juegos con unos amigos y condiscipulos suyos, que venian de comer, con una amigable y familiar violencia le llevaron al anfiteatro, no obstante que él lo rehusó y resistió fuertemente, y que les iba diciendo: *Aunque á mi cuerpo le lleveis por fuerza á ese lugar, y le coloquéis en él, ¿por ventura podréis obligar á mis ojos ni á mi alma á que atienda y mire tan bárbaros espectácu-*

los? Por lo cual yo estaré allí como si no estuviera, y de este modo triunfaré de vosotros y de tales espectáculos. Mas ellos, aunque oyeron esto, no desistieron de su empresa, y le llevaron consigo, acaso deseando experimentar si podia cumplir lo que habia dicho.

Habiendo llegado allá y tomado los asientos que pudieron, en todo aquel gran concurso no se veia otra cosa que deleites cruelísimos. Cerrando Alipio las puertas de sus ojos, estorbó que su alma saliese á ver tantos males; y ¡ojalá que tambien hubiese cerrado enteramente los oidos! Porque en un lance de aquella lucha fue tan grande el clamor de todo el pueblo, que movido fuertemente de aquellas voces, y vencido de la curiosidad (pareciéndole que estaba prevenido interiormente para despreciarlo, fuese ello lo que fuese, y quedar victorioso), abrió los ojos, y recibió mayor herida en su alma, que el otro á quien deseaba ver habia recibido en el cuerpo. Así cayó él mas lastimosa y miserablemente que el otro á quien quiso ver, cuya caída ocasionó aquella gritería, que entrándole por los oidos, le hizo abrir los ojos, para que su ánimo, que entonces era

aun mas presuntuoso que fuerte, fuese herido y derribado, y conociese que tanto era mas flaco, quanto mas habia presumido de sí mismo, debiendo solamente confiar de Vos.

Porque luego que vió la sangre derramada, bebió tambien por los ojos la crueldad³, pues no los apartó de aquel espectáculo; antes fijó en él la vista, y embebido en aquel furor, sin advertirlo se iba deleitando en la maldad de la pelea, y embriagándose con tan sangriento deleite.

Ya no era verdaderamente el mismo que habia venido; sino uno de los muchos que allí estaban, y con quienes se habia mezclado, y verdadero compañero de aquellos que por fuerza le habian traído. Pero ¿qué hay que decir mas? Vió, clamó, se enardeció, y de allí llevó consigo la loca afición que le estimulase á volver, no solo igualando en esta afición á los otros que le habian llevado á él, sino aventajándose á ellos, y llevando tambien á otros.

Pero Vos, Señor, con vuestra mano omnipotente y misericordiosa le sacásteis tambien de aquel abismo, y le enseñásteis á que no presumiese ni confiase de sí mismo, sino

de Vos solamente; aunque esto fue mucho despues.

NOTAS.

¹ Hacia fines del año 381 fué san Alipio á Roma, y salió de allí acompañando á san Agustín el año 384: con que dos años mas que nuestro Padre san Agustín estuvo en Roma san Alipio, y en ese tiempo fue cuando le sucedió lo que de él refiere nuestro santo Padre acerca de sus adelantamientos en los estudios, afición á los espectáculos, etc.

² Este espectáculo, originario de Etruria, les era muy delicioso á los romanos. Siempre en él habia derramamiento de sangre humana, y muertes de los que caian heridos, si los espectadores no les daban la vida, clamando y gritando para que no los acabasen de matar. Llegó á dividirse Roma en dos partidos ó facciones, apasionándose unos y declarándose por los luchadores, que llamaban *reciarios* ó *tracios*, y otros por los *mirmilones*, que eran dos suertes de luchadores que habia. Y aunque los unos y los otros fuesen la gente mas vil y baja y las heces de la república, llegó á estar la maldad tan aplaudida y la inhumanidad y barbarie tan patrocinada, que no solamente el vulgo y populacho, sino tambien la gente distinguida, la nobleza, los mismos Emperadores se declaraban partidarios de alguna de aquellas dos facciones: como se refiere de Calígula y Tito, que se declararon á favor de los tracios ó reciarios, y de Domiciano, que era apasionado de los mirmilones.

Como era tan grande la crueldad que se ejecutaba en estos espectáculos (pues se mataban los hombres unos á otros, y se criaban, alimentaban y adiestraban para esto), siempre se tuvo por malo el asistir á tan cruel diversion, de que debian no solo abstenerse, sino huir de ella con horror todos los Cristianos. Teodorico rey de los godos la prohibió y quitó enteramente.

Estos son los efectos que natural y necesariamente causan las diversiones crueles y sanguinarias, que son tan extremadamente opuestas á la blandura, piedad y compasion, que debe hallarse en los corazones cristianos.

CAPÍTULO IX.

Como en una ocasion fue Alipio preso por sospecha de un hurto.

14. Todo este suceso se conservó en su memoria para que mas adelante le sirviese de medicina, como también el otro lance, que siendo estudiante todavía y discipulo mio, le sucedió en Cartago; pues estando el al mediodía en la plaza repasando la leccion que habia de dar despues, como se acostumbra para ejercitar á los estudiantes, Vos, Señor, permitisteis que los guardas de dicha

plaza le prendiesen como ladron. Lo cual, Dios y Señor nuestro, no me persuado que lo permitisteis por otra causa ó motivo, sino á fin de que aquel que habia de ser tan grande hombre comenzase á aprender desde entonces cuán necesaria es una madura consideracion en el conocimiento de las causas y delitos de los hombres, y no determinarse á condenar un hombre á otro ligeramente, llevado de una temeraria credulidad.

Fue el caso, que Alipio se paseaba solo delante de la casa del consistorio con sus tablas¹ y punzon de hierro con que entonces se escribia, cuando héte aquí que un mozo del número tambien de los estudiantes, pero verdadero ladron, llevando escondida una hacha, se entró sin verle Alipio hasta los enrejados de plomo que vienen á dar á la platería y sobre las tiendas de los plateros, y comenzó á cortar el plomo de aquellas rejjas. Al ruido de la hacha dieron voces los plateros que estaban debajo, y enviaron á algunos que fuesen allá arriba, y prendiesen á cualquiera que por casualidad hallasen. El muchacho, habiendo oído las voces de aquellos, se escapó dejándose allí la hacha, te-

miendo ser cogido con ella en las manos. Alipio, que no le habia visto entrar, le sintió salir, y le vió escapar corriendo. Deseando saber la causa por que huía, se entró hasta aquel paraje, y hallando la hacha, se puso á mirarla, y se estaba allí parado admirándose del hecho. Los que habian sido enviados á prender al ladrón encontraron solo á Alipio que tenia en la mano la hacha, á cuyos golpes habian acudido ellos. Echan mano de él, le llevan por fuerza, y juntándose todos los inquilinos de dicha casa, se gloraban de haberle cogido como á manifiesto ladrón, y desde allí le llevaban á presentarle al juez.

15. Hasta aquí no mas llegó la enseñanza que habia menester; porque al instante, Señor, acudisteis á socorrer su inocencia, de la cual solo Vos érais testigo. Pues cuando le llevaban á la cárcel ó al castigo, les salió al encuentro un arquitecto, cuyo empleo principal era el cuidado de los edificios públicos. Los que le llevaban se alegraron de haberse encontrado determinadamente con aquel, que sospechaba de los inquilinos de las casas consistoriales siempre que faltaba alguna cosa

de ellas, para que conociese quién era el que hurtaba aquellas cosas.

Este arquitecto habia visto muchas veces á Alipio en casa de un senador, á quien él solia visitar á menudo: así que le conoció, cogiéndole de la mano le apartó de aquel tropel, y preguntándole la causa de tan grave mal, le informó Alipio de la verdad del hecho. Entonces vuelto el artifice á toda aquella gente alborotada que se hallaba presente, y se explicaba con furiosas amenazas, mandó á todos que le siguiesen; y todos juntos fueron á la casa del mancebo autor del delito. Delante de la puerta habia un muchacho de la misma casa, de tan poca edad, que fácilmente pudo declarar todo el suceso, sin recelar que á su amo se le siguiese daño alguno, pues era paje de aquel mismo mancebo, á quien habia seguido y acompañado cuando iba á cometer su atentado. Habiéndole reconocido Alipio, se lo dijo tambien al arquitecto. Este enseñó la hacha al muchacho, preguntándole de quién era. Sin detenerse, respondió el chico: *Es nuestra*; y consecutivamente fué descubriendo todo lo demás, segun se le fué preguntando.

Así recayendo el delito sobre los de aquella casa, y quedando corrida toda aquella multitud de gente que habia comenzado ya á triunfar de Alipio, este que habia de llegar á ser en vuestra Iglesia predicador de vuestra divina palabra, y juez que habia de fallar en su diócesis muchas causas eclesiásticas, se retiró de allí mucho mas instruido á costa de su experiencia propia.

NOTA.

Por aquel tiempo se usaba todavía el escribir con un punzon de hierro, bronce ú otro metal en unas tablitas que estaban enceradas; y en ellas con facilidad escribian, y borraban lo escrito para escribir otra vez. Estas eran las que Alipio tenia en la mano cuando le sucedió este lance que refiere nuestro Santo.

CAPÍTULO X.

De la bondad y desinterés de Alipio, y llegada de Nebridio.

16. Hallé, pues, en Roma á Alipio, el cual se unió á mí con tan estrecho y fuerte

lazo de amistad, que se partió á Milan en mi compañía, ya por no apartarse de mí, ya tambien por practicar allí algo de lo que habia aprendido de jurisprudencia; facultad que seguia él mas por voluntad de sus padres, que por inclinacion suya.

Ya por tres veces habia ejercido el oficio de asesor, mostrando tan gran desinterés que admiraba á los demás abogados; cuando él se admiraba mucho mas de los que anteponian el oro á la inocencia. Tambien fue probada su buena inclinacion con el cebo halagüeño de la codicia, y con el duro y fuerte estímulo del temor; pues siendo en Roma asesor de un señor tesorero general del emperador por lo tocante á los tributos de Italia, habia al mismo tiempo un senador muy poderoso, que tenia obligados á muchos con sus beneficios, y á otros muchos los tenia sujetos por el temor. Quiso este magistrado, segun la costumbre que tenia de usar de su poder absoluto, que le fuese permitido hacer no sé qué cosa que estaba prohibida por las leyes, pero Alipio se le opuso. Le prometieron premios, y se burló de la oferta; le hicieron amenazas, y él no hizo caso de ellas.

Todos se admiraron de un ánimo tan nunca visto y extraordinario, que á un hombre de tanta autoridad, y tan celebrado por la fama de que tenia innumerables modos de hacerle bien ó mal, no desease tenerle por amigo, ó no temiese tenerle por contrario. Aun el mismo juez, cuyo asesor era Alipio, si bien no querria que se ejecutase lo que pretendia el senado, no se atrevia á negarlo abiertamente; sino que echando toda la culpa á Alipio, decia que no se lo permitia su asesor, porque á la verdad, si el juez lo hubiera hecho, Alipio se despediria y le hubiera dejado.

Lo que únicamente le tenia ya casi vencido por su afición á las letras, era el poder emplear aquel caudal que le ofrecian, en hacer que le escribiesen y copiasen varios códices de que formar su librería; pero consultando con la justicia, se determinó á escoger lo mejor; juzgando que le era mas útil sujetarse á la equidad que se lo prohibia, que seguir su libertad y el poder que se lo facilitaba. Poco es esto; pero el que es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho. Ni puede dejar de ser cierto lo que salió de la boca de vuestro Hijo, que es la misma verdad,

cuando dijo: *Si en el uso de la riqueza injusta no procedisteis con fidelidad, ¿quién os confiará las verdaderas riquezas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os querrá dar lo que es vuestro?* Tal era entonces este mi amigo íntimo, y juntamente conmigo vacilaba sobre qué modo de vida habíamos de seguir.

17. Lo mismo le sucedia á Nebridio, el cual dejada su patria, que era cerca de Cartago, y dejada esta ciudad, que era donde él estaba lo mas del tiempo; dejada su hacienda, que era considerable, y dejada finalmente su casa y su propia madre, que no habia de seguirle; no se habia venido á Milan por otra causa que por vivir en mi compañía, y ocuparse conmigo en el ardentísimo estudio de la verdad y sabiduría. Juntamente con nosotros suspiraba y vacilaba, dedicándose con ardientes deseos á inquirir la vida bienaventurada, y á escudriñar acérrimamente las cuestiones mas arduas y dificultosas.

Así estábamos todos tres hambrientos y necesitados de enseñanza, y mutuamente nos comunicábamos nuestra pobreza y miseria, esperando de Vos que nos diéseis oportunamen-

te el alimento que necesitaban vuestras almas. En todas las amarguras que vuestra misericordia esparcía sobre todas las acciones de nuestra vida mundana, queriendo nosotros averiguar la razón por que las padecíamos, no se nos presentaban sino oscuridades y tinieblas; y nosotros para resistirlas no hacíamos sino gemir y exclamar diciendo: *¿Cuánto durará este estado?* Eso lo repetíamos muchas veces; pero diciéndolo, no dejábamos nuestro modo de pensar y de proceder, porque se nos presentaba alguna cosa clara y cierta, que dejadas nuestras confusiones y dudas, pudiésemos seguramente abrazar.

CAPÍTULO XI.

Trata Agustín de ordenar su vida.

18. Me causaba muy grande admiración el contemplar cuán largo espacio de tiempo había pasado desde el año diez y nueve de mi edad, en que comencé á enfervorizarme en el estudio de la sabiduría, proponiendo que despues de hallarla, había de abandonar todas las vanas esperanzas y engañosas locu-

ras con que se fomentan los apetitos y codicias de los hombres. Andaba ya en los treinta años de mi edad, y todavía estaba atollado en el mismo lodo con la ansia de gozar de los bienes presentes, fugitivos, y que me destruían, mientras yo me decia á mí mismo: «*Mañana encontraré la verdad: ya se descubrirá lo cierto, y yo lo asiré fuertemente. Fausto está para venir, y él declarará todas las dificultades. ¡Oh qué grandes hombres son los Académicos, enseñando que ninguna cosa se puede tener por cierta para el régimen de esta vida! Pero busquemos la verdad con mayor cuidado y diligencia, y no perdamos del todo la esperanza. Mira como no tienes ya por desatinos y absurdos los que antes te lo parecían, en los libros eclesiásticos; sino que conoces que se pueden bien entender en otro sentido muy diferente y fundado. Pues me estaré quieto y firme en aquel primer grado en que me pusieron mis padres cuando era niño**, hasta que se descubra claramente la verdad. Pero ¿dónde ha de buscarse? *Ambrosio no tiene tiempo desocupado; yo*

* Esto es, en el grado de catecúmeno.

« tampoco tengo oportunidad de leer tanto.
« ¿Dónde iré á buscar los libros necesarios?
« ¿con qué dinero y cuándo los compraré?
« ¿quiénes son los que me los darán?

« No obstante, es menester repartir bien
« el tiempo y señalar algunas horas para tra-
« tar de la salud del alma. Grande esperanza
« he concebido viendo que la religion católi-
« ca no enseña lo que yo pensaba, y vana-
« mente reprendia. Los católicos instruidos y
« doctos tienen por un grande error, el creer
« que Dios tenga la forma ó figura de cuerpo
« humano; pues ¿por qué dudamos llamar á
« la misma puerta por donde se nos descubrió
« esto, para que se nos manifieste lo demás?
« Las horas de la mañana me las ocupan los
« discipulos; y ¿qué es lo que hago en las
« restantes? ¿por qué no las empleo en esto?

« Pero ¿cuándo visitaré á los amigos poder-
« rosos, de cuyos favores y proteccion necesi-
« to? ¿cuándo trabajaré los cartapacios que
« compran los estudiantes? Y finalmente,
« ¿cuándo repararé las fuerzas del cuerpo con
« el alimento y sueño, y las del alma con al-
« gun descanso de tan continuas tareas y cui-
« dados?

19. « Piérdase todo y abandonemos estas
« cosas inútiles y vanas, y dediquémonos so-
« lamente á la investigacion de la verdad.
« Esta vida está llena de miserias, y no te-
« nemos certeza de la hora de la muerte. Si
« me acomete repentinamente, ¿en qué es-
« tado saldré de este mundo, y á dónde apren-
« deré lo que no he cuidado de aprender aquí?
« O por mejor decir, ¿no tendré que padecer
« allá por este mi descuido y negligencia?

« Y ¿se sabe si la muerte misma que nos
« corta el hilo de la vida, acabará también
« con todos nuestros cuidados? Con que tam-
« bien esto es menester averiguarlo y saber-
« lo. Pero ¿qué? no es posible que eso sea.
« No es en balde, no es sin utilidad y prove-
« cho, que una autoridad tan eminente como
« la de la fe y religion cristiana esté tan ex-
« tendida por el universo. Ni Dios hubiera
« hecho tantas y tan admirables cosas por
« nosotros, si con la muerte del cuerpo hu-
« biera de acabar también la vida del alma.
« Pues ¿qué es lo que me detiene para que
« abandonando todas las esperanzas de este
« mundo, me entregue totalmente á buscar
« á Dios y á la vida bienaventurada?

« Pero vamos despacio : tambien estas co-
« sas terrenas son bien apelecibles y gusto-
« sas ; no es pequeña su suavidad y dulzura ;
« por lo cual no se ha de romper por todo tan
« ligera y repentinamente ; porque seria co-
« sa fea y vergonzosa volver á estas delicias
« del mundo, despues de haberlas dejado.
« Considera tambien que no es dificultoso que
« consigas algun empleo honorifico. Y enton-
« ces ¿ qué habia mas que desear en este
« mundo ? Yo tengo abundancia de amigos
« muy autorizados ; y así cuando no haya otra
« cosa y te corra mucha prisa , se te puede
« dar el cargo de una judicatura, con que
« podrás casarte con una mujer que tenga
« bastante dote para que no se desfalten tus
« rentas y caudales, y este seria el término
« de todos tus deseos. Muchos grandes hom-
« bres, y muy dignos de imitarse, siendo ca-
« sados fueron muy dedicados al estudio de
« la sabiduría. »

20. Mientras yo decia todas estas cosas,
y como encontrados vientos combatian mi
corazon todas estas imaginaciones, y alter-
nativamente le impelian de una parte á otra ;
se iban pasando los tiempos, y yo retardaba

el convertirme al Señor, y dilataba de un
dia para otro el vivir en Vos ; pero no dila-
taba el morir en mí mismo cada dia. Aman-
do la vida bienaventurada, temia buscarla
en Vos, donde tiene su asiento ; y así hu-
yendo de ella era como la buscaba. Juzgaba
que seria sumamente infeliz y desdichado si
me privara de la mujer ; y no pensaba en la
medicina preparada por vuestra misericordia
para curar esta misma dolencia, porque no
lo habia experimentado, y porque creia que
la continencia se habia de alcanzar con nues-
tras propias fuerzas naturales, las cuales no
las veia en mí : siendo tan ignorante, que
no sabia, segun dice la sagrada Escritura :
*Que nadie puede ser continente si Vos no le dais
esta virtud.* Y ciertamente me la hubiérais
dado, si con gemidos íntimos de mi corazon
os la hubiera pedido, y con una firme con-
fianza hubiera colocado en Vos todos mis cui-
dados.

CAPÍTULO XII.

Disputa de Agustin con Alipio acerca del matrimonio y del celibato ó vida de solteros.

21. Alipio me impedía el que me casase, alegando que era absolutamente imposible, si me casaba, que viviésemos los dos juntos, y dedicados quieta y seguramente al amor y estudio de la sabiduría, como había mucho tiempo que deseábamos. Porque él aun en aquella edad era castísimo, y tanto que causaba admiracion: pues aunque á la entrada de su juventud comenzó á experimentar el vicio opuesto; en lugar de atollarse en aquel lodo, quedó muy arrepentido, y despreció de tal suerte los deleites de la sensualidad, que desde entonces vivía con muy grande continencia.

Mas yo le contradecía, oponiendo contra su sentencia los ejemplos de aquellos que siendo casados habían continuado el estudio de la sabiduría, habían servido á Dios, y conservado y amado fielmente á sus amigos. Pero á la verdad, estaba yo muy léjos de la

grandeza de ánimo de aquellos que citaba: atado á la dolencia de mi carne con el mortífero deleite que me tenía esclavizado, arrastraba mi cadena temiendo ser desatado de ella; y al modo que una llaga se estremece solo con que la toque la mano que va á curarla; así desechara yo los buenos consejos y palabras de Alipio, que eran como la mano que me iba á desatar de mi cadena. Además de eso la serpiente infernal se valía de mi boca para hablar á Alipio: por medio de mi lengua tejía dulces lazos y los esparcía en el camino de su vida, para que se enredasen en ellos aquellos piés tan libres como honestos.

22. Porque admirándose Alipio de que un hombre como yo, á quien él tenía en gran concepto, estuviese tan preso con la liga de aquel deleite, que siempre que hablábamos de esto, le decía que de ningún modo me era posible el vivir sin casarme; y viendo también que yo me defendía al mismo tiempo que él se admiraba, diciéndole que había mucha diferencia entre lo que él había experimentado muy ligera y furtivamente (de lo cual apenas ya se acordaba, y por eso po-

dia despreciarlo fácilmente y sin trabajo alguno), y los deleites de mi larga costumbre, que si se cohonestaran con el nombre del matrimonio, no tendría él razón de maravillarse de que yo me hallase imposibilitado á mirar aquella vida con desprecio; comenzaba ya él también á desear casarse, no vencido, ni por asomo, de aquel deleite, sino únicamente movido de la curiosidad. Porque decía que solamente deseaba saber qué delicias venían á ser las de aquel estado, sin las cuales mi vida, que él amaba tanto, no me parecía vida, sino tormento. Y es que su ánimo como estaba libre de aquella prisión, se espantaba de la esclavitud del mío, y admirándose de ella caminaba por el deseo de experimentar la, hasta llegar á la experiencia misma, para caer acaso en la misma esclavitud que en mí admiraba, porque esto sería *contratar con la muerte; pues quien ama el peligro, caerá en él.*

Ni á él ni á mí nos movía mucho al estado conyugal lo que hace decoroso y recomendable el matrimonio, como es la buena dirección de una familia y la procreación de los hijos; sino que lo que á mí me llevaba

principalmente y con vehemencia, era la costumbre de saciar la insaciable concupiscencia que me tenía cautivo y me atormentaba; y al otro la admiración era lo que le traía á ser cautivo.

En este estado nos hallábamos, Señor, hasta que Vos, que siendo infinitamente excelso, no desamparáis á los que hicisteis del lodo, teniendo misericordia de nuestras miserias, nos socorristeis por unos medios y modos maravillosos y ocultos.

CAPÍTULO XIII.

Hácese diligencias de que se case Agustín.

23. Me instaban fuertemente á que me casase. Ya había llegado á pedir á una joven para mujer mía, y ya también me la habían prometido, procurándolo principalmente mi madre, para que después de casado recibiese el saludable Bautismo, al cual ella se alegraba de verme más dispuesto y proporcionado de día en día, considerando que sus deseos y vuestras promesas se cumplirían con abrazar yo la fe. No obstante, Vos, Señor,

dia despreciarlo fácilmente y sin trabajo alguno), y los deleites de mi larga costumbre, que si se cohonestaran con el nombre del matrimonio, no tendría él razón de maravillarse de que yo me hallase imposibilitado á mirar aquella vida con desprecio; comenzaba ya él también á desear casarse, no vencido, ni por asomo, de aquel deleite, sino únicamente movido de la curiosidad. Porque decía que solamente deseaba saber qué delicias venían á ser las de aquel estado, sin las cuales mi vida, que él amaba tanto, no me parecía vida, sino tormento. Y es que su ánimo como estaba libre de aquella prision, se espantaba de la esclavitud del mío, y admirándose de ella caminaba por el deseo de experimentar la, hasta llegar á la experiencia misma, para caer acaso en la misma esclavitud que en mí admiraba, porque esto sería *contratar con la muerte; pues quien ama el peligro, caerá en él.*

Ni á él ni á mí nos movía mucho al estado conyugal lo que hace decoroso y recomendable el matrimonio, como es la buena dirección de una familia y la procreación de los hijos; sino que lo que á mi me llevaba

principalmente y con vehemencia, era la costumbre de saciar la insaciable concupiscencia que me tenía cautivo y me atormentaba; y al otro la admiración era lo que le traía á ser cautivo.

En este estado nos hallábamos, Señor, hasta que Vos, que siendo infinitamente excelso, no desamparáis á los que hicisteis del lodo, teniendo misericordia de nuestras miserias, nos socorristeis por unos medios y modos maravillosos y ocultos.

CAPÍTULO XIII.

Hácese diligencias de que se case Agustín.

23. Me instaban fuertemente á que me casase. Ya había llegado á pedir á una jóven para mujer mía, y ya también me la habían prometido, procurándolo principalmente mi madre, para que después de casado recibiese el saludable Bautismo, al cual ella se alegraba de verme más dispuesto y proporcionado de día en día, considerando que sus deseos y vuestras promesas se cumplirían con abrazar yo la fe. No obstante, Vos, Señor,

no quisisteis darle á conocer en alguna vision, qué suceso tendria el matrimonio mio que se trataba, aunque ella con grandes voces de su corazon os lo suplicase todos los días, ya por cumplir en esto su deseo, ya por haberla yo rogado que lo hiciese.

Bien veia ella en sueños algunas especies vanas y fantásticas, causadas en su imaginacion por la solicitud y cuidado que ocupaba á su espíritu sobre este punto, y me las referia, no con aquella seguridad y confianza que acostumbraba, cuando érais Vos quien le hablábais ó manifestábais alguna cosa; sino haciendo muy poco caso de ellas y despreciándolas. Porque decia que en cierto sabor y gusto que no podía explicar con palabras, conocia la diferencia que habia entre las revelaciones que eran vuestras, y las que eran solamente sueños de su fantasía. No obstante se trataba con instancia mi casamiento, y estaba pedida una mocita, cuya edad era casi dos años menos de lo que se requiere para el matrimonio, y porque aquella parecia á propósito esperábamos hasta que cumpliese la edad competente.

CAPÍTULO XIV.

Determina Agustin instituir el método de vida comun, que él y sus amigos habian de observar.

24. Muchos amigos, que en nuestras conversaciones abominábamos las inquietudes y molestias de la vida humana, habíamos premeditado y casi resuelto ya el vivir apartados del bullicio de las gentes en un ocio tranquilo; lo cual habíamos trazado de tal suerte, que todo lo que tuviésemos ó pudiésemos tener lo habíamos de juntar, y hacer de todos nuestros haberes una hacienda y masa comun á todos nosotros; de modo, que en fuerza de una sincera amistad no fuese una cosa de este y otra de aquel; sino que de todos nuestros bienes se hiciese un cúmulo, y todo él fuese de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes á todos.

Parecianos que nos podríamos juntar como hasta unos diez compañeros, habiendo entre nosotros algunos muy ricos, especialmente Romaniano ¹, que era mi compatriota, y des-

de nuestra niñez amigo mio muy familiar, el cual por entonces habia venido de África á nuestra compañía, traído de negocios graves que se le habian ofrecido. Este era el que mas instaba para que se pudiese en ejecucion el plan de nuestra vida comun, y tenia su voto mucha autoridad para persuadirlo, por ser su riqueza mucho mayor que la de los demás. Habíamos convenido en que todos los años se habian de nombrar dos de nosotros, que como los anuales magistrados cuidasen de todas las cosas temporales que nos fuesen necesarias, y los demás gozasen de una vida sosegada y quieta. Pero luego que comenzamos á pensar si este proyecto podia subsistir, debiendo de haber mujeres en nuestra compañía (pues algunos de nosotros ya las tenian, y otros queríamos tenerlas), todo aquel proyecto que diariamente íbamos perfeccionando, se nos deshizo entre las manos, se desbarató y se dejó enteramente.

De aquí volvimos á nuestros suspiros y gemidos acostumbrados, y á seguir los anchurosos y frecuentados caminos del siglo, porque nuestro corazon estaba combatido de muchos y diversos pensamientos; pero vues-

tros juicios y decretos permanecen eternamente: en fuerza de los cuales decretos burlábais, Señor, nuestras disposiciones, y haciais que se fuesen cumpliendo las vuestras, para darnos el alimento en el tiempo mas propio y oportuno, y extender vuestra liberal mano para llenar vuestras almas de gracias y bendiciones.

NOTA.

¹ Romaniano, paisano, amigo y bienhechor suyo, como se dijo en el cap. XI del lib. III, es á quien dedicó los tres libros que escribió contra los Académicos, y el de *Vera Religione*. Hace mencion Agustín de las excelentes prendas que tenia Romaniano al principio del lib. I y II contra los Académicos. No obstante, sabemos que habia un hombre poderoso y rico cuyo nombre no se sabe, que perseguia á Romaniano, y no le dejaba gozar de toda la tranquilidad que pudiera prometerse por sus circunstancias.

CAPÍTULO XV.

Toma Agustin otra amiga, en lugar de la primera que se volvió al Africa.

25. Entre tanto se iban multiplicando mis pecados, y siendo violentamente arrancada de mi lado como estorbo para mi casamiento aquella mujer con quien yo estaba acostumbrado á tratar, y en quien tenia puesto mi corazon; me quedó este tan lastimado y herido, que la llaga todavía estaba fluyendo sangre.

Ella, despues de hacer á Vos el voto de no conocer otro varon en toda su vida, se habia vuelto al África, dejando en mi compañía un hijo natural que tuve de la misma. Pero yo infeliz, que aun no tuve valor para imitar el de una mujer, pareciéndome mucha dilacion la de dos años que habian de pasar antes de recibir la que habia pretendido para mi mujer legitima, por no aguardar tanto tiempo, y porque no era tan amante del matrimonio como esclavo del deleite lascivo, tomé amistad con otra para que la continua-

cion de mi mala costumbre conservase la enfermedad de mi alma, y me la hiciese llevar entera ó mas agravada, cuando llegase al estado matrimonial. Ni por eso se me curó la llaga que se habia hecho en mi corazon con el apartamiento de la primera amiga; antes bien, además de haberme causado agudisimos dolores con el ardor primero, despues empodreciéndose la llaga, cuanto mas fria estaba, tanto dolia mas insufrible y desesperadamente.

CAPÍTULO XVI.

Como nunca llegó á perder el miedo de la muerte y del juicio.

26. Alabado y glorificado seais, Dios mio, fuente inagotable de misericordia. Yo cada dia me iba haciendo mas miserable, y Vos cada dia os ibais acercando mas á mí. Ya vuestra mano diestra y poderosa me iba á asir para sacarme del cieno y lavar todas las manchas, y yo no lo conocia.

Ninguna cosa me estimulaba mas para salir del abismo profundo de los deleites carna-

les en que estaba atollado que el miedo de la muerte y de vuestro juicio final, miedo que nunca se apartó de mi alma, no obstante la multitud de opiniones que seguí en otras materias. Decia, hablando con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del fin que habian de tener los buenos y los malos, que por mi voto se hubiera llevado la palma Epicuro, entre los demás filósofos, si no fuera porque yo creia ciertamente que despues de la muerte le quedaba otra vida á nuestra alma, y el premio ó castigo correspondiente á sus obras, lo cual nunca quiso creer Epicuro. «Dado «caso que nunca hubiésemos de morir, les «proponia yo, y que continuamente estuviésemos gozando de deleites corporales, sin «temor alguno de perderlos nunca; ¿qué «nos faltaria para ser bienaventurados, ó «qué otra cosa habria que apetecer?» Y es que no conocia que este mismo modo de pensar era parte de mi gran miseria; pues por estar yo tan anegado y ciego, no se levantaban mis pensamientos hasta la luz de aquella purísima y soberana hermosura, que por sí misma merece ser amada, la cual no se ve con los ojos corporales, sino solamente con

los ojos del alma. Ni siquiera consideraba, miserable de mí, el principio y fuente de donde dimanaba el placer y gusto con que yo trataba con mis amigos estas mismas cosas, aunque torpes y feas; ni tampoco sin ellos pudiera ser bienaventurado, segun el modo de pensar que yo tenia entonces, por mas que gozase de la mayor abundancia de deleites corporales. Á estos amigos los amaba sin interés alguno; y conocia que ellos me correspondian, amándome tambien del mismo modo.

¡ Oh torcidos caminos de los hombres!
¡ Desdichada el alma que se atrevió á esperar que habia de hallar mejoría alejándose de Vos! Por mas vueltas que dé atrás y adelante, á los lados, hácia todas partes, cuanto halle será tormentos; y solo en Vos encontrará su descanso. Vos, Señor, estais siempre presente y prevenido para libraros de todos nuestros lamentables extravíos, y nos poneis en el camino vuestro, y nos consolais y animais, diciéndonos: Ea, corred por este camino, que yo os iré sosteniendo, yo os conduciré hasta el fin, y os colocaré en donde deseais.

NOTA.

Aquí se ve claramente, que san Agustín era del número de toda aquella multitud de autores antiguos, que dijeron y creyeron que Epicuro habia colocado la suma felicidad en los deleites de los sentidos; no obstante que algunos han querido disculparle, diciendo que colocaba la felicidad en el deleite del alma, que no estuviese acompañado de dolor ni pena alguna. Pero san Agustín y todos los antiguos dijeron lo contrario; y aun el poeta llama á un voluptuoso: *Epicuri de grege porcum.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. La aprobacion se hallará en el segundo tomo.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO I.

Prólogo.	Pág.	5
CAPÍTULO PRIMERO. Reconociendo Agustín la grandeza y majestad de Dios, se enciende en deseos de alabarle.		19
CAP. II. Que Dios está en el hombre, y el hombre en Dios.		23
CAP. III. Como Dios está todo en todas partes.		25
CAP. IV. Que la majestad y perfecciones de Dios son inexplicables.		26
CAP. V. Pide Agustín á Dios perdon de sus pecados.		29
CAP. VI. Describe Agustín su infancia, y alaba la eternidad y providencia divina.		34
CAP. VII. Que aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados.		37
CAP. VIII. Del modo con que aprendió á hablar cuando llegó á la niñez.		42
CAP. IX. Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego y temor al castigo.		45

NOTA.

Aquí se ve claramente, que san Agustín era del número de toda aquella multitud de autores antiguos, que dijeron y creyeron que Epicuro habia colocado la suma felicidad en los deleites de los sentidos; no obstante que algunos han querido disculparle, diciendo que colocaba la felicidad en el deleite del alma, que no estuviese acompañado de dolor ni pena alguna. Pero san Agustín y todos los antiguos dijeron lo contrario; y aun el poeta llama á un voluptuoso: *Epicuri de grege porcum.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. La aprobacion se hallará en el segundo tomo.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO I.

Prólogo.	Pág.	5
CAPÍTULO PRIMERO. Reconociendo Agustín la grandeza y majestad de Dios, se enciende en deseos de alabarle.		19
CAP. II. Que Dios está en el hombre, y el hombre en Dios.		23
CAP. III. Como Dios está todo en todas partes.		25
CAP. IV. Que la majestad y perfecciones de Dios son inexplicables.		26
CAP. V. Pide Agustín á Dios perdon de sus pecados.		29
CAP. VI. Describe Agustín su infancia, y alaba la eternidad y providencia divina.		34
CAP. VII. Que aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados.		37
CAP. VIII. Del modo con que aprendió á hablar cuando llegó á la niñez.		42
CAP. IX. Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego y temor al castigo.		45

- CAP. X. Como por amor al juego no se aplicaba al estudio. 49
- CAP. XI. Afligido con una enfermedad pide el Bautismo; pero habiéndose mejorado prontamente, se dilata el dársele por consejo de su madre. 52
- CAP. XII. Como le compelian y forzaban al estudio, y como Dios volvía en bienes sus males. 57
- CAP. XIII. A qué estudio se aficionaba mas. 58
- CAP. XIV. Del aborrecimiento que tenía al estudio de la lengua griega. 64
- CAP. XV. Oración del Santo á la Majestad divina. 66
- CAP. XVI. Reprueba el método que comunmente se observa en la enseñanza de la juventud. 68
- CAP. XVII. Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar á los jóvenes en el estudio. 73
- CAP. XVIII. Que los hombres ponen cuidado en guardar las leyes y preceptos de los gramáticos, y no le ponen en observar los mandamientos de Dios. 75
- CAP. XIX. Que algunos vicios de la puericia pasan tambien á las otras edades del hombre. 78
- CAP. XX. Da gracias á Dios san Agustín por los beneficios que le hizo en la puericia. 81

LIBRO II.

- CAP. I. De su adolescencia, y vicios de aquella edad. 84
- CAP. II. Como á los diez y seis años se entregó á amores impuros. 85
- CAP. III. Del viaje que hizo á Cartago para continuar allí sus estudios, y de los intentos de sus padres en órden á esto mismo. 90
- CAP. IV. De un hurto que hizo en compañía de otros. 97
- CAP. V. Que ninguno peca sin algun motivo. 99
- CAP. VI. Que todas las cosas que nos incitan á pecar con apariencia de bien, solamente en Dios es donde son verdaderos y perfectos bienes. 102
- CAP. VII. Da gracias á Dios porque le ha perdonado sus pecados, y porque le ha preservado de otros muchos. 107
- CAP. VIII. El gusto de obrar mal en compañía de otros, fue lo que le movió á hacer aquel hurto. 109
- CAP. IX. De lo perjudicial y contagiosa que es la mala compañía. 111
- CAP. X. Que todo el bien está en Dios. 112

LIBRO III.

- CAP. I. Como deseando agradar y ser amado, cayó en los lazos de amor. 114
- CAP. II. De la afición que tenía á los espectá-

culos trágicos.	116
CAP. III. De lo mucho que le disgustaba la conducta de los estudiantes de Cartago.	121
CAP. IV. Como se encendió en amor á la filosofía leyendo el tratado de Ciceron que se intitula <i>Hortensio</i> .	124
CAP. V. Le desagradaron las sagradas Escrituras por parecerle que tenían un estilo humilde y llano.	128
CAP. VI. Del modo con que los Maniqueos le enganaron.	129
CAP. VII. Como se dejó llevar de la doctrina de los Maniqueos.	137
CAP. VIII. Explica contra los Maniqueos qué pecados se deben detestar siempre.	144
CAP. IX. De la diferencia que hay entre los pecados, y de la que hay tambien entre el juicio de Dios y el de los hombres.	149
CAP. X. Desvarios de los Maniqueos acerca de los frutos de la tierra.	182
CAP. XI. Llanto y sueño de santa Mónica acerca de la conversion de su hijo Agustín.	185
CAP. XII. Lo que un santo obispo respondió á santa Mónica acerca la conversion de su hijo.	160

LIBRO IV.

CAP. I. Del tiempo que empleó en engañar y pervertir á otros, y de los medios que usaba para ello.	163
CAP. II. De como enseñaba retórica; de la	

fidelidad que guardaba á una mala amistad que tenia; y como despreció los pronósticos de un agorero.	166
CAP. III. Como dejó el estudio de la astrología á que se había dedicado, por consejo de un anciano bien instruido en medicina y física.	169
CAP. IV. Refiere la enfermedad y bautismo de un amigo suyo á quien él había pervertido, cuya muerte sintió y lloró amargamente.	174
CAP. V. Por qué los afligidos é infelices tienen gusto en llorar.	178
CAP. VI. De lo mucho que sintió la muerte de su amigo.	180
CAP. VII. Como se salió de su patria por no poder aguantar este dolor.	182
CAP. VIII. Como el tiempo y el trato con los amigos le fueron curando su sentimiento.	184
CAP. IX. De la amistad humana; y que es dichoso el que en Dios y por Dios ama á sus amigos.	186
CAP. X. Como la bondad de todas las criaturas es muy limitada y transitoria, é incapaz de dar quietud y descanso á los deseos del alma.	188
CAP. XI. Que todas las cosas criadas son mudables; y solo Dios es inmutable.	191
CAP. XII. Que no es malo el amar á las criaturas, con tal que en ellas amemos á Dios.	193
CAP. XIII. De dónde nace el amor.	197
CAP. XIV. Como dedicó los libros de lo Her-	

moso y de lo Conveniente á Hierio, orador romano, y del motivo por que amaba á dicho Hierio. 198

CAP. XV. Por estar oscurecido su entendimiento con las ideas ó imaginaciones corpóreas, no podia alcanzar á conocer las criaturas espirituales. 204

CAP. XVI. Como entendió por sí mismo las categorías ó predicamentos de Aristóteles, y los libros de las artes liberales. 209

LIBRO V.

CAP. I. Excita á su espíritu para que alabe á Dios. 216

CAP. II. Que los pecadores no pueden huir de la presencia de Dios, y que debieran convertirse á él. 218

CAP. III. De la llegada de Fausto maniqueo á Cartago, su carácter y talentos, de la ceguera de los filósofos que no conocieron al Criador por medio de las criaturas. 220

CAP. IV. Que solo el conocimiento de Dios hace bienaventurados. 226

CAP. V. El atrevimiento con que Fausto enseñaba lo que no sabia acerca de los astros, le hacia indigno de que le creyesen acerca de otras materias. 227

CAP. VI. Que Fausto era naturalmente verboso, pero ignorante de las ciencias y artes liberales. 231

CAP. VII. Como se apartó de la secta de los

Maniqueos. 238

CAP. VIII. Como se partió á Roma contra la voluntad de su madre. 237

CAP. IX. Como enfermó en Roma con tan grave calentura, que le puso á peligro de la vida. 244

CAP. X. De los errores en que andaba antes de recibir la doctrina evangélica. 249

CAP. XI. Como trató y conferenció sus dudas con los Católicos. 257

CAP. XII. Del engaño que practicaban en Roma los discípulos con sus maestros. 259

CAP. XIII. Como fue enviado á Milan por catedrático de retórica, donde fue bien recibido de san Ambrosio. 261

CAP. XIV. Como oyendo á san Ambrosio, fué poco á poco saliendo de sus errores. 264

LIBRO VI.

CAP. I. Como Agustin ni era ya maniqueo ni católico. 268

CAP. II. De las viandas y ofrendas que acostumbraban llevar los fieles en África á los sepulcros de los santos Mártires. 272

CAP. III. De las ocupaciones y estudios de san Ambrosio. 276

CAP. IV. Como oyendo predicar á san Ambrosio, entendió la doctrina de la Iglesia, que antes no entendia. 281

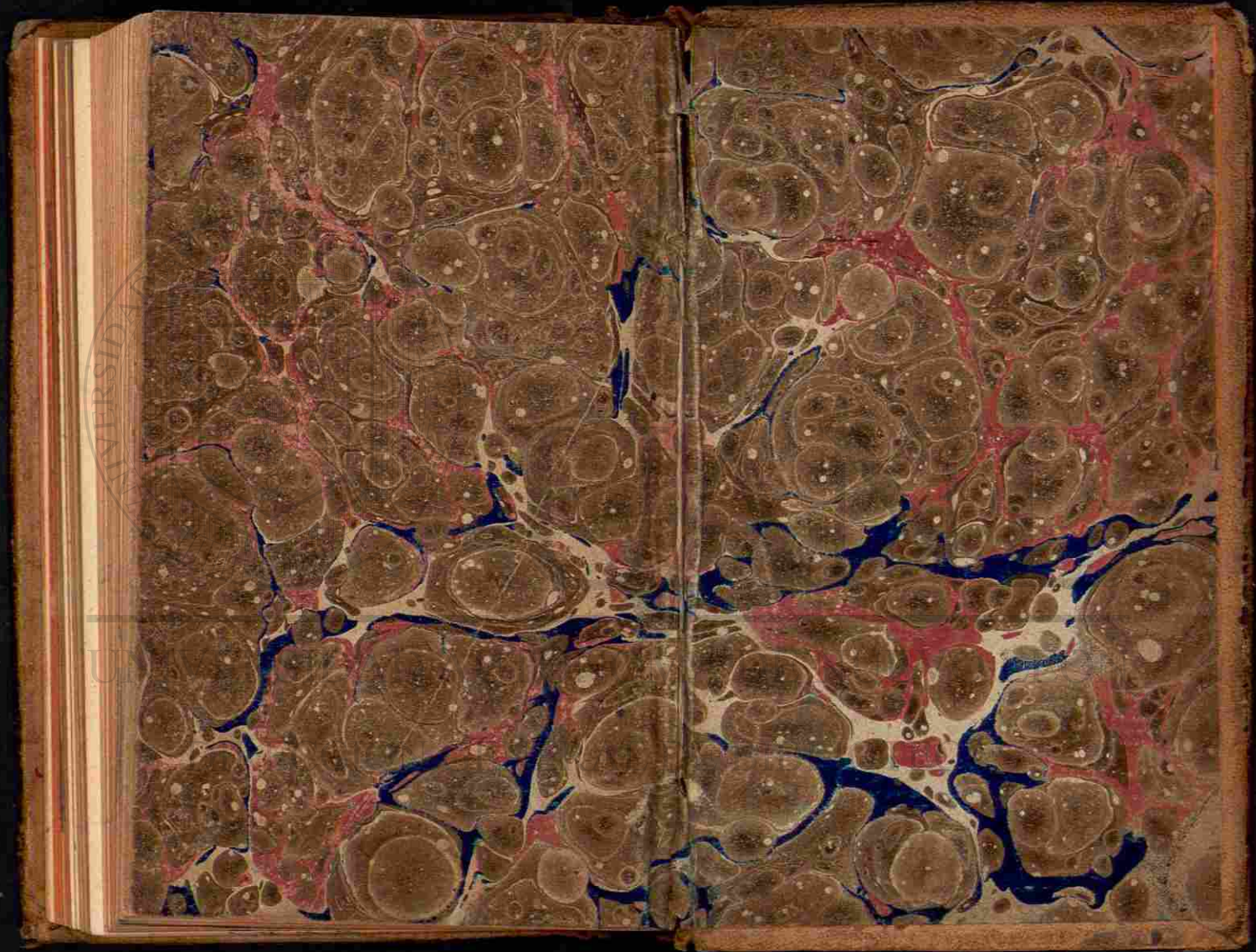
CAP. V. De la autoridad de los Libros sagrados, y cuán necesario es el uso de ellos. 285

CAP. VI. Del infeliz estado de los ambiciosos al través del ejemplo de un pobre mendigo que estaba muy alegre.	289
CAP. VII. Como apartó á su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses.	294
CAP. VIII. Como Alipio se aficionó á la loca diversion del juego de los gladiadores, que él mismo aborrecia antes.	300
CAP. IX. Como en una ocasion fue Alipio preso por sospechas de un hurto.	304
CAP. X. De la bondad y desinterés de Alipio, y de la llegada de Nebridio.	308
CAP. XI. Trata Agustín de ordenar su vida.	312
CAP. XII. Disputa de Agustín con Alipio acerca del matrimonio, y del celibato ó vida de solteros.	318
CAP. XIII. Hácense diligencias de que se case Agustín.	321
CAP. XIV. Determina Agustín instituir el método de vida comun que él y sus amigos habian de observar.	323
CAP. XV. Toma Agustín otra amiga en lugar de la primera que se volvió al África.	326
CAP. XVI. Como nunca llegó á perder el miedo de la muerte y del juicio.	327

FIN DEL ÍNDICE.

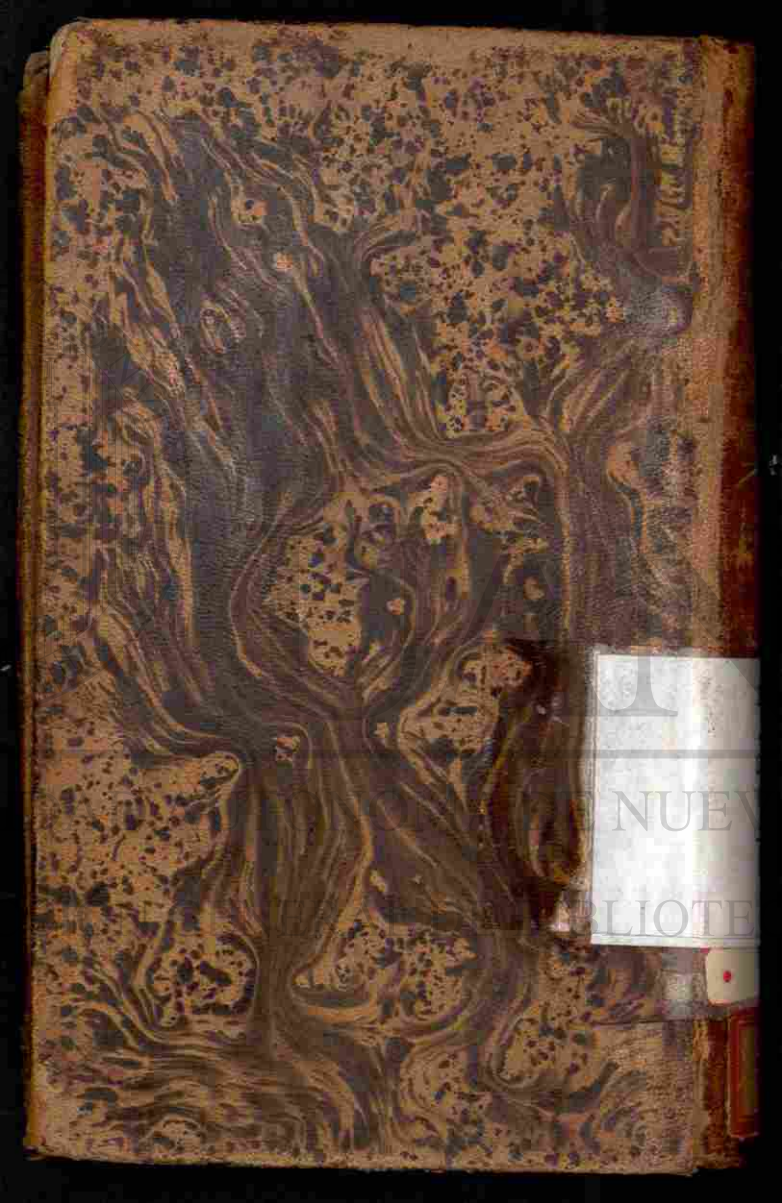
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSITY

LIBRARY



U
NUEV
LIOTE